

en defensa del
MARXISMO

Índice

La etapa final de los Kirchner

Informe político al XIX Congreso del Partido Obrero 5

• • •

Crisis mundial

Una piñata que no es sólo griega

Jorge Altamira 25

Sobre el carácter histórico de la actual crisis mundial

Pablo Rieznik 41

Capital financiero y crisis

Karl Kautsky 51

La crisis de 1929 y la Gran Depresión de la década del '30

Oswaldo Coggiola 83

• • •

Venezuela

2009: gobierno hacia la derecha; la clase obrera lo combate.

2010: ¡demos un paso a la izquierda!

Ricardo Galíndez (El Topo Obrero) 111

• • •

Bicentenario

La gesta revolucionaria de Túpac Amaru

La rebelión de Nueva Granada

Christian Rath 129

Levantamiento nacional y guerra de Independencia de España

Andrés Roldán 145

• • •

Encuentros de Marx con Shakespeare

Savas Michael-Matsas 163

La etapa final de los Kirchner

Informe político al XIX Congreso del Partido Obrero

La bancarrota mundial en la Argentina

1 La primera cuestión que es necesario despejar para caracterizar la situación de conjunto de la Argentina es la que afirma que el país logró mantenerse al margen de la bancarrota capitalista mundial o que la ha afectado en una medida menor, o incluso que el gobierno kirchnerista la habría piloteado con éxito fronteras adentro. En realidad, solamente el Índice de Moreno puede presentar un PBI que creció un 0,5% en 2009, lo que de todos modos no deja de ser un derrumbe después de un crecimiento anual, hasta esa fecha, del 7%, "el período más largo de progreso" en los 200 años de historia independiente, repetían los alcahuetes del matrimonio. De acuerdo con la mayoría de las estimaciones privadas, en 2009 el PBI cayó entre 2,5 y 3%, y la formación bruta de capital, 13%. O sea que no se repuso el capital fijo que se amortizó en este período y encima hubo una destrucción neta del 3%. En el trimestre político crucial de marzo-junio, porque coincidió con el proceso electoral, el PBI cayó 4,5%, lo cual alcanza para explicar la derrota del kirchnerismo en el territorio bonaerense a manos del ignoto De Narváez. La crisis produjo una fuga de capitales de 40 mil millones de dólares, casi la mitad de ellos en 2009. De este modo consumió la totalidad del superávit comercial externo de la Argentin-

tina, lo cual significa la destrucción del 15% de la tasa de ahorro nacional en dos años; se trata de una confiscación económica sin precedentes. Es necesario ser un redomado apologista de las tropelías del capitalismo para decir que la financiación de esa fuga, mediante la entrega de reservas internacionales acumuladas, sirvió para demostrar "la capacidad del gobierno y del Banco Central para lidiar con la crisis".

La bancarrota mundial volvió a colocar a la Argentina en una crisis de pagos de su deuda internacional, pública y privada, esto a pesar de que había sido refinanciada dos años antes con quitas y alargamiento de los plazos de vencimiento, y a pesar del enorme superávit del comercio exterior que obtuvo con posterioridad. Esta crisis de la deuda es la causa más importante de la crisis fiscal, y explica por ella sola la pelea por las retenciones de la soja, primero, y la estatización de las AFJP, después, precisamente para sumar a los ingresos fiscales contribuciones jubilatorias a las AFJP. Si, por un lado, se excluyen los ingresos de la Anses y los aportes de las ganancias del Banco Central (que por ser sólo contables obligan a emitir moneda), si también se excluyen los aportes de otras agencias estatales, y si, por otro lado, se incluyen los déficits fiscales de las provincias (y el déficit implícito que origina el pago de los juicios que los jubilados están realizando al Estado, el déficit fiscal financiero consolidado de la Argentina se encuentra próximo a los niveles de los jaqueados países de Europa, incluida Gran Bretaña, y de los Estados Unidos, donde está por arriba del 10% del PBI. Este cálculo, sin embargo, no tiene en cuenta otro rubro más, que son los vencimientos de capital de la deuda. En definitiva, la disputa por el Fondo del Bicentenario tiene que ver con la crisis de pagos del país. El uso de las reservas del Central constituye una operación de fraude similar a la ejecutada por el Banco Goldman Sachs y el gobierno de Grecia con el presupuesto, el déficit y la deuda pública de ese país. La disputa por este Fondo demuestra que el Presupuesto 2010 no tiene financiamiento, es un dibujo y deberá ser reconstruido por completo. Como ocurre en Grecia, España o Inglaterra, la burguesía necesita reestructurar las condiciones financieras del Estado. El Fondo del Bicentenario, además, está estrechamente ligado a la operación del canje de deuda y del acuerdo con el Club de París, cuya finalidad es permitir que la Argentina obtenga nuevo financiamiento internacional, o sea más deuda para solventar al Estado y para que éste realice las operaciones necesarias de rescate del capital. La bancarrota mundial ha reabierto la canilla de la especulación con las deudas públicas por las razones más negativas: no existe, virtualmente, demanda de financiamiento de parte de las empresas privadas. La especulación internacional, sin embargo, quiere exprimir un limón que ya no tiene jugo: en una reciente emisión de deuda por parte de Grecia (por 8 mil millones de dólares), la cotización de los

bonos que habían sido vendidos cayó estrepitosamente al día siguiente.

Todo esto demuestra que la afirmación de que la Argentina o los K sortearon la crisis es una pretensión desaforada y sólo cabe en la cabeza de aquellos que están jugados a la defensa del capitalismo. Incluso si se compara la crisis actual con la de 2001, hay que recordarles a los que hablan sin saber que simplemente estamos en el comienzo, como lo demuestran los acontecimientos internacionales. Europa y los Estados Unidos, que hasta ahora tuvieron que encarar un derrumbe bancario y una recesión industrial, de ahora en más tendrán que sumar el derrumbe fiscal, que es todavía más grave; esto porque constituye la antesala del derrumbe monetario. La fase monetaria de la crisis estará representada por devaluaciones y medidas de guerra comercial; el alza fenomenal del precio del oro es una manifestación de una crisis monetaria que ya está en desarrollo. La amenaza de crisis monetaria se manifiesta también en la especulación llamada *carry trade*, que consiste en obtener préstamos en países con tasas de interés bajas para comprar deuda pública en países que pagan por ella una tasa elevada: apenas se modifiquen las condiciones de este negocio, ese capital se fugará de los países donde puso el dinero, lo cual provocará devaluaciones muy fuertes, como ya ocurrió en septiembre-octubre de 2008, desatando la fuerte devaluación del real brasileño y el peso argentino. Brasil, que tiene un impresionante déficit en la cuenta corriente, debido a las remesas de utilidades y pagos de intereses, depende para financiarlo del ingreso de capital a corto plazo movilizado por el *carry trade* financiado por dólares, yenes y euros. Ese ingreso de capital ha impulsado el desarrollo del crédito al consumo, que ya alcanza a un 40% promedio de los ingresos corrientes de la población. No es todavía la crisis *subprime* de los Estados Unidos, cuya relación de créditos a ingresos de las familias había llegado al 200 y 300%, pero para la base financiera de Brasil ese 40% es, objetivamente, más elevado. A fuerza de hablar de deuda pública se omite la deuda privada, que cuando es financiada con dinero del exterior también pone en peligro la estabilidad de la moneda. La deuda pública de España, por ejemplo, está calculada en 70% del PBI, pero la deuda privada española es del 250%, contraída en gran parte en dólares o yenes, razón por la que hay temor por la suerte del euro. Pero incluso la deuda en euros está tomada con bancos franceses o alemanes, que se financian, a su vez, en yenes o dólares. Como se ve, la presión sobre el euro que puede desatar una crisis de financiamiento fiscal o privado en España es muy grande.

El crecimiento de la inflación, a partir de los últimos dos meses de 2009, se explica, en lo fundamental, por la crisis fiscal y la incapacidad de financiamiento del Estado. Los porcentajes conocidos de inflación,

de todos modos, esconden su verdadera magnitud, porque el índice de precios (que miden, incluso, las provincias e institutos privados, no el Indek) registra numerosos servicios y actividades que siguen subsidiados, incluso luego de los aumentos autorizados en los últimos meses. El aumento de estos precios de base (gas, luz, transporte, prepagas), no digamos su liberación, podría desatar una estampida hiperinflacionaria o, inversamente, una fuerte recesión por la caída que provocaría en la capacidad de consumo de las masas. La acumulación de litigios en manos de la Corte, en especial por la deuda con los jubilados, muestra el carácter explosivo de la crisis fiscal en términos potenciales.

El crecimiento de la desocupación al 12 ó 14% (no cuenta la subocupación), el crecimiento de la pobreza y el aumento de la desigualdad social son manifestaciones objetivas del impacto en la Argentina de la crisis capitalista mundial. En algunos casos, por ejemplo la industria automotriz, la recuperación parcial de Brasil permitió reactivar la demanda, pero aun así precipitó una crisis de la industria de autopartes, debido a los ajustes que impuso esa recuperación. Los casos de Mahle, Indugraf, Massuh, Paraná Metal, Techint (a mediados de 2009) y Techint Avellaneda (recientemente), Bosch, FP, la industria ceramista en Neuquén y, de un modo general, la descapitalización de las empresas recuperadas en la industria y su recurso al pago de parte de sus salarios por parte del Estado, son manifestaciones concretas de la crisis y explican los niveles de militancia obrera y sindical en el curso de 2009. El gobierno se vio obligado a financiar numerosas operaciones de rescate e incluso a pagar parte del sueldo a los trabajadores suspendidos. Pero los Repro son un subsidio al capital, que utiliza el subsidio para suspender, y evitar con ello el pago de la indemnización que corresponde al despido. No se trata de un invento K sino de la copia sin enmiendas de lo que se hace en Europa para contener el llamado estallido social. El gobierno K presentó en estas tierras al Repro como un acto de justicia social, pero en Europa fue sancionado como una medida de emergencia para evitar una sublevación popular.

La crisis fiscal tiene su reflejo político en las instituciones del Estado. Luego de la 125, está prevista una derrota parlamentaria mayor para el Fondo Bicentenario, lo cual podría provocar un desbande del bloque parlamentario del oficialismo. Esta crisis en el Congreso viene acompañada de otras con el Poder Judicial y la Corte; está en marcha un operativo de gran amplitud para modificar el Consejo de la Magistratura y devolver a la Corte el control sobre los jueces y el manejo del presupuesto judicial. La farsa de la paritaria entre la Nación y Ctera volvió a poner de manifiesto, aunque a escala superior, la insolencia de las provincias. Las crisis fiscales son siempre expresión de una crisis del régimen social en su conjunto. Por eso, estas crisis penetran al Parlamen-

to, a las provincias, a la Justicia y al Banco Central, y anuncian de este modo la inminencia más o menos rápida de convulsiones sociales mayores. Se vuelve a plantear la cuestión del ajuste, de la privatización de la protección social, de la reducción de los salarios y de la estabilidad laboral. La crisis mundial ha dejado sin aire a las paritarias burocráticas, con las que el kirchnerismo y la burocracia sindical quisieron ejemplificar, desde 2003, una recuperación de "la justicia social". El estallido en Andalgalá, Catamarca, no refleja solamente un avance en la lucha contra la destrucción del medio ambiente; representa algo más general: es una reacción a la confiscación económica de tierras y aguas para el labradío, y a la superexplotación de los trabajadores (que ya tuvo su manifestación en el progreso del sindicato minero que se opone a la burocracia de Aoma). La defensa del proyecto Agua Rica, en Andalgalá, por parte de las fuerzas políticas, tanto del oficialismo como de la oposición, ilustra mejor que nada que no estamos ante el cuestionamiento a una parcialidad de la burguesía sino al conjunto del régimen. El gobierno no tiene ninguna posibilidad de dar satisfacción a las reivindicaciones de lucha contra los pulpos mineros, porque cualquier ruptura de contratos con esos pulpos sería el golpe final a las posibilidades de financiamiento internacional del Estado. Esta crisis local resume todas las crisis.

El gran as que esgrimen tanto el gobierno como los economistas de la oposición para negar la amplitud o profundidad de la crisis es la perspectiva, en 2010, de una gran exportación de soja y de un elevado superávit comercial: unos 15 mil millones de dólares. Ese dinero, sin embargo, podría convertirse, como ya ocurrió, en el combustible de una nueva fuga de capitales; desde otro ángulo, podría convertirse en el combustible de una mayor inflación. La acumulación de capital no es el equivalente a una caja registradora de ingresos y egresos; es un proceso contradictorio de extracción de plusvalía y de realización del valor creado por la explotación social. En cada país se encuentra condicionado al proceso mundial. Las medidas de restricción que han comenzado a insinuar los Estados Unidos y China podría reforzar una tendencia a la revalorización de sus monedas y a la devaluación de todo el resto (a revertir el *carry trade* señalado más arriba). Tal evolución implica salida de capitales y mayor inflación, inclusive con recesión. Esta tendencia afectaría más que nada a Brasil, del cual depende mucho la Argentina, en primer lugar en materia comercial y en segundo lugar en materia financiera, pues la cotización de los bonos y acciones argentinos están condicionados por la cotización del mercado financiero brasileño y por el real. Una renovada tendencia a la salida de capitales, combinada con un estallido de la inflación, aceleraría los ritmos de la crisis política.

Agotamiento del régimen político

La bancarrota capitalista y el derrumbe financiero del Estado tienen su expresión en el agotamiento del régimen político. Luego de la derrota de junio de 2009, cuyo alcance, repetimos, fue determinado por la crisis mundial, se desarrolló un intento de gobierno por decreto y vetos totales o parciales de leyes, que no sobrevivió a la tentativa de imponer el Fondo Bicentenario. La camarilla gubernamental volvió a quedar a merced del vicepresidente Cobos (que es una figura sin base), al punto que ahora el oficialismo quiere modificar el régimen de acefalía. El Parlamento ha dejado de ser una simple escribanía del Ejecutivo y se va convirtiendo en el escenario donde se trama la sucesión presidencial anticipada. La tentativa bonapartista del gobierno, desde 2003, ignorando a la oposición parlamentaria, buscó un apoyo en el movimiento obrero regimentado por la nueva dirección de la CGT encabezada por Moyano y los sindicatos del transporte. Ahora que el gobierno ha quedado en minoría y también enfrenta la rebelión de la Corte Suprema de Justicia, también queda al desnudo la precariedad de ese punto de apoyo en el movimiento obrero. Las movilizaciones moyanistas recientes han tenido un carácter coreográfico, de ningún modo una incidencia política. La burocracia cegetista se ha vuelto a dividir, o sea que el liderazgo de Moyano se ha agotado. El elemento dinámico no son los actos públicos de Moyano sino la emergencia de luchas y organizaciones en los lugares de trabajo, que en su mayor parte también cuestionan a la burocracia de la CTA o son un producto independiente de ella. El cuestionamiento de las bases a la burocracia de Ctera es, por otra parte, una lápida para el conjunto de la burocracia de la CTA. En la CTA, el cuestionamiento a la burocracia sindical se expresa en la presencia y diversidad de las tendencias políticas que la toman como referencia. Por otro lado, también se asiste al retiro del apoyo al gobierno de parte del punterismo piquetero, como ha ocurrido con Barrios de Pie, la escisión del MTL con el PC, el alejamiento más o menos próximo de D'Elía, o el fin de los coqueteos chavistas hacia el gobierno por parte del Frente D. Santillán. El pejotismo K ha quedado reducido al aparato justicialista de algunas provincias, entre las que no se encuentra, precisamente, la provincia de Buenos Aires, en la cual el PJ atraviesa una crisis rampante. La tentativa de montar un arbitraje entre la burguesía y el proletariado a través de procedimientos como la "paz social" y la tutela de nuevos sindicatos no reconocidos por parte del Ministerio de Trabajo, por ejemplo en el Subte, o la "paz social" en Kraft, orquestada incluso con el PCR, no ha pasado de episodios sin futuro. La cooptación o neutralización, por parte del Estado, de las tendencias conciliadoras o centristas de diversos agrupamientos con acti-

vidad sindical choca con la declinación irreversible del oficialismo y con la crisis económica. En definitiva, estamos ante la disolución de una tendencia que nunca llegó a adquirir una real fisonomía bonapartista.

Nada de esto anticipa, sin embargo, que el presidencialismo sea sustituido por una "parlamentarización" del proceso político. En un régimen presidencialista en deterioro, como ocurre en la Argentina, el Congreso tiene que optar entre ser una escribanía del oficialismo o un nido de conspiraciones. Es precisamente por esto que la reforma política lanzada por los K con el apoyo de la UCR pretende reconstruir el bipartidismo. Para desgracia de sus autores, los tiempos del bipartidismo han sido superados hace largo rato. Esta crisis autoriza a pronosticar, con carácter tentativo, que el proceso político marcha hacia elecciones adelantadas, sea como un recurso último o extremo de la camarilla K, o como consecuencia de su desplazamiento del gobierno. Lo que no se debe excluir, sin embargo, es que la crisis alcance un carácter constitucional y que en ese caso emerja un intento de poner en pie un nuevo régimen político, con eje en un primer ministro, aunque bajo la tutela de un presidente, del tipo de Italia o España (aquí bajo figura monárquica), una especie de semiparlamentarización. Algo de esto se encontraba en carpeta en la propuesta de reforma constitucional propuesta por el gobierno de Alfonsín en la década de los '80. Pero una crisis constitucional plantearía también la crisis del federalismo argentino y la insolvencia fiscal insuperable de las provincias. Una semiparlamentarización del régimen político nacional obligaría a parlamentarizar o semiparlamentarizar también el sistema de gobierno provincial. El hecho de que se debatan todas estas variantes políticas dimensiona el estado terminal del presente régimen político.

En los últimos meses, la oposición política al gobierno se amplió a distintos sectores de la burguesía industrial que habían apoyado a los K. Es una evidencia de que los recursos y la política de los K para rescatar al capital se han agotado. Hay una enorme disputa por el control de monopolios claves, como YPF o Telecom, Papel Prensa, los medios de comunicación y el destino de Aerolíneas y de sus contratos de reequipamiento (Airbus, Embraer, etc). Numerosos grupos (La Serenísima, Gas del Norte, Ausol —concesionaria de peaje— se encuentran en convocatoria de acreedores; Cirigliano negocia el abandono de la concesión de TBA, pero el Belgrano sigue recibiendo apoyo por su función en el comercio con China. Luego tenemos los enfrentamientos en la cadena agrícola y en la cadena de la producción de carnes, con la nueva tentativa de los frigoríficos de exportación de regular el mercado interno y el de exportación, y desarrollar la alimentación en corral y poner a la cría y a la invernada de ganado en una posición subordinada. Todas estas disputas deben ser zanjadas en el Congreso, porque están

referidas a compromisos o contratos del Estado. Esto potencia la crisis política y pone al desnudo todas sus ramificaciones económicas.

3 Aunque en *Prensa Obrera* se señaló hace un tiempo que Obama le había dicho a Alberto Fernández, el ex jefe de Gabinete, que a los Estados Unidos los inquietaba una inestabilidad en la Argentina, ésta podría ya no ser la posición norteamericana luego de los sucesos de Honduras y de la derrota política sin atenuantes del bloque chavista, y de la diplomacia y los intereses brasileños. O sea que Obama y el *establishment* norteamericano podrían favorecer un cambio político y un adelantamiento de elecciones en la Argentina. Por otro lado, no es obstáculo para esto que la oposición patronal carezca de una jefatura común, porque lo mismo ocurría en las vísperas de 2001 con el peronismo. Así lo demostró enseguida la lucha interna entre los gobernadores del PJ por la sucesión de De la Rúa, y el fracaso del gobierno de Duhalde y la división entre tres candidatos del PJ, en 2003. En 2001 no había acuerdo, en la superficie, ni siquiera para salir de la convertibilidad, o sea para devaluar. La división cariocinética de la oposición simplemente demuestra que la larguísima crisis argentina ha desgastado por completo a la política patronal, del mismo modo que la impotencia de la burguesía rusa había desgastado a todos sus partidos en vísperas de la caída del zar. Enhorabuena. Hay que señalar, de todos modos, que esta división tiene su propio método: a través de las elecciones internas y, luego, del resultado que tenga la primera vuelta electoral, quedarán seleccionados las figuras y los alineamientos que disputarán el ballottage. Mientras tanto, la UCR ha reaparecido como un eje o referencia en el campo de la oposición, aunque también condicionada a la solución de sus divisiones internas. Más allá de las divisiones la oposición patronal representa un alineamiento contra el chavismo en la política continental, por un lado, y una presión de la burguesía por reordenar el desbarajuste fiscal del kirchnerismo y modificar la "morenización" de las relaciones con los capitalistas, por otro. Son características suficientes para caracterizarla como reaccionaria.

La reaparición de Duhalde ha traído a la crisis política un nuevo tema: la "reinstalación de las fuerzas armadas en la vida social", siguiendo en esto a un agente de los yanquis, el ex embajador menemista Diego Guelar, ahora instalado en el PRO. El planteo apunta, por supuesto, a superar los juicios por crímenes de lesa humanidad y a reforzar los aparatos de represión, pero tiene otros alcances que le suman vigencia. Se trata de la exigencia del gran capital internacional, pero también nacional, de "modernizar" a las fuerzas armadas, incluso si aún se temiera un conflicto por Malvinas, es decir: reabrir un mercado para la industria armamentista. El kirchnerismo ya había apuntado para este la-

do cuando se sumó a la fuerza de ocupación en Haití, y lo volvió a hacer al sumarse a la Unasur, que es esencialmente un intento de potenciar la industria armamentista, que se ha desarrollado en Brasil y en Chile, en menor medida en Colombia, los tres muy ligados a Israel. El experimento de Mauricio Macri en la Capital, con la Metropolitana y Fino Palacios, muestra también la injerencia del sionismo en América Latina. Asistimos a una tendencia a la remilitarización de América Latina, ¡incluso en plena crisis fiscal! (Grecia, sin ir más lejos, gasta el 20% de sus ingresos fiscales en provisión para las fuerzas armadas).

En el escenario de la disolución del régimen político, el centroe izquierda de Solanas realiza un furioso intento de delimitación, cuyas limitaciones saltan a la vista. Como les ocurre a los Heller o Sabbatella, realizan una diferenciación más verbosiva que real. La pequeña burguesía de izquierda quiere torcer la crisis para su lado, en un intento tardío de plagiar a Lula, Chávez, Correa, fundamentalmente Mujica, Ortega y, probablemente, al candidato que salió tercero en Chile. Se trata de una tentativa repetida (antes el Frepaso o el PI en los '80) y sobre todo tardía, porque llega mucho después del ocaso del neoliberalismo y en plena bancarrota capitalista. Es una expresión muy retrasada de la tentativa exitosa de llegar al gobierno por parte de los partidos centroe izquierdistas que se agruparon en el Foro de San Pablo. El éxito electoral de Solanas, en junio, pone de manifiesto el rechazo del electorado a los partidos tradicionales y expresa una corriente hacia el centroe izquierda del electorado del kirchnerismo y del macrismo. La caracteriza su conservadurismo, porque limita su acción al Parlamento y a los medios de comunicación, y rechaza la movilización popular. Programáticamente, es una corriente keynesiana incoherente, porque pretende hacer beneficencia estatal en medio de crisis fiscales. Hasta ahora no ha logrado, debido a estos límites, esquivar la polarización que le imponen los dos bloques que se enfrentan en el Congreso, lo cual ya le ha representado un enorme costo político, que se puede agravar con la reanudación de las sesiones en marzo. Tiene, en un período de bancarrota de la sociedad capitalista y de disolución de sus regímenes políticos, un planteo puramente electoral. Propone, en principio, un frente electoral con agentes patronales probados, como Binner y Juez. Se encuentra dividido en numerosas corrientes que son producto de las diversas camarillas que operan en la CTA. Es fundamental desarrollar esta caracterización en la forma de una delimitación política y por medio de la polémica.

4 Con el kirchnerismo, se agotó una tentativa degradada de nacionalismo burgués. En su historia y composición, la camarilla oficial resume el viraje que le fue impuesto a la burguesía nacional

luego de la bancarrota capitalista y la rebelión popular de 2001. Los Kirchner fueron partícipes activos de la década de Menem y Cavallo. Cuando el planteamiento "neoliberal" se derrumbó, bajo el peso de la crisis mundial de 1997-2001, la burguesía (pero también el FMI) giró hacia la devaluación y el intervencionismo estatal, que habilitaron el rescate del capital sobre la base de una inédita confiscación social. Para llevarla adelante, los Kirchner tuvieron que operar en el cuadro político planteado por la rebelión popular de 2001, lo que los obligó a maniobras, cooptaciones y demagogia progresista ("derechos humanos"). En el plano económico, el kirchnerismo montó un régimen de emergencia que colocó los recursos del Estado al servicio del rescate del capital (subsidios) y de la integración de las organizaciones obreras al Estado (cooptación). Como ocurre con otras experiencias nacionalistas, la base de esos recursos fue "rentista" y provino de la "patria sojera", a la que el kirchnerismo alentó irrestrictamente hasta la "crisis del campo".

La política de tarifas subsidiadas, que los kirchneristas presentan como parte de una "política popular", constituyó en realidad un subsidio a la burguesía industrial, que sobre esa base pudo sostener salarios extraordinariamente bajos. El "modelo productivo" consolidó la degradación del salario impuesta en las décadas y gobiernos anteriores. El "costo laboral" (salario más cargas previsionales a cargo de la patronal) es hoy 12% inferior al de hace una década atrás; o sea, cuando reinaban Menem y Cavallo. La reconstrucción de la burguesía nacional pregonada por los K se forjó sobre la precarización y miseria salarial de los trabajadores. Bajo el argumento de "crear empleo a cualquier precio", el gobierno y la burocracia sindical han justificado el trabajo en negro y la flexibilidad laboral. En la era kirchnerista, se ha producido la explosión de la "nueva" industria de confecciones textiles, que funciona con mano de obra extranjera y semiesclava. El trabajo en negro representa el 40% de la población obrera.

La política del "desendeudamiento" consistió en el rescate de la deuda que había sido defaulteada en 2001, cuyos títulos no valían nada. Su canje, por alrededor del 60% de su valor, constituyó por lo tanto un negocio fabuloso para los especuladores que la adquirieron luego del default. Esa deuda, a su turno, fue indexada con el crecimiento económico y con la inflación interna, levantando una nueva hipoteca usuraria contra el país. A fines de 2009, la deuda pública del "gobierno del desendeudamiento", unos 145.000 millones de dólares, igualaba a la que acumularon De la Rúa y Cavallo antes de diciembre de 2001.

El mayor fraude del kirchnerismo se produjo allí donde exhibe la mayor demagogia, esto es, en la política de los "derechos humanos". La derogación de las leyes de impunidad fue sólo una maniobra para

impedir la extradición de los genocidas a España. Luego, los juicios avanzaron a cuentagotas, en el marco de la intimidación y hasta del secuestro de los testigos (López). Los Kirchner tardaron ocho años en abrir los archivos de la inteligencia militar, el tiempo suficiente para su vaciamiento o adulteración. En cambio, dejaron en pie los archivos de la Sida, que utilizan a fondo para el espionaje interior. Las patotas o las fuerzas represivas estuvieron siempre a la orden del día a la hora de atacar a la clase obrera que lucha contra la burocracia o la cooptación oficial.

La experiencia kirchnerista mostró los límites de la política de "reconstruir a la burguesía nacional" como camino para una autonomía política o económica del país. El kirchnerismo nunca constituyó una referencia popular, sólo reagrupó a la burocracia del Estado, de los sindicatos o académica (Carta Abierta) en base a las prebendas económicas y a la cooptación. Agotados esos recursos, asiste a su desintegración, que se expresa en el éxodo de intendentes, diputados y hasta de los más recalcitrantes oficialistas. El carácter reaccionario del kirchnerismo se manifiesta, antes que nada, en su combate a muerte para mantener y reforzar la regimentación de los sindicatos por una burocracia integrada al Estado e incluso empresarial, e impedir la autonomía sindical y política de los trabajadores. Cuando el kirchnerismo se empeña en presentarse como la representación de la nación o del progreso frente a la "restauración conservadora", lo que pretende es, por sobre todo, poner el pie encima de la cabeza del proletariado y ahogar sus tendencias independientes y emancipadoras.

En un plano más general, el final del kirchnerismo demuestra que la crisis mundial ha acentuado las limitaciones de las experiencias nacionalistas continentales. Allí está, para demostrarlo, el régimen chavista. La devaluación del bolívar, celebrada por los bancos y calificadoras, comporta un golpe monumental contra las condiciones de vida de las masas. Concebida para salvar la caja del Estado, la devaluación puso de manifiesto la dependencia mortal del régimen chavista respecto de la renta petrolera, o sea, su incapacidad para desarrollar cualquier planteo de industrialización del país, lo que exigiría la centralización de los recursos económicos en el marco de una transformación social. Por el contrario, en Venezuela el capital estatal se ha entrelazado con el capital privado, en tanto que las nacionalizaciones entrañaron indemnizaciones fabulosas a costa del Estado. El indigenismo de Evo Morales, por su parte, no ha superado los límites de un usufructo fiscal limitado de los recursos extractivos del país, en asociación con el capital extranjero. Cuando más extremo aparece el nacionalismo en su verborrea, mayor es su empeño por impedir la autonomía política del proletariado. Las tentativas más acusadas de estatización sindical se han producido en Bolivia, Ecuador y Venezuela. A estas estatizaciones no las

convierten en progresistas las represiones criminales contra los sindicatos en Colombia, Honduras o México, o la vigencia de la legislación pinochetista en Chile.

La declinación del chavismo ha colocado en una profunda crisis a la izquierda latinoamericana, que ocultó sus límites brutales y fantaseó con el "socialismo del siglo XXI". Las convulsiones sociales continentales que planteará la crisis exigen librar una lucha política a fondo por la superación del nacionalismo capitalista, en el marco de la lucha por la unidad socialista de América Latina.

Una nueva transición histórica en la clase obrera

5 Desde que estalló la crisis mundial, la clase obrera protagonizó en la Argentina un importante movimiento de huelgas y ocupaciones de fábrica. En estos conflictos, la intervención del Estado apuntó desde el vamos a rescatar al capital, por un lado, y a desgastar a los trabajadores, por el otro. En esta tarea, el gobierno contó con la colaboración activa de la burocracia sindical, tanto de la CGT como de la CTA. Así ocurrió en Mahle, donde la fábrica terminó en un virtual abandono y los trabajadores fueron empujados a aceptar una indemnización. O en Paraná Metal, donde la burocracia de la UOM de Villa Constitución (CTA) promovió un plebiscito a favor de la reducción de los salarios. En Massuh, asistimos a una supervivencia precaria que concurre al rescate de la patronal vaciadora, que no fue expropiada y percibe un canon por el uso de la planta. En Indugraf, la burocracia gráfica y el gobierno complotaron para vaciar la ocupación obrera, expulsar a su vanguardia y preparar la devolución del taller a la patronal.

La crisis capitalista mundial encuentra al movimiento obrero o sindical recorriendo una nueva transición de carácter histórico. Existe un desarrollo creciente de núcleos de delegados y activistas que se organizan sobre la base de reivindicaciones cada vez más apremiantes en sus lugares de trabajo, y que disputan la dirección a la burocracia. Por otro lado, se descompone la tentativa del kirchnerismo de imponer una burocracia sindical que viene de la oposición al menemismo en su última etapa, y esto vale para el moyanismo como, en forma desigual, para las fracciones que dirigen los sindicatos reconocidos de la CTA.

Este desarrollo no nació con esta crisis. Reconoce un largo trabajo de reagrupamiento y conquista de posiciones clasistas durante la etapa anterior, como es el caso de los trabajadores del subte, que culminó en la lucha parlamentaria, política y huelguística por la jornada de seis horas y el reconocimiento de la insalubridad. Un papel de gran importancia jugó, en este desarrollo, el movimiento piquetero, en especial en 2002/5, con bloqueos de vías y por medio de piquetes en empresas en

conflicto, y particularmente manifestaciones de masas en defensa de las empresas ocupadas. Las asambleas del movimiento piquetero en ese período definieron gran parte del programa que caracterizaría la evolución del movimiento sindical antiburocrático.

Esta transición al interior del movimiento obrero es una expresión de la crisis de conjunto, social y política, del capitalismo. La reactivación económica, a partir de mediados de 2002 (que se manifestó en toda la economía mundial), reforzó numéricamente, aunque de un modo desigual según los países, las filas de la clase obrera y su capacidad de acción. Esto fue más marcado en la Argentina, debido a que venía de una bancarrota económica sin precedentes y, al mismo tiempo, en excepcionales condiciones de debilidad de los gobiernos en los años posteriores inmediatos a 2001. Son precisamente estas particularidades las que condicionan la política del kirchnerismo, que consiste en descansar en el apoyo de la burocracia opositora al menemismo, a fuerza de prebendas y acomodos, y en el copamiento de los movimientos piqueteros o sociales de orientación reformista o nacionalista o bajo la influencia del stalinismo (como ocurre también con las organizaciones de derechos humanos). El instrumento de contención del movimiento sindical va a ser, en primer lugar, el único de la ley de asociaciones profesionales, que el moyanismo defendió a muerte incluso en los momentos más fuertes de su movilización contra Menem o De la Rúa; en segundo lugar, las paritarias regimentadas, que bajo la cobertura del convenio general mantienen en pie las negociaciones por empresa del "modelo" neoliberal, o sea la ley Banelco. El restablecimiento de las paritarias ofrece al moyanismo un campo más amplio de maniobra frente a los trabajadores, en especial en lo que se refiere al transporte de carga y al sindicato de camioneros. Dentro de estas maniobras, Moyano saca a la superficie el tema del encuadramiento sindical, que se convertirá en una pesadilla para la burocracia de Comercio, Construcción e incluso Foetra, o sea el pasaje de los trabajadores de las contratistas al sindicato de su actividad y de mejores remuneraciones y mejor convenio. Con contadísimas excepciones, la "nueva" burocracia sostendrá la orientación de mantener fuera de la afiliación sindical a la mayoría de los trabajadores y bloqueará la organización de los cuerpos de delegados más allá de las empresas muy grandes.

Desde 2007, sin embargo, estos ímpetus parciales cesan por completo: las paritarias de 2009, con sus aumentos escalonados, disimulan con estadísticas manipuladas el deterioro de los salarios e, inflación creciente mediante, una marcada pérdida del poder adquisitivo de los trabajadores. Se manifiesta, de este modo, en el campo de las relaciones laborales el agotamiento político del kirchnerismo.

El movimiento de lucha en los sindicatos sobrepasa el marco es-

trecho que le propone la burocracia sindical, y va a empujar hacia una etapa de crisis y escisiones, por abajo y por arriba, a todas las organizaciones obreras. Hay un clima de revulsión en los sindicatos obreros, sean éstos de la CGT o de la CTA. Ello se expresa en numerosos sindicatos: papeleros, alimentación, gráficos, azucareros del norte, petroleros del sur, aeronavegantes, docentes de numerosas provincias, el sindicato del neumático, telefónicos (incluidos los *call centers*), en algunos casos provincias enteras, como Neuquén y Santa Cruz, o las ocupaciones de empresas o manifestaciones políticas entre los obreros sindicalizados de Rosario y San Lorenzo.

La etapa que encumbró al moyanismo se ha cerrado, de un modo general, y la bancarrota del kirchnerismo le pone de todos modos una fecha de cierre. Esta crisis de conjunto en el movimiento sindical hace estallar la contradicción entre el unicato sindical y el "pluralismo" formal del régimen constitucional, en especial cuando este régimen no está pilotado por un partido único o hegemónico y, por el contrario, está presidido por una camarilla regimentadora en disolución. Esta contradicción formal ya se había manifestado en oportunidad del gobierno de Illia y, luego, del de Alfonsín, cuando se envió al Congreso el proyecto de ley de pluralidad sindical del ministro de Trabajo de aquel momento, Antonio Mucci. De la explosión de esta contradicción en la realidad de la crisis política y de la vida del movimiento obrero (no del puro choque de principios) nacen los fallos de la Corte sobre pluralismo sindical en los lugares de trabajo o, dicho en forma más correcta, la repercusión de esos fallos judiciales en el proceso político y en el movimiento obrero. La supervivencia de esta contradicción se hace aún más penosa ahora que el Congreso se pone al nivel del gobierno en la capacidad para el ejercicio de la conspiración política y la borocotización a la inversa. Debe quedar claro que la Corte no pretende revolucionar la organización sindical en los lugares de trabajo ni al movimiento obrero, sino ofrecer un marco de transición para que las fuerzas sindicales que respetan el orden burgués armen un "modelo" de recambio hacia otro "modelo" más adecuado a las nuevas condiciones políticas. A partir de los fallos de la Corte podría modificarse la prerrogativa que tiene el sindicato más representativo para negociar los convenios de trabajo. Habrá que ver si este tema encuentra lugar en la agenda de la oposición en el Congreso.

Los fallos sindicales de la Corte han puesto al desnudo las grandes diferencias dentro de la CTA. El yasky-kirchnerismo sigue batiendo el parche en la prioridad de obtener el reconocimiento gremial para la CTA, y por esta vía armar un "modelo" de pacto con la CGT. H. Meguirá, asesor de la CTA, dejó planteada la divergencia con esta orientación, para favorecer el establecimiento de "sindicatos simplemente ins-

criptos" en todas las actividades y la elección de sus delegados en los lugares de trabajo. Parece claro que la vía Yasky no conduce a ningún lado a partir de la enorme crisis política que está dando cuenta del gobierno. La alternativa rival no solamente enfrenta enormes obstáculos políticos, que provienen de una parte mayoritaria de la patronal y de los partidos patronales. Es que, de conjunto, no existe una tendencia al interior del movimiento obrero que favorezca el paralelismo sindical. Tampoco existe de parte de la CTA una línea de movilización y lucha sin cuartel por las reivindicaciones de los trabajadores, que sirva para ganarlos para su táctica de desarrollo sindical. La CTA colabora con el gobierno y la burocracia unicata, por ejemplo en Foetra, y no se diferencia de la colaboración con la patronal en los sindicatos que dirige, como Neumáticos o UOM Villa Constitución. Se mantuvo soberanamente alejada de la lucha de Kraft y hoy mismo sabotea con buenos modales la lucha de los ceramistas de Neuquén. La "pluralidad" sindical que defiende la CTA existe en la práctica en los sindicatos estatales (ATE, Upcn y los gremios municipales, o al interior del sindicalismo docente, donde los gremios de la CTA consensúan acuerdos salariales "por arriba" con otras direcciones colaboracionistas). Es decir que el otro "modelo" no ha producido nada. En algunos casos se ha puesto al servicio del carneraje a favor de la burocracia cegetista, como ocurrió, por ejemplo, en el Centro Gallego, donde los partidarios de un sindicato "no inscripto" de la CTA fracturaron a la interna antiburocrática, boicotearon la elección que debía refrendarla y facilitaron el retorno de la burocracia al hospital. La alternativa de otro "modelo" no sirve como elemento de orientación, por la simple razón de que ese "modelo" será el resultado de una lucha general en torno al desarrollo de la crisis mundial y al desenlace de la crisis política en la Argentina. La única orientación que es clara en estas condiciones es la que plantea que la crisis la paguen los capitalistas y la expulsión de la burocracia de los sindicatos. En esta línea, el "modelo" sindical lo decidirán los trabajadores sobre la base de la independencia de clase y la democracia sindical, que solamente puede asegurar una dirección revolucionaria, o sea protagonista de la revolución social.

El "modelo sindical" es un esquema, que supone un sindicalismo que opera dentro de la seudodemocracia capitalista. Pero hoy, concretamente, no resuelve el problema de echar, por ejemplo, a la burocracia de UTA del Subte y que el nuevo sindicato, conformado democráticamente, tenga la prerrogativa de negociar el convenio colectivo. Incluso en la experiencia muy positiva desarrollada por los activistas ligados a la CTA en Barrick Gold, donde aplicaron la política de la CTA y obtuvieron el reconocimiento judicial de sus delegados, así como en el lugar de trabajo, la posibilidad de discutir el convenio fue impuesta por

una asamblea general que eligió paritarios para ello, a diferencia de lo que ocurre en los sindicatos de CGT y CTA, donde los delegados son designados por la burocracia sindical.

El campo de intervención que ofrece esta crisis y esta transición histórica depende antes que nada de la claridad, pues en ella medran también, en función de sus intereses, las diferentes burocracias sindicales, el aparato del Estado y de los partidos patronales, y por último, pero no menos importante, diversas expresiones que han pasado del activismo clasista al sostenimiento de alternativas de centroizquierda o de sus propios apetitos. El movimiento sindical es demasiado importante para que la burguesía permita que se convierta en clasista, y el Estado tiene muchos recursos para desviar esta trayectoria. En la década de los '70, la burguesía no vaciló en poner en el gobierno a una dictadura asesina para impedirlo. Es necesario un tenaz trabajo metódico de propaganda, agitación y organización para transformar a los sindicatos en lo que deben ser por su lugar histórico: órganos de una lucha de clases. Ese trabajo metódico debe tener un contenido estratégico, que esclarezca a los activistas el enlace entre la situación de los sindicatos y su *impasse* con el conjunto de la crisis.

Programa y métodos

La reivindicación más elemental que plantea la bancarrota capitalista a los trabajadores es: que la crisis la paguen los capitalistas. Se trata, naturalmente, de la expresión popular de un programa de confiscación de los grandes bancos e industrias para poner el proceso productivo al servicio social de las mayorías. Se cree normalmente que el porvenir de los partidos depende de la calidad de sus consignas, pero esto es cierto a condición de que se entienda que el porvenir de esas consignas también depende de la capacidad de los partidos para explicarlas, defenderlas y luchar por ellas por medio de la propaganda, de la agitación y de la organización. El Partido Bolchevique tuvo que pasar diecisiete años de lucha por el derrocamiento del zar y el establecimiento de una república democrática, y cuando coronó sus largos esfuerzos lo que produjo fue una república socialista. Avanzó con una consigna y la transformó a la luz de la experiencia de su propio progreso. No es para nada irrelevante que una gran parte de la izquierda se oponga a esta consigna con el argumento de no irritar a los pequeños y medianos capitalistas, porque con ello demuestra que su posición social en la crisis es la de un sector de los capitalistas, no la de la clase obrera. ¡Acá no se trata del destino de tal o cual capitalista individual, se trata de la lucha contra el capitalismo! La misma incompreensión acerca de que la bancarrota capitalista plantea objetivamente, o sea inde-

pendientemente de los resultados que emerjan de ella en un futuro más o menos lejano, la lucha por poner fin al capitalismo manifiestan las corrientes de izquierda que se reivindican a sí mismas como anticapitalistas para plantear una lucha contra la crisis dentro de los marcos capitalistas, o sea sin postular el gobierno de los trabajadores y la dictadura del proletariado. Estos tres años desde el estallido de la crisis actual han demostrado que la izquierda que rechazó nuestra previsión de la bancarrota en curso sigue sin entender su desarrollo y su alcance histórico.

El objetivo de toda lucha anticapitalista debe ser el desarrollo de organizaciones obreras y populares capaces de emprender esta lucha y, en primer lugar, direcciones revolucionarias en los sindicatos y las organizaciones de masas. Toda la táctica política debe estar al servicio de este desarrollo. Nada puede sustituir a un viraje histórico en la actitud de los explotados frente a la crisis, para darle a ésta una salida transformadora. En los últimos dos años, toda la izquierda democratizante y centrista ha atacado con ferocidad la política del Partido Obrero en las luchas sindicales y sociales, acusándola de "extremista" o de incompreensión de las "mediaciones". Estamos, en este caso, frente al brote manifiesto de un conservadorismo político, que encuentra su explicación en las necesidades de preservación de los pequeños aparatos. Esta política "sabia" no ha aportado ninguna victoria para la clase obrera hasta ahora, y no la aportará en el futuro, pero sí sembrará entre los activistas conservadorismo y desmoralización. En oposición a esta charlatanería ofrecemos la única gran victoria de los últimos años: la obtención de la jornada de seis horas en el subte, por medio de un trabajo sindical y parlamentario y la organización de grandes huelgas. En el marco de la bancarrota capitalista, debemos decirles a los trabajadores que todo es posible si empleamos los medios para lograrlo y nos organizamos sistemáticamente para obtener esos medios. Que la crisis la paguen los capitalistas significa reivindicar los métodos de la huelga general, las ocupaciones de empresas, la formación de comités obreros, los piquetes. La propaganda y la agitación deben servir para el desarrollo de la conciencia de la necesidad de estos métodos de lucha.

El intervencionismo estatal frente a la crisis ha fracasado; lo prueban las bancarrotas fiscales. El desarrollo de la crisis vuelve a colocar a la orden del día la cuestión de las ocupaciones de fábrica, como se plantea ahora en Tenaris Siat. Cobra más vigencia que nunca, entonces, la ocupación de toda fábrica que cierre o despida, que se abran los libros de esas empresas, y su operación sea colocada bajo la supervisión de los trabajadores, y la unificación de las ocupaciones de empresa.

Las fábricas recuperadas, que emergieron de ocupaciones de fábrica de la crisis anterior, están integradas en su mayoría a esquemas de

asistencia o cooptación oficial. La reactivación económica les permitió una supervivencia precaria, aunque siempre a costa de la reducción de los salarios obreros y del desconocimiento de sus convenios respectivos. De un modo general, actuaron como "tercerizadas" de otras empresas capitalistas y, en ese carácter, como fusibles de las oscilaciones del mercado, reduciendo planteles o bajando los salarios siempre que resultara necesario. Bajo la crisis, esa tendencia ha sido llevada al extremo. Las recuperadas languidecen con salarios que no llegan a la mitad del convenio, y sin la posibilidad de ocupar plenamente a sus trabajadores originales. En Zanón, por ejemplo, una parte del salario se cobra en Repro, o sea que depende del asistencialismo estatal asignado a los trabajadores suspendidos o a las empresas intervenidas, o incluso a un comedor popular. Disminuye la consideración histórica de los trabajadores que dieron el ejemplo de ocupar esas empresas y de hacerlas funcionar bajo su propia responsabilidad. En el capitalismo no puede haber "fábricas sin patrones", como si las relaciones de mercado no estuvieran dominadas por los capitalistas. Reclamamos la expropiación efectiva y definitiva de las patronales de todas las empresas recuperadas; una asignación presupuestaria para su funcionamiento, sobre la base de las propuestas de sus asambleas generales; su gestión bajo el control efectivo de los trabajadores; la formación de una federación de empresas recuperadas con derecho a presencia y voto en los bancos estatales; la nacionalización del sistema bancario bajo control obrero. Planteamos la integración de las fábricas recuperadas a una lucha anticapitalista de carácter general, que coloque la expropiación de las empresas vaciadas en la perspectiva de una transformación social dirigida por los trabajadores.

Un aspecto central del próximo período lo constituirán las paritarias, que se van a desenvolver en el marco explosivo de la crisis política y de la inflación creciente. No puede descartarse, en este plano, la tentativa de abortar las paritarias, o subordinarlas a un "acuerdo marco", en el cuadro del "consejo económico y social". En oposición a esto, planteamos la lucha por la vigencia irrestricta de las paritarias, por paritarios electos en asamblea, por un salario que cubra el costo de la canasta familiar en la jornada de 8 horas, y cláusulas de indexación de acuerdo con la inflación; contra las cláusulas flexibilizadoras, por el control obrero de los ritmos de trabajo y de la seguridad laboral, la eliminación de los impuestos al salario y la devolución de los recursos de la Anses a los jubilados, para conquistar el 82% móvil.

A partir de estos planteamientos, es necesario un trabajo preparatorio de organización, reclutamiento y formación de los activistas y delegados que luchan por la expulsión de la burocracia. Destacamos, como un método esencial de reagrupamiento con estos fines, el desarro-

llo de agrupaciones sindicales clasistas.

Como otra reivindicación de carácter nacional, cobra más fuerza ante la crisis la lucha contra la hipoteca usuraria de la deuda externa. El "no pago" de la deuda debe ser inscripto en el plano de una reorganización social de carácter general. De hecho, los "no pagos" o moratorias se plantean regularmente bajo el capitalismo, y sirven para la organización de "concurso de acreedores" de naciones enteras, que preceden a la desvalorización de sus salarios y otros ajustes brutales contra las masas. Ese fue el contenido social del default de Rodríguez Saá en 2001, de la devaluación de Duhalde y de la renegociación de la deuda de Kirchner-Lavagna con cláusula de ajuste. En oposición a esto integramos el no pago de la deuda a una reorganización del país sobre nuevas bases sociales, lo que plantea la nacionalización sin pago de la banca y del comercio exterior y el control de cambios, para colocar el ahorro nacional en función de un plan de reindustrialización y obras públicas bajo la dirección de la clase obrera.

Abajo las conspiraciones constitucionales o bonapartistas; por un gobierno de trabajadores

7 Como ha sido dejado en claro más arriba, la crisis política ha entrado en una nueva etapa, donde se juega la continuidad del gobierno, los golpes de mano del Ejecutivo, las conspiraciones recíprocas desde el Congreso o por parte de la camarilla oficial. Se ha discutido poner la sucesión presidencial en las manos de un vicepresidente del Senado, debajo de Cobos, que represente a la oposición. El ex gobernador de Salta, Romero, insiste con esta línea. La camarilla, por su lado, extorsiona a empresas, gobernadores y punteros con la privación del maná del Tesoro oficial. Es moneda corriente escuchar sobre un adelantamiento de las elecciones, y se admite para ello la posibilidad de "suspender" la reforma política. El problema es el quién y el cómo del adelantamiento, que constitucionalmente supondría la renuncia de la Presidenta. En el marco de semejante crisis se escucharán voces a favor de convocar a una Asamblea Constituyente que, en el marco de una transición, rediseñe el régimen político y reconstruya la solvencia de la Nación y de las Provincias. La clase obrera debe ponerse en contra de estos objetivos estratégicos de la crisis constitucional que se está tejiendo, pues corresponden a prioridades de la burguesía, no de los trabajadores. La posibilidad de que las prioridades de los trabajadores ganen la escena está determinada por la propia envergadura de la crisis. Por eso planteamos que, en oposición a toda forma de golpismo, parlamentario o bonapartista (del Ejecutivo), la lucha debe ser por un gobierno de trabajadores. Sería criminal perder la oportunidad de semejante cri-

sis política y de desprestigio de la clase política burguesa, para ponerse en la cola de las maniobras politiqueras. ¡Ninguna provincia va a ver jamás un régimen federal si no se expropia a los latifundios capitalistas y a los monopolios rentistas que confiscan sus economías!

El lugar estratégico que debe ocupar la clase obrera en el desarrollo de la crisis nos impone, con más fuerza que nunca, la tarea de una intensa y mayor proletarización del partido, y el desarrollo de una agitación política integral, que permita a los trabajadores desarrollar una comprensión de conjunto de esta etapa histórica. La revitalización del Polo Obrero, como consecuencia de las recientes luchas de los trabajadores desocupados, debe servir para el desarrollo de nuevos cuadros, que se capaciten para reforzar la proletarización de nuestro partido.

El Partido Obrero ingresa a la presente crisis con un desarrollo superior al que tenía en la víspera del Argentinazo. Desde ese lugar, ingresamos en la crisis política que está en curso y en la nueva transición histórica del movimiento obrero y de la clase obrera en su conjunto. Como ocurre con todas las clases sociales y con todos los otros partidos, la crisis también desnuda los límites de nuestro trabajo político. La tarea planteada es un intenso trabajo de preparación política, de conquista de los cuadros más avanzados y activos de la clase obrera, de formación de éstos en el interior del partido. Esta preparación se va a desarrollar en el terreno de la crisis capitalista, que proyecta todos los conflictos de la vida social a un cuadro definitivamente político.

Las transiciones políticas sólo pueden desarrollarse positivamente si son orientadas por quienes trabajan de un modo sistemático por una salida revolucionaria. El agotamiento de las premisas del capital exige su expropiación y la destrucción de la actual maquinaria estatal, o sea, exige la dictadura del proletariado, que expresamos popularmente como el gobierno de los trabajadores. Esa perspectiva debe ser desarrollada en la clase obrera a través de una organización y un programa. El Partido Obrero no arriba a esta crisis sólo con un planteamiento o una intención; se ha construido a través de una lucha tenaz contra los gobiernos capitalistas de la Argentina, desde las dictaduras hasta los experimentos "progresistas". Con ese bagaje ingresamos a esta etapa.

18 de febrero de 2010

Una piñata que no es sólo griega

Jorge Altamira

Por fin, la prensa financiera internacional dejó de jugar con la rúbrica previsible de "la tragedia griega" y decidió llamar a las cosas por su nombre. La nueva etiqueta ("piñata griega") la estampó el individuo menos pensado, precisamente porque conoce mucho de arrebatos y rapiñas: fue director consejero del fondo especulativo Long Term Capital Management, cuyos manejos casi derribaron al sistema financiero norteamericano en 1998 (*Financial Times*, 11/2). De manera similar, las finanzas griegas están siendo sometidas a un ataque especulativo furioso, que deberá desembocar en una cesación de pagos abierta o disimulada.

Es que lo fundamental de la crisis griega no consiste en sus déficits fiscales sino en la situación de bancarrota de sus acreedores —la banca internacional—, que afecta en especial a la de Alemania, Francia y la propia Grecia. Ocurre algo parecido al derrumbe de la banca norteamericana que se expuso a los créditos hipotecarios, sólo que ahora las hipotecas están formadas por las deudas públicas de los estados de la Unión Europea, que suman unos dos billones y medio de euros —o sea casi cuatro billones de dólares.

El desequilibrio de las cuentas griegas consiste, por sobre todo,

en una creciente acumulación de facturas impagas a los proveedores y contratistas nacionales –algo que en Argentina es también un deporte nacional; el área afectada que los diarios señalan con mayor frecuencia es el de la salud, que depende fuerte de servicios privatizados y de los pulpos farmacéuticos. Pero ésta es una versión interesada, pues aún mayores son los gastos para represión y militares, toda vez que Grecia ha sido puesta al frente en la llamada "guerra global contra el terror" y es también una base de operaciones hacia el Medio Oriente. El déficit de 40 mil millones de dólares (un 13% del PBI) significa que esos gastos duplican los ingresos fiscales corrientes. Como se puede ver, no hay ninguna posibilidad de que Grecia salga del atolladero mediante un ajuste fiscal, pues su magnitud hundiría a Grecia en una recesión sin precedentes.

De cualquier modo, el déficit fiscal no es tampoco lo más grave, pues más abultadas aún son las llamadas "necesidades de financiamiento": unos 70 mil millones de dólares (20% del PBI) que corresponden a los vencimientos de capital de la deuda pública, de 400 mil millones de dólares, que se concentran en 2010. La cuenta de intereses, de 5,5 mil millones de dólares, equivale al 15% de los ingresos del fisco. Antes de abril próximo Grecia deberá cancelar 25 mil millones de dólares en concepto de amortización del capital de la deuda. Esto quiere decir que el Estado griego se ha endeudado con la banca internacional a plazos muy cortos. Este es el núcleo duro de la crisis, que transforma a la crisis fiscal en una crisis bancaria internacional. La mayor parte de esta deuda se encuentra en poder de la banca de Francia y de Alemania, que además tiene fuerte participación e incluso el control de los principales bancos de Grecia. Así como la crisis de las hipotecas cruzó el Atlántico debido a la compra de bonos garantizados por esas hipotecas por parte de bancos europeos (Société Générale, Deutsche Bank, etc), ahora, dice *The Economist*, "los diez mayores bancos de Estados Unidos tienen una exposición total en deuda de Irlanda, Portugal, España y Grecia de 176.000 millones de dólares". Más importante, incluso, como veremos enseguida, es que una porción significativa de ella se encuentra en el Tesoro del Banco Central Europeo, que tomó esa deuda como garantía de los préstamos que otorgó a la banca que opera en ese continente.

Crisis fiscal del Estado y la crisis bancaria

Cuando la prensa habla del "rescate de Grecia" está distorsionando los hechos, pues la quiebra griega apenas disimula la de sus bancos acreedores. Ocurre que estos bancos no reúnen las condi-

ciones para reestructurar los plazos de la deuda griega y disipar la amenaza inmediata sobre el euro y la Unión Europea, debido a que han financiado a Grecia con su propio endeudamiento a corto plazo en los mercados internacionales (¡lo que quieren hacer precisamente los K con el canje y el Fondo del Bicentenario!) y fundamentalmente ante el Banco Central Europeo (BCE), convertido en una suerte de especulador de última instancia, a igual título que los restantes bancos centrales. El BCE tenía abierta, hasta diciembre pasado, una ventanilla de créditos para los bancos, a cambio de bonos de los Estados (incluso de baja calificación crediticia), a una tasa de interés de ganga (alrededor del uno por ciento). En lugar de utilizar esta facilidad para reanudar el flujo del crédito a la producción, la banca internacional la utilizó para especular en las Bolsas, con la deuda pública y con operaciones de corto plazo en los llamados mercados emergentes. De la ganga financiera se ha pasado a la crisis como consecuencia de la decisión del BCE de terminar con la subasta de créditos a los bancos y con el cese de la aceptación de títulos del Estado de baja calificación. Como ocurriera con el derrumbe financiero de 2007-2008, la crisis fue desencadenada por la tentativa de poner un control sobre la especulación financiera que había sido alentada por esos mismos bancos centrales. En resumen, la situación fiscal ha entrado en crisis como consecuencia de la continua crisis bancaria o financiera, y no al revés.

La caracterización de la crisis queda más clara cuando se observa que el sistema financiero (bancos, fondos, compañías de seguro) tiene un 'apalancamiento' (proporción entre capital y fondos propios, por un lado, respecto a inversiones y créditos, por el otro) de 1 a 30 y hasta 60. Esto significa que los bancos compraron bonos con un múltiplo enorme de dinero ajeno, o sea sin respaldo. Se repite aquí el mecanismo que detonó la bancarrota de hace un año con los créditos hipotecarios y obligaciones de corporaciones, pero en esta oportunidad con un papel sin precedentes del Estado. El Estado reemplaza ahora a los deudores hipotecarios y corporativos de hace un año, pero reemplaza también a los proveedores de fondos de los bancos, mediante la emisión monetaria de sus bancos centrales. Dos puntas tiene el camino y en ambas aparece el Estado para que los bancos ejerzan una función de mediación parasitaria. En síntesis, la deuda de países como Grecia, España, Portugal o Irlanda (¡pero especialmente de Estados Unidos, Alemania o Gran Bretaña!) se encuentra en poder de los bancos centrales de ese conjunto de estados: la Reserva Federal, el Banco Central Europeo y los bancos de Inglaterra, de Japón... ¡y de China! Este es el resultado que han obtenido los que cantan loas al remedio de la intervención estatal. Como quie-

ra que ninguna de las deudas del pasado ha sido cancelada (hipotecarias, corporativas, créditos al consumo, etc.), el 'plus' de la deuda fiscal ha creado una situación financiera mundial varias veces más explosiva.

O sea que el nivel de 'apalancamiento' (¡desendeudamiento!) no cambió, a pesar de que ése era el objetivo declarado de los gobiernos para salir de la crisis. Pero si antes los bancos recaudaban fondos mediante la emisión secundaria y sucesiva de bonos, que se encontraban 'respaldados' por créditos originados en el comercio o la industria, ahora los fondos fueron provistos por los subsidios fiscales y, principalmente, mediante la emisión de moneda y garantías de los bancos centrales.

¡Para 'apalancar' a la nueva especulación financiera, los mismos bancos centrales tuvieron que 'apalancarse' —o sea ¡crear moneda de la nada! La Reserva Federal creó de la nada un pasivo de 2 billones y medio de dólares, que prestó a los bancos. La situación es similar en casi todos los países de Europa, por eso es irrelevante que se pretenda ningunear la importancia de Grecia con el argumento de que representa solamente el 2,8% de la economía del euro. En todos los miembros de la eurozona y fuera de ella, el déficit fiscal ha crecido en forma exponencial, aún más que en Grecia, pues por ejemplo España entró a la crisis, en 2007, con un superávit del 3%, y cerró 2009 con un déficit del 9% del PBI; está previsto que su deuda pública arribe al 70% del PBI en 2010, o sea que se acercaría al billón de dólares. Pero tampoco aquí la cuestión fiscal es la crucial (ingresos versus gastos). En el caso de España, los incumplimientos en el cobro de la cartera de créditos inmobiliarios se han triplicado, por un monto equivalente al 9% del PBI, o sea que los bancos no están en condiciones de seguir refinanciando la deuda pública del reino de Juan Carlos, el cual también tiene vencimientos abultados a corto plazo. Los diletantes recuerdan que la vieja monarquía española cayó en 1931, luego de una elección municipal, pero el elemento decisivo fue el golpe mortal que le propinó la bancarrota del '30 a la dictadura de Primo de Rivera y Alfonso XIII. Una situación más grave aún atraviesa otro reino, el Unido de Gran Bretaña, cuyo déficit fiscal, del 15,1% del PBI, y sus necesidades de financiamiento, de cerca del 25% de ese mismo PBI, solamente parecen aliviadas por la circunstancia de que Inglaterra puede emitir libras y permitir, hasta cierto punto, su desvalorización. Pero lo que los ingleses no podrán lograr de ningún modo es compatibilizar la emisión de libras y la devaluación con la conservación de la relevancia financiera de la City de Londres, cuyas transacciones representan el 25% del total de su PBI.

Repitamos: la causa subyacente de la crisis no fue, en absoluto,

la revelación de que las cuentas públicas griegas estaban dibujadas (contabilidad creativa) y que el déficit fiscal era mayor al anunciado. Los servicios de inteligencia de los Estados y de los bancos no pueden ser engañados sobre este punto. Cuando una empresa semi-estatal de Dubai declaró, hace poco, el default parcial de su deuda, también soberana, había quedado en claro que la causa no era la falta de recursos públicos (Dubai es un emirato petrolero), sino una incapacidad de los bancos para reestructurarla. Lo caracterizamos como 'un síntoma, no un caso aislado'. Dejó al desnudo la prosecución y profundización de la crisis financiera que estalló en julio de 2007 con el colapso de Bear & Sterns, y que explotó, en septiembre de 2008 con la quiebra de la banca de inversión Lehman Brothers y el rescate del pulpo de los seguros AIG.

Los bancos centrales inyectaron sumas varias veces billonarias (millones de millones), por diversas vías, para evitar la quiebra generalizada de los bancos. Con este rescate se pretendió también una nacionalización integral ('provisoria') del sistema financiero. Así se financió la absorción de Bear Stearns, Merrill Lynch, Wachovia, etc., por otros bancos, y la sobrevivencia del Citi o de Goldman Sachs y Bank of America. Las principales medidas que se utilizaron fueron las compras de los activos devaluados e invendibles de los bancos a precios de libros o a un precio artificial basado en 'modelos matemáticos'; la compra masiva de títulos públicos y de hipotecas o de títulos garantizados por hipotecas de propiedades desvalorizadas; el otorgamiento de garantías a los bancos; la reducción a casi cero de las tasas de interés de los préstamos de los bancos centrales a los bancos privados —y hasta operaciones declaradamente fraudulentas como el resarcimiento integral de los créditos de los bancos como el Deutsche y Goldman Sachs afectados por la quiebra oficial de la aseguradora AIG.

La nacionalización frustrada y sus consecuencias

Esta emisión gigantesca de dinero dio lugar a un fenómeno conocido como *carry trade*, que tiene lugar cuando los bancos obtienen dinero a tasas bajas en determinadas plazas financieras para prestar o invertir a tasas o rendimientos muy superiores en otras. El *carry trade* es siempre una operación de corto plazo, para prevenir cualquier reversión de la situación. Se estima que solamente el *carry trade* en circulación, originado en los dólares que la Reserva Federal prestó a tasa casi cero a los bancos de Wall Street y el originado en yenes japoneses a tasas similares es, actualmente, de cuatro billones de dólares. Si este dinero se retirara de, por ejemplo, Brasil, otros países de La-

tinoamérica, o del sudeste asiático o India, simplemente podría provocar un cataclismo. Esos países, por ironía, son reputados sólidos ¡precisamente por haber sido receptores de un dinero tan volátil!

Esta reversión ya está ocurriendo. Pero el *carry trade* no se limita a operaciones entre monedas diferentes: la financiación a tasa casi cero de los bancos europeos, por parte del BCE, para especular con deuda pública, es una manifestación de ese mismo proceso. O sea que las sumas involucradas en estos negocios especulativos, en medio de una formidable crisis industrial, son sencillamente enormes. Es claro ahora el desenlace que tuvo, a fines de 2008, el debate sobre la 'nacionalización temporaria' de los bancos, como pregonaban algunos economistas en boga; la alternativa a esa nacionalización ha sido la financiación de un nuevo ciclo de especulación, dentro de la crisis, y la reanudación de las bancarrotas, pero ahora comprometiéndolo la solvencia de los Estados que deberían oficiar como rescataistas de última instancia del capitalismo. La nacionalización generalizada temporaria había sido presentada como un medio para recomponer el crédito, con métodos dirigistas, hacia inversiones promovidas por el propio Estado. Las nacionalizaciones, sin embargo, hubieran debido generalizarse entre los países para evitar un dislocamiento financiero internacional y para coordinar la reactivación. Lo que en abstracto hubiera sido una salida capitalista a la crisis, en concreto habría debido vencer la resistencia de los capitales individuales y de los intereses contrapuestos de los diferentes Estados imperialistas. El plan de rescate que salió en definitiva fue impuesto directamente por Wall Street para su propio salvataje contra las propuestas nacionalizadoras de los economistas académicos.

Los derivados financieros

La crisis europea, más que griega, también ha vuelto a poner en circulación un proceso que caracterizó al desenlace de la crisis a partir de septiembre de 2008. Nos referimos a una operación especulativa de grandes proporciones, que apuesta a la cesación de pagos de los países en crisis, en primer lugar la propia Grecia.

Han explotado los contratos de seguros contra un default (CDS en la jerga financiera). Ocurre que estos contratos no los compran, ni sólo ni principalmente, aquellos que quieren proteger sus inversiones colocadas en bonos o títulos de los países cuestionados, sino que lo hacen los especuladores en general para obtener un beneficio (cobrar el seguro) de la caída del Estado en cuestión. Fue lo que ocurrió con Lehman Brothers y AIG, y antes con otros bancos: una onda de capitalistas muy bien forrados que apuestan a la quiebra del ca-

pitalismo, para resarcirse ellos de la quiebra capitalista (a esto se refiere la 'piñata'). El encarecimiento de este seguro como consecuencia de la especulación tiene como resultado una caída del valor de la deuda pública que se asegura, y esta caída de la cotización de la deuda pública encarece su refinanciación y la imposibilita, y apresura su derrumbe. Los especuladores a la baja de la deuda descuentan que la incapacidad de los aseguradores para pagar los seguros será cubierta por el Estado, como ocurrió cuando quebró la norteamericana AIG. Pero son numerosos los casos en los que los especuladores solamente pudieron cobrar un 20% del seguro —y aun así ganaron plata! Es que los especuladores operan con dinero al margen—ponen un monto mínimo para adquirir los bonos contra default.

Los bancos que han vendido estos contratos de seguros de la deuda griega son fundamentalmente los bancos griegos, que sin embargo no tendrían ninguna posibilidad de pagar esos seguros en caso de default. Se trata obviamente de que apuestan en sentido inverso: de que el default no se produzca por la intervención de la Unión Europea, en cuyo caso esos bancos podrían quedarse con las jugosísimas primas que cobran por esos seguros. Pero en la medida en que el 'riesgo soberano' se expande a todos los países, también crece, por parte de los bancos, la demanda de seguros contra default y las primas que hay que pagar por ellos. "La demanda está sobrepasando la oferta", advierte el *Financial Times* (11/2), que también añade: "Un incremento en el costo del seguro de la deuda de Estados Unidos o el Reino Unido produciría sacudidas que obligarían a los bancos a poner coto a estas operaciones". Pero, en este caso, se cerrarían los mercados financieros y la financiación de la deuda pública, y quedaría replanteado el tema de la nacionalización.

La especulación capitalista contra el capitalismo pone de manifiesto la tendencia fundamental de toda crisis capitalista a la imposibilidad de una salida sin una quiebra más o menos masiva de capitalistas, con la consiguiente destrucción de riqueza social y fuerzas productivas, y el aumento del desempleo y de la pauperización. La tendencia objetiva al derrumbe se manifiesta como una competencia entre capitales, y toma el vigor de una ley de hierro. Contra ella chocan los rescates estatales y el mito del poder curatorio del intervencionismo. El keynesianismo no tiene recetas para esta ocasión: solamente 'funciona' en fases expansivas, no en fases contractivas, ya que el capitalismo en descomposición no garantiza el pleno uso de recursos y el pleno empleo ni siquiera en la fase ascendente de los ciclos. Fue inútil frente a la crisis del '30, pero sirvió como un arma de contención del proletariado insurgente luego de la última guerra mundial.

A este nivel de la crisis resuena como un latigazo la advertencia de Lenin: las disputas capitalistas se resuelven por medio de la fuerza, no como creen algunos por el mecanismo del mercado —que no es otra cosa que la pantalla que oculta una lucha anárquica que se desarrolla a espaldas de los pizarrones electrónicos de los mercados de valores. Por primera vez, en este cuadro de ataque especulativo contra España, Grecia e incluso Gran Bretaña, han aparecido las operaciones que apuestan a la desvalorización del propio euro, con la expectativa de que las operaciones de rescate ni siquiera salgan de las carpetas. En esta timba financiera mundial se produce el sugestivo caso de que la prensa inglesa está apoyando el no pago de la deuda por parte de Islandia, que solamente puede interpretarse como una operación para desvalorizar la libra esterlina y beneficiar a los que han apostado en esa dirección con contratos de ventas futuras de libras.

En el desarrollo de la crisis griega ocurrió un incidente altamente ilustrativo del impasse general desatado por la crisis. El banco de inversión Goldman Sachs armó un paquete de compra de la deuda pública de Grecia por parte de China (que podía llegar a los 25 mil millones de dólares). Grecia fue presionada, sin embargo, a rechazar esta 'ayuda', porque China reclamaba, a cambio, la posibilidad de convertirse en accionista de referencia de un banco griego y de partes de la industria naviera. La burguesía griega se inclinó a defender sus propios 'intereses nacionales' aún a riesgo de provocar una hecatombe fiscal, financiera y social. El rechazo a la oferta de China se suma al antecedente no tan lejano de la prohibición para que China pudiera comprar una petrolera en Estados Unidos y otras inversiones de relevancia industrial en Estados Unidos; recientemente, España vetó la posibilidad de que un fondo soberano de China adquiriera YPF a Repsol. Se trata de manifestaciones altamente ilustrativas de las contradicciones internacionales y del impasse en que se encuentra la crisis mundial. En primer lugar, sirve para demostrar que no es suficiente tener reservas internacionales para tener capital, pues las primeras no pasan de un capital-dinero que se limita a cobrar intereses. China podrá tener dos billones y medio de reservas en divisas, pero no por ello tiene capital, pues para ello esas reservas deben ser capaces de apropiarse de fuerza de trabajo y crear plusvalía, no solamente cobrar un interés. En segundo lugar, queda claro que la capacidad cancelatoria de los dólares tiene límites severos; sirve para adquirir mercancías norteamericanas, o sea mercancías que compiten con las de China, pero no para adquirir capitales, o incluso realizar inversiones de capital, que tendrían que competir en el saturado mercado norteamericano. No ocurre lo mismo, en cambio, con los capitales

occidentales en China, donde no cesan de ingresar a capitales chinos, adquirirlos o iniciar inversiones. Esta limitación al poder cancelatorio del dólar, cuando el mercado mundial se encuentra sobre saturado de reservas en dólares, equivale a una declaración de default parcial por parte de Estados Unidos, y pone de manifiesto la tendencia a la desvalorización del dólar. China solamente puede realizar inversiones industriales en naciones periféricas o como socio minoritario, sin poder de decisión; de nuevo, solamente como cobrador de intereses o de dividendos. En Estados Unidos, las inversiones chinas en sectores privados no pasarían de los nueve mil millones de dólares —siempre participaciones minoritarias de capital. La condición del dólar como supuesto dinero universal está cuestionada, toda vez que hay un veto total para la adquisición de capitales contra el país que tiene las mayores reservas en dólares del planeta.

Un episodio

En definitiva, a fuerza de rumiar en torno a la crisis europea, se corre el riesgo de perder la visión del cuadro en su conjunto. La prensa internacional da la impresión de haber olvidado que la ronda actual de caída de las Bolsas y de las deudas públicas, que han puesto en crisis al euro y a la Unión Europea, comenzó el año pasado desde bastante lejos de Europa, cuando China puso límites al monto de créditos de su sistema bancario para frenar la especulación bursátil e inmobiliaria desatada por sus medidas de rescate financiero y fiscal. Hace 48 horas, el Banco Central de China reforzó estas medidas.

También en China las operaciones oficiales de rescate iniciaron una nueva onda especulativa, o sea que no resolvieron ninguna de las cuestiones estructurales de la crisis. Además de reiniciar una nueva onda fuerte de especulación en la Bolsa y en el mercado inmobiliario, el dinero del rescate fue destinado a acrecentar una capacidad productiva industrial que ya es excedente en el mercado mundial. El abaratamiento de la inversión por parte del dinero del Estado ha acentuado la tendencia a la sobreproducción, y a la caída de los precios y de la ganancia, y por consecuencia a la desvalorización de los capitales en cuestión. Como el Estado chino es un vendedor neto de suelo urbano (algo que no ocurre fuera de los países en restauración capitalista o en naciones atrasadas con elevada propiedad fiscal), la especulación inmobiliaria ha servido también para apresurar la concentración de la propiedad y la carestía urbana.

Esta 'burbuja' financiera e industrial es la contrapartida de las enormes reservas en dólares que ha acumulado China. No solamen-

te ingresa capital del exterior sino que China ha debido emitir una enorme deuda interna con los bancos para absorber el dinero local creado por la entrada de dólares. No hay evidencia más clara de atascamiento en la circulación del capital que la acumulación desorbitada de reservas extranjeras. China se encuentra más cerca del epicentro de la crisis actual que Grecia. No es casual que la tendencia a la baja en las Bolsas, en 2010, haya comenzado con el anuncio de las medidas de restricción del crédito por parte de China. Cuando se observa el desarrollo que ha tenido la crisis mundial a partir de los rescates implementados por los Estados capitalistas y, en especial, sus bancos centrales, resulta más claro que nunca que el Estado no reúne ni puede reunir las condiciones financieras para salvar al capitalismo, pues el capital es la base del Estado, no éste el fundamento del capital.

El Estado es el bastión del capital como órgano de dominación y represión. Con esta capacidad, no en virtud de una capacidad financiera, puede imponer a las clases explotadas todos los sacrificios necesarios para restablecer la acumulación capitalista y todos los ordenamientos sociales y políticos necesarios para ellos. El supuesto remedio representado por la llamada intervención del Estado es una fantasía de centroizquierdistas a la caza de recetas que preserven el capital. De la bancarrota actual no se puede salir con el aumento de la demanda agregada, pues ella entrañaría más gasto y déficit fiscales. De manera inversa, el corte a los gastos sociales y a los salarios acentuará la recesión y la crisis fiscal. Al final del camino el resultado es el mismo: el capital necesita destrucción de recursos y mayor vulnerabilidad de la fuerza de trabajo para salir de la crisis mediante una nueva concentración de capitales a nivel internacional.

Una palmada en la espalda

Lo que se acaba de decir se ve claramente en el manejo de la crisis de Grecia y de España por parte de la Unión Europea. A pesar de que están advertidos del incremento de la tendencia al default de ambos países y de los enormes vencimientos que tiene Grecia en abril próximo, los gobiernos de la UE han decidido limitarse a dar una declaración de respaldo. La razón es meridiana: antes de anunciar un rescate quieren que los gobiernos respectivos impongan los planes de ajustes a sus explotados, en particular el aumento de la edad de retiro y las privatizaciones (también están ejerciendo una presión para que Grecia, España y Portugal vendan sus reservas de oro). Estas exigencias tienen que ver con un planteo más general, que se manifiesta en la coincidencia que existe en las cúpulas de los Estados y

en los capitalistas de que la quiebra de los sistemas de salud y de jubilación es sólo una cuestión de tiempo: ¡no tienen salida ni siquiera privatizándolos, pues la crisis financiera ha llevado a la quiebra, en primer lugar, a los fondos de jubilación privada! La pelea por la reforma de la salud en Estados Unidos demuestra que lo mismo vale para la protección sanitaria. La Unión Europea está tanteando la vía de la confrontación, con la expectativa de imponer sus planes contra las masas en los marcos democráticos. Fue lo que intentó el gobierno de De la Rúa a principios de 2001, bajo el ministerio de López Murphy. Es lo que ha hecho la UE en los países bálticos, Ucrania y Hungría, donde ha impuesto planes draconianos —¡la producción industrial de Letonia ha caído un 18% en el último trimestre! Si el ajuste no tiene la profundidad que le reclaman los estados capitalistas, Grecia irá a la cesación de pagos, para reestructurar su deuda en nuevas condiciones. Los gobiernos de Francia y Alemania no irán al rescate de Grecia sino de sus propios bancos, que cuentan con la garantía de sus respectivos bancos centrales. Lo cierto es que Grecia no puede evitar la cesación de pagos; la única duda es la forma que tendrá el default, por ejemplo si se hará dentro o fuera de los marcos de la Unión Europea. Alemania y Francia deben cuidar su corral, antes de pensar en socorros. Previmos al comienzo de la crisis, en julio de 2007, que su primera víctima sería la UE. Añadamos simplemente que, dada la presencia de la banca griega en los Balcanes, los países de la ex Yugoslavia habrán de saborear primero el tornado de la crisis, si es que alguna vez verán los frutos de la integración.

Estados Unidos empantanado

Incuestionablemente, el corazón de la crisis continúa estando en los Estados Unidos, donde el crédito está parado, el valor de la propiedad inmobiliaria sigue cayendo y los desalojos aumentando. La mentada reactivación industrial se basa en una recomposición limitada de inventarios →no en un viraje de la inversión o el consumo. El *Wall Street Journal* habla incluso de una desarticulación de la cadena industrial como resultado de la desaparición de tercerizadas, subcontratistas o redes de ventas, que el columnista de *Clarín*, Jorge Castro, disimula con referencias a cambios en los patrones tecnológicos. La situación de las dos enormes agencias de crédito hipotecario (Fannie Mae y Freddie Mac) es de completa bancarrota: pérdidas de 200 mil millones de dólares y activos inflados por cuatro billones de dólares. De este modo, el presupuesto federal, con un déficit previsto de 1,8 billones de dólares, es lo más parecido a un dibujo, porque no

incluye a estas agencias hipotecarias. A esto hay que sumar la bancarrota de ocho estados, incluida California, que la prensa internacional ha asimilado a los estados europeos que encabezan el ranking de la crisis. La desocupación oficial en las grandes ciudades de California es del 27% de la población activa. "Yes, we can".

El viraje a la baja en la Bolsa de Nueva York, que comenzó con las restricciones de crédito en China, se volvió a convulsionar con los avatares griegos, lo cual demuestra la correa de transmisión que liga al sistema bancario y las deudas públicas a través del financiamiento espurio de los bancos centrales.

El desarme de las operaciones de *carry trade*, con el consiguiente reflujo del dinero hacia el dólar y el yen, ha desatado una corriente de devaluaciones monetarias, en la que el euro ha sido especialmente afectado. Pero en la fila también se encuentra Brasil; una devaluación significativa del real brasileño obligaría a los K pedir el Fondo del Bicentenario al FMI. La devaluación del euro ya ha precipitado una corriente especulativa que apuesta a la baja; si esta tendencia se confirmara se asistiría a una revalorización del dólar y del yuan chino, que reforzaría las presiones a una guerra comercial, pero, por sobre todo, se vería una desvalorización de las carteras bancarias de Europa y la posibilidad de una huida del euro y de una crisis monetaria internacional —el punto más alto de cualquier crisis.

Muchos interpretan que la evolución negativa del euro y la irrelevancia internacional del yen como moneda de reserva demuestran la fuerza inquebrantable del dólar y de los Estados Unidos, refugio último del capital mundial. Se trata, sin embargo, de una interpretación simplista: lo último que necesita Estados Unidos es que la demanda mundial de dólares caiga, que retornen los dólares en circulación en el exterior y que este reflujo de capitales provoque una nueva onda especulativa interna. En realidad, un derrumbe de las monedas rivales del dólar sería una premisa para el derrumbe del dólar, afectado por la enorme emisión provocada por las operaciones de rescate. Esto es lo que explica la demanda de oro con fines de acumulación monetaria —incluso después de una venta de una porción de reservas de oro por parte del FMI.

Una parada intermedia, todavía

Como puede apreciarse, la bancarrota capitalista se encuentra en pleno desarrollo. Como corresponde a la naturaleza del capitalismo, su curva es zigzagueante y se entrelaza con crisis políticas y luchas sociales cada vez más agresivas. Todas las clases sociales sufrirán las consecuencias de este desarrollo y se verán obligadas a adaptar sus

conductas a las nuevas circunstancias. No es casual que en Italia haya numerosas ocupaciones de fábrica y que se produzcan grandes huelga generales, como ha ocurrido en Turquía y comienza a ocurrir en Grecia o que, en Estados Unidos, haya surgido "el partido del té", una 'reunión social' de tendencias fascistas, mientras las crisis políticas avanzan país por país.

El punto más importante es, sin embargo, la desintegración de su tendencia histórica de fondo, que es el desarrollo del capital ficticio. El capital ficticio no es el capital mismo sino su representación o forma derivada de él, bajo la forma de acciones, títulos de deuda pública y privada. En las últimas décadas, este desarrollo se completó con segundas y terceras formas de derivados, que permiten intercambiar entre sí todas las formas de ese capital ficticio. El capital ficticio permite que el capital se pueda transar con mayor facilidad, y que con ello aumente la rapidez de su circulación, que es uno de los factores fundamentales del aumento de sus beneficios. Obviamente, la forma desarrollada del capital ficticio es la forma última del capital, cuando éste ha perdido su forma concreta y su forma de propiedad individualizada, y cuando el capitalista se ha transformado en un parásito absoluto, que prospera por medio de la transacción de papeles. Este capital ficticio, sin embargo, creó la ilusión de que el capital se había despojado de todas las trabas para su desarrollo, pues podía recrearse a sí mismo y crear los mercados para esa reproducción, incluso que se independizaba de la creación de plusvalía, única vía en el capitalismo de creación de valor. La manifestación más contradictoria de este capital ficticio fue el desarrollo del crédito hipotecario y al consumo para compensar la tendencia a la caída de los ingresos personales de los usuarios. La expresión más abstracta de este desarrollo es la circulación de un dinero que no tiene valor propio, y que da toda la impresión de que es una creación 'científica', o sea caprichosa, de las autoridades de los bancos centrales. El mercado de 'derivados', la burbuja financiera de las últimas dos décadas, ha sido la manifestación de la dominación del capital ficticio.

Para algunos, la crisis actual no marca el 'pinchazo' del capital ficticio y, por lo tanto, una depresión histórica de la reproducción capitalista, sino, al revés, la crisis despejará el terreno para una expansión mayor aún del capital en su forma más abstracta. Si se considera el antecedente de la crisis del '30, esta expectativa es ilusoria, pues el capital recuperó la tendencia a su forma más abstracta de constitución social solamente al cabo de 60 años, luego de una guerra mundial sin precedentes y revoluciones sociales colosales, y finalmente como consecuencia de una reversión extraordinaria de las conquistas sociales y estatales ganadas por la clase obrera mundial.

Ahora, como lo hace notar una columnista del *Financial Times*, ese mercado está totalmente paralizado: los bancos no consiguen dinero a cambio de la colocación de los títulos de deuda que tienen en su poder. Los bancos centrales están cumpliendo esta función, con las consecuencias descritas en este artículo. Asimismo, el oro, relegado a la condición de otra materia prima industrial más, levanta cabeza, como unidad de medida y reserva de valor. Medido en onzas de oro, el valor del capital que se cotiza en las Bolsas es mucho menor de lo que parece en dólares. Los llamados activos tóxicos no encuentran valor de mercado, y el valor que se pretende atribuirles, según modelos matemáticos, no es aceptado por casi nadie. En una palabra, el capital creyó que había superado a la ley del valor y que la economía podía funcionar en base a precios sin relación con el tiempo de trabajo social necesario para la producción de las mercancías correspondientes y sin relación con la capacidad de consumo final de las personas, y que podía crear su propio dinero subjetivo sin necesidad de materializarlo, objetivamente, en un producto social particular.

La crisis consiste en el estallido de estas contradicciones. Como lo explicó Marx: "...el crédito acelera la violenta erupción de esta contradicción —la crisis— y por este medio los elementos de desintegración del viejo modo de producción. Las dos características inmanentes en el sistema de crédito son, por un lado desarrollar el incentivo de la producción capitalista, el enriquecimiento a través de la explotación del trabajo de otros, hacia la forma más pura y colosal de apuesta y estafa, y reducir cada vez más el número de los pocos que explotan la riqueza social; por el otro lado, constituir las formas de transición hacia un nuevo modo de producción".

En este cuadro histórico concreto, las etapas decisivas de la crisis aun están por delante. De un lado, como lo demuestran las políticas que se han impuesto o buscan imponerse en Grecia, España, Ucrania, Islandia, Irlanda, el Báltico y Portugal, el capital tendrá que enfrentar la resistencia de los trabajadores que habían asumido importantes conquistas sociales como derechos adquiridos. Se encuentra en desarrollo una colosal confrontación social. Pero más allá de este aspecto ineludible, el capital está forzado a buscar una salida en la colonización de los mercados que recientemente fueron recuperados para la circulación capitalista mundial. Hasta ahora, China y Rusia (pero especialmente China) fueron factores propulsores poderosos para el capital y la clave de la bóveda del gigantesco desarrollo de capital ficticio de las últimas décadas. Pero, al mismo tiempo, han intervenido como competidores en el mercado mundial y han acelerado la tendencia a la sobreproducción. De factores de rever-

sión de la caída de la tasa de beneficio mundial, se han transformado en impulsores de una nueva curva descendente. La disputa entre Estados Unidos y China para que ésta abra más su mercado para los capitales internacionales y para que revalorice su moneda, el yuan, son el toque de clarín para proceder a una colonización integral, que ponga a disposición del capital los mil millones de trabajadores que aún se encuentran confinados en la pequeña producción agraria o en las empresas del Estado. Pero ni Rusia ni China son los estados previos a sus respectivas revoluciones. En el caso de China, por ejemplo, es la primera vez en quinientos años que enfrenta una crisis mundial con un estado unificado. El imperialismo no puede avanzar, como a principios del siglo pasado o en los años '30, por medio de la creación de regiones libres; más aún, China podría integrar con Corea y Japón un área económica rival de los Estados Unidos. China es una sociedad capitalista sui generis, en transición, es mucho más que simplista reducir su caracterización a una categoría ultra general. Un razonamiento diferente, pero metodológicamente similar, se puede aplicar a Rusia, que tiene una de las reservas tecnológicas más importantes. La dialéctica de la desintegración de la forma última del capital incluye una nueva confrontación política internacional, con claros alcances revolucionarios, pues pondrá a prueba si la restauración capitalista en los ex estados llamados socialistas ha sido una salida de largo plazo para el capital, o el punto de partida de nuevas revoluciones sociales. Asimismo, Estados Unidos entra a esta gran crisis mundial con un agotamiento de los recursos que acumuló en su más o menos prolongado período de primacía. La lucha de clases en los Estados Unidos será uno de los centros políticos relevantes, si no el mayor, en la presente crisis mundial.

12 de febrero de 2010

Sobre el carácter histórico de la actual crisis mundial

Pablo Rieznik

El carácter excepcional de la actual crisis que recorre la economía capitalista planetaria ha sido puesto de relieve desde las más diversas perspectivas. Es un hecho que ha sido señalado una y otra vez como la mayor crisis en la historia del capitalismo y por eso se alude normalmente a su magnitud, a la velocidad de su propagación y a su extensión sin precedentes. En relación con la magnitud de la bancarrota en curso, un estudio reciente de dos profesores norteamericanos puso de relieve que, en los primeros ocho meses de la crisis, las caídas en términos de la producción industrial mundial, de los valores de los activos bursátiles y de los niveles del comercio internacional son mayores en la actualidad que las correspondientes al mismo período luego de que detonara el crack del año 1929 en Wall Street. En un lapso relativamente breve, por otra parte, la tesis del "desacople", que postulaba que el derrumbe no se extendería a la periferia "emergente" del capitalismo global, ha sido simplemente abandonada en la misma medida en que la crisis se transformó en una suerte de pandemia universal. Es un hecho, también que, comparado con las dos grandes crisis del siglo XX (la ya señalada en el umbral de los años '30 y la que se manifestó en los '70), el colapso presente se extiende

por primera vez por toda la geografía terráquea. En los casos anteriores no tuvo esa extensión porque, desde 1917, la vieja URSS había quedado al margen de la circulación universal de bienes y capitales, un fenómeno que era más notorio todavía en la crisis más reciente de tres décadas atrás, cuando la expropiación del capital se había extendido a China e incluso echado sus raíces en nuestras latitudes, en pleno Caribe y a 90 millas de la mayor potencia capitalista del mundo. Ahora, en cambio, los territorios ruso y chino son el escenario de una enorme colonización por parte del capital y en tal condición se integran al convulsivo proceso económico, social y político presente.

Se trata, además, de una crisis en dos actos. El primero estalló con una crisis generalizada en el sudeste asiático, golpeando entonces a los países que se suponía habían emprendido un ritmo irreversible de ascenso y modernización capitalista. Eran los llamados "tigres asiáticos", que se derrumbaron uno tras otro a partir de la bancarrota de Tailandia en 1997. En 1998 la ola de quiebras se extendió a la restaurada economía rusa, que declaró el cese del pago de su deuda externa y arrastró en su caída a una gran inversora yanqui muy conocida (LTCM, Long Term Capital Management), lo que amenazó con provocar un crack en Wall Street. La crisis se extendió al año siguiente a América Latina, con una significativa devaluación del real, la moneda de Brasil, y una recesión que, como sabemos, tuvo un alcance descomunal en la Argentina y que derivó en el levantamiento popular de diciembre de 2001, conocido como el "Argentinazo" (ver, al respecto, el artículo que sigue al presente en este mismo número). La debacle sólo fue contenida merced a una burbuja especulativa de características difíciles de adjetivar por su volumen sin antecedentes, centrada en los negocios financieros a partir del mercado inmobiliario. La explosión de esta burbuja nos llevó a la situación que es ahora nuestro presente.

Esta crisis debe ser apreciada no como un episodio periódico, cíclico, sino como manifestación de una disolución más amplia de todo el orden social. Recordemos al respecto que, en el primer capítulo de la bancarrota que recorre el globo, la Argentina retrocedió a un estadio de desarrollo tan primitivo que volvimos a la época bárbara del trueque, símbolo fuerte, para quien lo quiera ver, de un retroceso civilizatorio. No en vano, además, se habla ahora de la "argentinización" de la economía mundial. Estamos ante la emergencia —típica de toda crisis, pero que en este adquiere características inéditas— de los límites insuperables del capital, que son los límites retratados muy tempranamente en el célebre diálogo entre el hijo y una madre de una familia minera en la Inglaterra del siglo XIX ("Por favor, en-

ciende la estufa", reclamó el niño aterido de frío. "No puedo —respon—pondió su madre—porque falta carbón". "¿Por qué falta carbón?", preguntó su hijo. "Porque tu padre no cobró su jornal, lo despidieron de la mina". "¿Y por qué lo echaron de la mina, mamá?" "Porque sobra carbón." Claro que mucha agua corrió bajo el puente desde el siglo XIX. La crisis de sobreproducción es abismal. Nos hundimos, no porque falta capital sino porque sobra para repartirse los resultados de la explotación del trabajo globalizado. Sobreproducción de capitales y también sobreproducción de mercancías invendibles. El exceso de capacidad productiva es gigantesco: en la industria automotriz, en las telecomunicaciones, en la producción de acero, en la industria textil, etc. Sin embargo, la mitad de la humanidad padece hambre. Una expresión monstruosa de esta realidad lacerante es que con mucho menos que una milésima parte de lo que ha sido gastado en los recientes paquetes de salvataje al capital se resolvería el problema de la comida para esa mitad hambrienta de nuestro planeta. Y a pesar de todo esto la crisis no ha pasado, todavía falta lo peor.

Una cuestión decisiva

Para comprender el alcance histórico de la crisis presente, algo que es normalmente ignorado o incomprendido (lo que supone desconocer la naturaleza decisiva de la situación actual) hay un dato clave. Nos referimos al hecho de que la crisis a la que asistimos ahora en tiempo real se produce en una circunstancia que se identifica con la etapa en la cual el capital pretendía haber establecido su definitiva supremacía histórica. Ese era el significado de la "caída del muro de Berlín", de la restauración que se extendió como mancha de petróleo hacia el Este del viejo continente y con la irrestricta penetración capitalista en Asia, que convirtió a China en una gigantesca plataforma de exportación de envergadura homérica. Este es el punto decisivo porque con esta conquista formidable el capital suponía haber coronado un enorme y extenso operativo que podía resolver sus catástrofes recurrentes a lo largo de la última centuria y abrirse un porvenir ilimitado de progreso. La liquidación de la propiedad estatal en los países que habían confiscado la propiedad privada de los medios de producción parecía invertir de hecho el signo mismo del siglo XX, cuya marca original y su "mayor acontecimiento", según la definición de Edward H. Carr, era la Revolución Rusa, que en el umbral del siglo XX se proponía como debut de una nueva época para la comunidad humana.

El avance capitalista sobre la URSS y China en los años '90 del siglo pasado era, además, sólo el remate de un proceso más vasto emprendido por el capitalismo en todos los frentes sin excepción y durante una larga década y media. Un proceso que incluyó la agresión en toda la línea contra las conquistas del movimiento obrero en los países metropolitanos y que tomó forma definida con la política de los emblemáticos gobiernos de Ronald Reagan y Margaret Thatcher, y la llamada política neoliberal de desregulación de los mercados, privatizaciones y precarización del trabajo. Es una evidencia reiterada en numerosos trabajos e investigaciones que los salarios se han deteriorado sistemáticamente desde la década de 1970, en una secuencia amplia, en todos los grandes países capitalistas, con el propósito indisimulado de servir a la reconstitución de la rentabilidad capitalista y de extender el área de negocios del capital. Con el mismo propósito se abarataron todos los costos laborales, se redujeron los programas sociales más diversos y se procedió a un desmantelamiento general de las condiciones de vida de la población laboriosa. Esa tentativa estratégica del capital incluyó también una ofensiva general contra los llamados países atrasados, que en los años ochenta quedaron arrasados por una política de depredación y vaciamiento económico y financiero. Por eso son los años conocidos como la "década perdida" en América Latina, con sus estallidos hiperinflacionarios, la desorganización económica generalizada, el deterioro enorme de los ingresos de las clases trabajadoras y el hundimiento de los medios de existencia de las masas.

En resumen, la crisis de nuestra época debe ser considerada en este contexto concreto: derrumba lo que pretendía ser la fortaleza inexpugnable del capital en su conquista "global" más reciente. Una arquitectura cimentada en esa suerte de trípode que acabamos de describir, con un alcance planetario: en el entonces llamado "primer mundo", desmoronando los diques de defensa que habían construido sus trabajadores en un largo recorrido previo; en el "segundo mundo", quebrando hasta el final a las viejas economías estatizadas y, finalmente, en el "tercer mundo", desplegando una política de tierra arrasada que no se privó de los regímenes de los Videla y los Pinochet. El derrumbe actual, por lo tanto, no sólo cancela la pretensión del capital de haber alcanzado su definitiva supremacía con la restauración en la antigua URSS y con la colonización de la China "comunista". Porque, como acabamos de ver, semejante "triumfo" era al mismo tiempo la culminación de una empresa de largo aliento en el planeta entero cuyo propósito era salir de una impasse que se tornó particularmente aguda en los terremotos económicos, políticos y sociales de finales de los años '60 y comienzos de la década siguiente. Era

la gran crisis de la segunda posguerra, que ponía fin al pretendido período dorado del siglo pasado, conocido como los "treinta años gloriosos", a partir de 1945.

1968/1975

No fueron treinta, ni mucho menos gloriosos: eso es precisamente lo que planteó la gran crisis mundial que se expresó en los estallidos de ese año revolucionario que fue el célebre 1968. Un año que, de modo unilateral, tiende a ser identificado con una revuelta de estudiantes insatisfechos con la "sociedad de consumo", que los habría saciado materialmente y vaciado en el plano espiritual. Es al menos la versión que volvió a aparecer en primer plano el año pasado al recordarse el 40º aniversario de aquel Mayo francés. Pero si el Mayo francés trascendió fue, en primer lugar, porque el levantamiento juvenil fue la chispa que encendió la más importante huelga general del proletariado de ese país de toda su historia, que paralizó a Francia durante casi un mes. La movilización revolucionaria de la clase obrera en el centro del mundo capitalista echó por tierra la especie de que los trabajadores de las grandes potencias se habían transformado en una suerte de cómplices de la explotación mundial por parte de sus propios gobiernos, y se transformó en el símbolo de toda una época. No es por casualidad que el actual presidente francés—Nicolás Sarkozy—señaló algún tiempo atrás que se trataba de enfrentar el desafío de "liquidar de una vez por todas la herencia de Mayo del '68".

Si puede afirmarse que el convulsivo año 1968 marcó un hito en la historia moderna es, además, porque tuvo, otra vez, una dimensión específicamente "global". Comenzó con lo que se conoce como la ofensiva del Tet, que arrinconó en Vietnam a las tropas invasoras, asestándoles un golpe decisivo a pesar de su enorme costo en vidas y del fracaso de sus objetivos inmediatos. El impacto fue enorme en los Estados Unidos en particular, donde se había desarrollado un gigantesco movimiento contra la guerra. Liquidó de un plumazo la reelección del entonces presidente Lyndon Johnson y golpeó en el corazón del régimen político norteamericano, que ese mismo año fue conmovido por dos "magnicidios": el de Martin Luther King en abril y el de Robert Kennedy algunos meses más tarde. Pero si el Mayo francés fue precedido por el enero vietnamita, fue continuado, a su turno, en agosto de ese mismo año, por un nuevo estallido, esta vez en el este europeo: 5.000 tanques rusos y 200.000 soldados invadían Checoslovaquia para aplastar la llamada "primavera de Praga", un hito clave en las rebeliones que desde hacía más

de una década atrás sacudían el territorio dominado por el stalinismo y sus gobiernos títere en Europa Oriental. Así la clase obrera del este europeo ocupaba un primer plano en la lucha contra el dominio de los usurpadores que decían gobernar en su nombre. En octubre, finalmente, otro hito clave del '68: en nuestro continente, la policía y el ejército mexicano reprimen a sangre y fuego una masiva concentración estudiantil, asesinando a centenas de compañeros en lo que se conoce como la masacre de Tlatelolco.

Vietnam, el Mayo francés, Praga y Tlatelolco son probablemente los puntos más altos que marcan a ese año de 1968, que "conmovió al mundo". En nuestra América Latina el pueblo uruguayo se levantaba contra el gobierno de su país con huelgas y manifestaciones masivas. En Bolivia, la guerrilla de Inti Peredo aparecía como evidencia de una nación insurgente contra la decadente dictadura del general René Barrientos, que pocos meses atrás había hecho fusilar al Che. En Brasil, el estudiantado se levantaba contra su propia dictadura; en la Argentina debutaban las huelgas y la deliberación obrera que poco después culminarían con el Cordobazo. En El Salvador, una huelga general de maestros hacía temblar al país.

Valga la referencia extensiva a los acontecimientos de aquel 1968 para contrastar los hechos con la versión superficial que los pinta como una suerte de acné juvenil, localizado en una sociedad satisfecha y en crecimiento. Al revés, sin embargo, la heterogeneidad de los levantamientos que entonces recorrieron el mundo y sus diferentes alternativas revelan justamente el final de una época. En las huelgas, en las calles y las plazas, en los obreros y su protagonismo renovado, en la guerra interminable en la periferia colonial y en las manifestaciones multitudinarias en las principales capitales del mundo es necesario reconocer un escenario común: el de una quiebra de los equilibrios políticos y económicos armados al finalizar la Segunda Guerra Mundial, los equilibrios negociados entonces entre las potencias capitalistas victoriosas y la URSS gobernada por el régimen criminal de Stalin. El período abierto en 1968 se extiende entonces hacia los emblemáticos años setenta: a mediados de esa década, en 1975, tendremos la primera gran crisis capitalista de conjunto de la posguerra y en ese mismo año la debacle yanqui en Vietnam y un nuevo gran acontecimiento en el viejo continente: la revolución portuguesa, que parecía abrir a toda la vieja Europa una perspectiva de cambio radical.

Lecciones de la historia

¿Qué conclusión debemos sacar de esta revisión sumaria de nues-

tra propia historia? La bancarrota que atravesamos ahora debe ser apreciada, precisamente, como el fracaso histórico de una política de conjunto, en la triple dimensión que ilustramos, que buscó sacar al capital del atolladero en el cual se empantanaba cuatro décadas atrás. Un empantanamiento que se puso en evidencia en los hechos del convulsivo 1968, pero que de ninguna manera era un rayo en cielo sereno: se incubó en las limitaciones del propio boom de la posguerra. Si la clase obrera francesa se levantó en aquel año con la virulencia que haría historia es precisamente porque entonces el gobierno de Charles de Gaulle había comenzado a plantear una política de "ajuste" que buscaba sacar al capital francés de su propio pantano: la pérdida de sus dominios coloniales y la amenaza del capital norteamericano. La cuestión francesa era, por otra parte, la expresión de un fenómeno de conjunto. Por eso el boom capitalista de la época mostraba sus fisuras, como lo prueba el hecho de que fue en 1968 que se estableció algo que los argentinos conocemos bien: un "corralito" bancario. En aquella oportunidad fue un corralito que estableció el Banco Central norteamericano (*Federal Reserve*) sobre el oro que tenía depositado, como contrapartida de los dólares que emitía y aceitaban el mecanismo de la reproducción de la economía mundial. De modo que las reservas de los bancos centrales del resto de los países quedaron sin respaldo, anunciando una medida de las más trascendentes de la historia económica del siglo XX: la inconvertibilidad del dólar, declarada apenas tres años después, en 1971, por las autoridades norteamericanas. Es decir: la crisis que encontró su momento culminante en los años 1968/1975 no fue en absoluto la interrupción súbita e inabordable de un proceso virtuoso de crecimiento económico sino, por el contrario, la expresión de los límites insoslayables de la dinámica del capitalismo en una época de descomposición histórica muy acentuada de la sociedad que le es propia.

Este es el nudo de la cuestión en una perspectiva de conjunto: la gran crisis de la segunda posguerra, en los años setenta, debe ser entendida como parte de un proceso todavía más amplio: el que incluyó dos guerras mundiales y una crisis devastadora, la que comenzó en 1929 y es reiteradamente tomada como referencia para compararla con la actual. La Primera Guerra, la crisis mundial de los años treinta y la Segunda Guerra procuraron, con sus métodos brutales, "ajustar" el mercado a las necesidades del capital, pero no pudieron, ni podrían, devolverle a éste su potencia histórica, que había quedado definitivamente atrás. Es que la civilización del capital, su contribución a la historia social de nuestra especie, encontró su "techo" con el desarrollo de las fuerzas productivas y el mercado mundial establecido sobre el final del siglo XIX. A partir de entonces sólo po-

dría perpetuarse a costa de una decadencia creciente e irreversible. Por eso, la primera gran crisis del capitalismo "globalizado" se produjo precisamente cuando se encontraba en el apogeo de su desarrollo. Fue la crisis de 1873, que abrió dos décadas de lo que ahora se conoce como la Gran Depresión, y cuya salida fue catastrófica: el reparto del mundo entre las grandes potencias, la exacerbación sin precedentes de los conflictos internacionales, una carnicería humana en el centro del mundo civilizado, la Revolución Rusa... Estamos, en consecuencia, en nuestro presente, marcados por un largo pasado de decadencia, testimonio de una realidad irreversible: el capitalismo es un sistema históricamente condicionado, que tiende a su agonía como consecuencia de las leyes de su propio desarrollo. Como lo hemos señalado en reiteradas oportunidades, la metáfora biológica es pertinente a condición de comprender que los tiempos en la vida de un organismo son distintos a los tiempos históricos en los que una sociedad puede extender su propia descomposición. Una nueva sociedad debe ser fundada por la acción colectiva y consciente de los hombres: en este caso, creando una nueva comunidad humana sobre otras bases; no las del lucro, no las del capital, que debe ser confiscado. Pero la omisión en este caso no nos salvará de la barbarie.

La crisis actual replantea esta cuestión de una manera muy concreta porque la historia que acabamos de mencionar nos muestra que no sólo las bancarrotas o colapsos periódicos son la expresión de la barbarie que no cesa. Bárbaros y catastróficos son también los métodos con los cuales el capitalismo busca salir de sus propias crisis y por eso acabamos de indicar cómo fue que el capital buscó salir de su primera gran crisis general sobre fines del siglo XIX. Las "salidas" capitalistas a las crisis son tan brutales como las "entradas" en ellas, y revelan de conjunto el carácter del período histórico. Los métodos catastróficos con los cuales el capital superó su primera gran crisis global, la que se inició sobre el final del siglo XIX, volvieron a reiterarse en los caminos que tuvo que recorrer el mismo capital para salir del terremoto que estalló en 1929. Dicho de otra manera: la crisis de 1929 no se revela sólo en la debacle económica sino también en los métodos con los cuales se buscó superarla; porque finalmente el nazismo en la década de 1930 condujo la "reactivación" en Alemania. Pero nadie con sentido común, que como sabemos es muchas veces el menos común de los sentidos, puede pasar por alto a los Hitler como expresión del carácter terminal de una época histórica del capital. El stalinismo, sobre otras bases sociales y como expresión de degeneración de un proceso revolucionario, es también, a su modo, el reflejo de las consecuencias que derivan de la incapacidad de concluir positivamente un período de anacronismo social e histórico. Pe-

ro nazismo y stalinismo son sólo expresiones en los extremos de un proceso más general: la década del treinta es la de la terrible guerra civil en España, la de la huelga general y el gobierno de las izquierdas y luego del fascismo servil en Francia, la de la miseria social y la convulsión del movimiento obrero en los Estados Unidos... Las crisis de nuestra época son menos "económicas" que nunca porque reflejan precisamente no sólo los defectos de un sistema sino su límite histórico más general, una vez que han contribuido a crear un mercado mundial y a desarrollar las fuerzas productivas a escala global.

Cadáver insepulto

Asistimos en este momento a la estatización generalizada de medios de producción como tentativa de salvataje del capital. Los mayores gigantes corporativos privados, financieros e industriales, se mantienen en pie por la inyección de dinero público en cantidades homéricas, y esta estatización de la economía plantea una alternativa muy sencilla que incluso ha tomado la forma de consigna popular en el "primer mundo": que los medios de producción estatizados sean para salvar a los trabajadores, no a los bancos y a los capitalistas.

Todo depende, en definitiva, de la clase social que oriente la gestión estatal y el metabolismo de la producción colectiva. El problema del poder ha pasado al primer plano en un sentido preciso porque enfrentamos el desafío de comprender que es necesaria una transformación social radical para reconstruir la sociedad sobre otras bases, o continuar por el camino de la barbarie. Es la acción del hombre la que debe replantear la continuidad de la civilización sobre bases auténticamente humanas. Será la obra de las nuevas generaciones, en primer lugar de los trabajadores. El capitalismo es un cadáver insepulto.

Capital financiero y crisis

Karl Kautsky¹

I. El libro de Hilferding²

Durante algún tiempo se nos reprochó a los marxistas nuestra falta de productividad luego de la muerte de Engels. El reproche no era totalmente infundado, pero la vinculación entre nuestra "falta de productividad" y la muerte de Engels se produjo solamente por el hecho de que muchos marxistas encontraron en esa muerte la señal para alejarse del marxismo; incluso para combatirlo con entusiasmo. Así, las filas de los teóricos marxistas se vieron momentáneamente debilitadas, y la desertión de nuestros ex camaradas del campo del marxismo "ortodoxo" fortaleció a nuestros adversarios y nos obligó a colocarnos a la defensiva por un tiempo. Durante años debimos dedicar lo más valioso de nuestro tiempo y nuestras fuerzas a defender los resultados ya obtenidos por el marxismo, contra los mismos camaradas que habían contribuido a obtenerlos, y a refutar argumentos que poco tiempo antes habían sido declarados poco sólidos por las mismas personas que ahora los utilizaban.

Pero esta crisis en el marxismo apenas duró una década. El revisionismo teórico (no, por cierto, el práctico) está archivado y los marxistas estamos nuevamente en condiciones de dedicar todo nuestro

tiempo y esfuerzo —en la medida en que podamos dedicarlos a cuestiones teóricas— a la gran tarea de construir el edificio que los maestros dejaron incompleto y adaptarlo a los tiempos modernos. Y durante los últimos años, por cierto, nadie pudo ya quejarse de la falta de productividad del marxismo.

Dentro de las creaciones de la literatura marxista —en realidad dentro de la literatura en general— uno de los fenómenos más notables es el libro escrito por Hilferding sobre el capital financiero. En cierto sentido puede ser considerado la continuación de *El Capital* de Marx.

El Capital quedó inconcluso, y ya en ese sentido necesita ser completado y continuado. Además, sus partes más importantes fueron concluidas en la década de 1860, por lo que ya tiene una antigüedad de medio siglo. Durante este largo periodo tuvo lugar una gran revolución económica. Esto, por cierto, no dejó rezagado a *El Capital*: por el contrario, solamente con la ayuda de esta obra pudimos entender de manera apropiada esta revolución. Pero se han producido una cantidad de fenómenos nuevos de los cuales no se había ocupado *El Capital* y que hasta la aparición del libro de Hilferding no habían estado sujetos a un examen detallado y suficiente sobre la base de nuestra teoría.

Apenas hay referencias al primer volumen de *El Capital* en la obra de Hilferding. Comienza por el segundo y tercer volumen y se exhiba sobre ellos. Y justamente allí era especialmente necesaria una continuación y un desarrollo posterior. En primer lugar, porque esos volúmenes solamente constituyen fragmentos —a diferencia del primero— pero también porque es en esos planos en los cuales el desarrollo se ha producido con especial rapidez y las condiciones muestran muchos más fenómenos novedosos.

El primer volumen se ocupa del proceso de producción del capital en el sentido más estrecho de la palabra; su escenario es la fábrica: nos muestra los fundamentos del antagonismo de clase entre capital y trabajo. El segundo volumen se ocupa del proceso de circulación del capital; la compra-venta de las mercancías que han sido producidas. El escenario es el mercado, donde los antagonismos de clase entre capital y trabajo no se observan directamente, donde sólo hay productores y consumidores y entre ellos comerciantes que negocian.

El tercer volumen se ocupa del proceso en su totalidad; pero aquí, también, la circulación de mercancías está en primer plano. El papel principal está representado por la distribución de la plusvalía entre las distintas clases explotadoras —capitalistas industriales y terratenientes— quienes extraen la plusvalía bajo la forma de ganancia indus-

trial, interés o renta de la tierra. La formación del precio, sus desviaciones respecto del valor, tienen un efecto determinante sobre la distribución de plusvalía. Pero esas desviaciones no son arbitrarias, sino que están sujetas a ciertas leyes que sólo pueden explicarse a través de la ley del valor.

Es fácil comprender por qué el primer volumen de *El Capital* se hizo mucho más popular y tuvo un impacto mucho más grande que cualquiera de los dos restantes. No sólo porque era mucho más perfecto en forma sino también, y sobre todo, porque se ocupaba del verdadero ámbito de la lucha de clases entre capital y trabajo. Aquí los trabajadores se sentían cómodos; aquí lo que habían padecido aparecía desarrollado teóricamente en la obra de su pionero. Su posición y su instinto de clase los hicieron capaces, en este terreno, de comprender algunas cosas con más facilidad que los profesores burgueses.

No ocurre lo mismo con el segundo y tercer volumen. En ellos, aparentemente, se trataban solamente los antagonismos entre los propios explotadores, temas mucho más ajenos a los trabajadores que a los teóricos burgueses. Aquí no podía ayudarlos la experiencia proveniente de su posición de clase.

En buena medida, podía esperarse que estos dos volúmenes enriquecieran la teoría burguesa. Porque se trataba de sus propios negocios —ganancia, interés, renta de la tierra, acciones bursátiles y bancos— aspectos en los cuales sus propios intereses podían permitir a la clase poseedora sentirse cómoda y tener una perspectiva de conjunto.

Pero, de un modo bastante extraño, los economistas burgueses no mostraron interés en utilizar estos hilos de Ariadna, con cuya ayuda podrían haberse orientado en el laberinto de los negocios capitalistas. Como sabían muy bien que estos hilos de Ariadna los conducían con infalible certeza al punto de partida del laberinto, a la ley del valor trabajo, se opusieron con uñas y dientes. Así es que fueron capaces de arreglárselas para no encontrar en esos dos volúmenes más que la afirmación de que los precios se desvían de los valores, y deducir de ello, con gran gusto, la bancarrota de la teoría del valor.

También aquí, en su propio terreno, dejaron en manos de los socialdemócratas la tarea de reivindicar y hacer uso de los tesoros contenidos en el segundo y tercer volumen de *El Capital*. Ahora que Hilferding lo ha hecho, no dejarán seguramente de aprovecharse, al menos parcialmente, de sus resultados, pero seguirán denigrando el punto de partida y el método en los cuales se basan.

El libro de Hilferding, sin embargo, no fue escrito para ellos. Le dará nueva fuerza y claridad, en primer lugar, a la lucha de la clase obrera, aunque solamente unas pocas páginas al final estén dedicadas a esta lucha. Solamente cuando se ha comprendido completa-

mente el proceso total del capital pueden observarse con claridad las tendencias de su desarrollo y a partir de allí las funciones y los objetivos del movimiento socialista. Pero esa comprensión es absolutamente necesaria para que el proletariado desarrolle permanentemente el máximo de su fortaleza y la utilice siempre en forma apropiada, evitando falsos senderos que implican un derroche de tiempo y de esfuerzo.

Pero también en un sentido más estricto puede decirse que la comprensión del proceso de circulación del capital es tanto o más importante, para el proletariado militante, que la del proceso de producción. Este último muestra, en efecto, el creciente antagonismo entre trabajo asalariado y capital; pero la forma del proceso de circulación determina de qué manera se constituyen los capitalistas, a quienes los trabajadores deben enfrentar, algo que de ninguna manera carece de importancia para las tácticas de lucha. Y las formas que asume el capital cambian mucho más rápido bajo la influencia del proceso de circulación que bajo la del proceso de producción.

La ganancia es la fuerza motriz de todo el mecanismo capitalista; la base de las ganancias de la clase capitalista es la plusvalía, cuya magnitud depende del número de trabajadores empleados por el capital total y de la intensidad de su explotación. Pero la porción de ganancia que embolsa cada capitalista en forma individual no depende de la cantidad de plusvalía obtenida de la explotación de sus propios trabajadores. El capitalista puede ganar no solamente a expensas de los trabajadores, sino también a costa de otros capitalistas; si uno sabe cómo hacerlo y posee suficiente capital y suerte, puede volverse rico mucho más rápido robando a grandes ladrones que saqueando a los saqueados.

Hilferding analiza las fuerzas motrices que subyacen en los diferentes tipos de ganancia que se realizan a costa de los explotadores—la ganancia especulativa, la ganancia del fundador³, la ganancia monopolística a través de la exclusión de la competencia—para demostrar cuán poderosamente influyen en la conformación de la clase capitalista y de qué manera, impulsadas por ellas, las empresas industriales pertenecen cada vez menos a capitalistas individuales y pasan a manos de sociedades anónimas. Hilferding va más allá y demuestra cómo, con estas sociedades anónimas y a través de ellas, se acrecienta el poder de los bancos sobre la industria; y, por otro lado, también la concentración de las empresas, en parte por medio de la combinación de empresas mixtas, una de las cuales provee el material a la otra, en parte uniendo varios trabajos del mismo tipo en una asociación, un cartel, o, finalmente, un trust consolidado. Muestra, además, de qué manera estos medios revolucionan cada vez más el pro-

ceso de producción y colocan, cada vez más, a la gran producción en primer plano. Todo esto es desarrollado por Hilferding en forma clara y exhaustiva, a través de la cual nos muestra una cantidad de nuevos puntos de vista sobre las cuestiones más complejas.

Por supuesto, los procesos de circulación y de producción se influyen recíprocamente de manera constante. El desarrollo que acabamos de describir no es, por cierto, tan sólo el resultado del proceso de circulación. Las consecuencias del proceso de producción, los progresos de la técnica, juegan sin duda un papel muy importante; pero es una injusticia hacia Hilferding reprocharle el haber pasado por alto estos factores. No está dentro del plan de su trabajo ocuparse de ellos en detalle. No los subestimó: en realidad su objetivo principal fue explorar los factores derivados del proceso de circulación, los cuales hasta la fecha han sido muy poco considerados y nunca examinados sistemáticamente.

Y, como ya se ha mencionado, los factores engendrados en el proceso de circulación demuestran ser los más poderosos para la formación de las relaciones del capital y también aquellos que las modifican con mayor rapidez.

El capitalista siempre ha comenzado siendo comerciante: la esfera de la circulación es su elemento. Pero sin un cambio en el proceso de producción —en sentido estricto, porque en el sentido más amplio la producción está incluida en el proceso de circulación—, una empresa industrial puede, mediante un simple cambio en la circulación, alterar completamente su carácter; puede, por ejemplo, transformarse de una manufactura en una empresa explotada en forma capitalista. Nada en el taller necesita ser alterado en lo más mínimo; basta con que el fabricante ya no compre la materia prima por sí mismo y que un comerciante que desea sacar provecho la compre y se la entregue para que sea procesada, para que el comerciante, y ya no el fabricante, se convierta, a cambio de una mera compensación por el trabajo, en el propietario del producto que vende. Del mismo modo, tampoco es necesario que cambie algo en el proceso de producción de una fábrica mientras ésta pasa de ser propiedad de un único capitalista a ser una empresa por acciones, de ser una empresa individual independiente a ser miembro de un cártel, una empresa trustificada o propiedad de un banco.

Resulta por lo tanto totalmente lícito seguir este desarrollo sin hacer referencia especial al proceso de producción.

Y la comprensión de este desarrollo es de suma importancia para el obrero que enfrenta la lucha de clases de manera consciente.

Entre otras cosas, brinda una nueva prueba de la necesidad de la intensificación de los antagonismos de clase, que Hilferding mues-

tra muy bien. Su libro demuestra una vez más cuán errado es esperar que los empleadores lleguen, con el tiempo, a pensar que les conviene estar en buenos términos con sus trabajadores; que ganarán de esa forma cada vez más "perspectiva político social". Se habla de la idea de *Scharfmachertum*⁴ como de una reliquia del tiempo pasado; se la describe como un fenómeno "atrasado", que debe desaparecer con el avance posterior del desarrollo capitalista. Los marxistas, que no consideramos la concepción "atrasada" del *Scharfmachertum* como un producto del pasado sino como algo que tiene sus raíces más fuertes en el presente y en el futuro, ya que pertenece al capitalismo, somos catalogados, por supuesto, como igualmente "atrasados".

En realidad, es la atenuación de los antagonismos de clases lo que proviene del pasado: del pasado inglés. Se trata de una idea basada en la suposición de que todavía Inglaterra está mostrándonos nuestro futuro, como ocurría en tiempos de Marx. Esta esperanza se basa en el hecho, no precisamente nuevo, de que en Inglaterra, después de la victoria del librecambio (1846), las relaciones entre capitalistas y trabajadores mejoraron durante algunas décadas. Pero este revisionismo, que nos reprocha el seguir al pie de la letra las palabras del maestro, no consigue ver cómo las palabras de Marx acerca del valor de Inglaterra como un ejemplo hace tiempo que se han cumplido en los hechos y también en las observaciones que ellos mismos hicieron en Inglaterra. Durante tres décadas Inglaterra se ha retrasado en términos económicos, cada vez más, y los antagonismos de clase también se han intensificado allí; no, por cierto, al mismo nivel que en Alemania o Estados Unidos, porque Inglaterra está atrasada, porque los propietarios capitalistas individuales todavía predominan en una industria cuya dependencia de los bancos y concentración en carteles y empresas trustificadas todavía no ha llegado tan lejos como en esos dos países. Este hecho ya era conocido, pero Hilferding ha expuesto admirablemente algunas razones, desconocidas hasta ahora, para este fenómeno.

Es Estados Unidos, no Inglaterra, el país que nos muestra nuestro futuro bajo el capitalismo. No existe otro lugar donde el "retrasado" *Scharfmachertum* esté más intensamente desarrollado que allí.

El futuro del capitalismo pertenece al capital financiero. Pero esto, tanto en la lucha internacional de la competencia como en la lucha de clases interna, significa la forma más brutal y violenta del capital.

Es mejor expresar lo que Hilferding entiende por capital financiero y su desarrollo con las propias palabras del autor. En un tramo del texto presenta un breve resumen que ayuda considerablemente a seguir la línea de pensamiento que fluye a través de una gran par-

te de su libro. Hilferding plantea:

"Hemos visto cómo al comienzo de la producción capitalista el dinero de los bancos procede de dos fuentes. Primero, del dinero de las clases no productivas; segundo, del capital de reserva de los capitalistas industriales y comerciales. Hemos visto, además, cómo el desarrollo del crédito tiende a poner a disposición de la industria no sólo toda la reserva de capital de la clase capitalista, sino también la mayor parte del dinero de las clases no productivas. La industria del presente, en otras palabras, actúa por medio de un capital mucho mayor que el capital total propiedad de los capitalistas industriales. Con el desarrollo capitalista crece también continuamente la suma de dinero que la clase improductiva pone a disposición de los bancos, y estos lo ponen, a su vez, a disposición de los industriales. La disposición de esos fondos, indispensables para la industria, la tienen los bancos. Con el desarrollo del capitalismo y la organización crediticia, crece entonces la dependencia de la industria respecto de los bancos. Por otra parte, los bancos sólo pueden atraer los fondos de las clases improductivas, y retener en sus manos la creciente masa ociosa de los mismos, si pagan intereses por estos fondos. Pudieron hacerlo, en tanto esas sumas no eran demasiado grandes, haciendo uso de ellas en el crédito de especulación y circulación. Con el crecimiento de esas sumas, por un lado, y con la importancia decreciente de la especulación y el comercio, por el otro, tenían que transformarse cada vez más en capital industrial. Sin la expansión constante del crédito para la producción, hubiera descendido muchísimo más la disponibilidad de los depósitos y, con ello, también el interés de los depósitos bancarios. Es en forma parcial el caso de Inglaterra, donde los bancos de depósitos solamente negocian la circulación del crédito y por eso es tan mínimo el interés pagado a los depósitos. Se produce por lo tanto una continua fuga de los depósitos hacia las esferas de la inversión industrial mediante la compra de acciones. Aquí el público realiza directamente lo que podría hacer el banco, gracias a la unión del banco industrial y el de depósitos. Para el público el resultado es el mismo, puesto que la ganancia del fundador de todas maneras no le llega. Pero para la industria británica, significa una menor dependencia en el capital bancario; es decir, una situación opuesta a la que se da en la industria alemana.

"La dependencia de la industria con respecto a los bancos es así el resultado de las relaciones de propiedad. Una porción cada vez mayor del capital industrial no pertenece a los industriales que lo utilizan. No pueden disponer de este capital más que a través del banco, que frente a ellos representa al propietario. Por otra parte, el banco tiene que destinar una porción creciente de su capital a la indus-

tria. Así, se convierte en capitalista industrial en proporciones cada vez mayores. Llamo capital financiero a este capital bancario —esto es, capital en forma de dinero— que se convierte realmente en capital industrial. Para los propietarios, siempre conserva su forma monetaria, es invertido por ellos en la forma de capital dinero, capital productor de intereses, y pueden retirarlo en cualquier momento en la forma de dinero. Pero en realidad la mayor parte del capital así invertido en los bancos se convierte en capital industrial, productivo (medios de producción y fuerza de trabajo) y se ha inmovilizado en el proceso de producción. Una parte cada vez mayor del capital empleado en la industria es capital financiero, capital a disposición de los bancos y utilizado por los industriales.

"El capital financiero se desarrolla con el auge de las compañías por acciones y llega a su nivel más alto con la monopolización de la industria. La ganancia industrial adquiere un carácter seguro y continuo, y, con él, adquiere una extensión cada vez mayor la posibilidad de inversión del capital bancario en la industria. Pero el capital bancario está a disposición del banco, y el banco está manejado por los propietarios de la mayoría de las acciones bancarias. Está claro que, con la concentración creciente de la propiedad, los propietarios del capital ficticio, que otorga poder sobre los bancos, y del capital, que da poder sobre la industria, se vuelven cada vez más idénticos. Especialmente cuando, como hemos visto, los grandes bancos se apoderan cada vez más del capital ficticio.

"A pesar de que hemos visto cómo la industria se vuelve cada vez más dependiente del capital bancario, esto no significa que los magnates industriales dependan de los magnates bancarios. A medida que, el propio capital, al llegar a su más alto estadio, se convierte en capital financiero, el magnate del capital, el capitalista financiero, va reuniendo en sí la disposición sobre el total de capital nacional, en forma de dominio del capital bancario. Aquí también la unión personal juega un papel importante.

"Con la formación de cartels y trusts, el capital financiero llega a su más alto grado de poder, mientras que el capital comercial experimenta su degradación más profunda".³

Puede observarse que Hilferding está lejos de creer en la utopía de la democratización del capital por medio de las acciones. Con un suave golpe de mano deja de lado esta "teoría pequeño burguesa".

Estas citas son suficientes para mostrar que el libro de Hilferding tiene importancia no sólo académica. También resulta del mayor interés para los trabajadores y especialmente para sus representantes en el Parlamento, quienes no deben limitarse solamente a cuestiones puramente laborales.

Pero es verdad que lo más importante del libro está en el terreno teórico. Partiendo de las ideas fundamentales del marxismo, Hilferding combina un completo dominio de sus métodos con el manejo de un material exhaustivo y elabora una representación compacta sobre las bases de la teoría de la naturaleza del dinero, del crédito, de los bancos, del sistema accionario, de los cárteles, de las crisis. No existe casi ningún fenómeno en estos planos sobre el que no tenga algo nuevo para decir y que no haya quedado más claro a partir de la conexión que traza entre cada punto y el proceso general.

Su libro es una nueva y brillante confirmación de lo fructífero del método marxista. Esto no quiere decir que Hilferding siga las palabras del maestro al pie de la letra. Sabe cómo utilizar su método sin perder su propia independencia. Donde queda mejor demostrado es en la cuestión de las ganancias del fundador, que explica como la diferencia entre la tasa de ganancia y la tasa de interés, entre el valor real de los elementos productivos de un emprendimiento y la suma capitalizada de su ganancia. Si, por ejemplo, la construcción de una fábrica cuesta un millón de marcos y devenga un 10% de ganancia, entonces dada una tasa de interés del 5%, la masa de ganancia derivada de la fábrica estará conformada por el interés sobre un capital de dos millones. Si la fábrica se convierte en una sociedad por acciones, el capital accionario puede establecerse en dos millones. El excedente de un millón sobre el valor de la fábrica es embolsado por los fundadores, sin ningún fraude, como ganancia del fundador.

Es un descubrimiento muy importante. Despliega ante nosotros una comprensión más profunda de la naturaleza de las fuerzas motrices que extienden el sistema de acciones, convierten al capitalista individual en superfluo y entregan la industria al dominio de los bancos. Gracias a la ganancia del fundador, este desarrollo se realiza mucho más rápido que si solamente lo afectara la lucha de la competencia. Así se fomenta extraordinariamente, también, la transformación de los talleres en establecimientos gigantes y su unión con otros en las más variadas formas de conjunción monopólica.

La ganancia del fundador demuestra ser uno de los factores más importantes en el proceso de desarrollo que está llevando al capitalismo a un punto decisivo, convirtiendo al capital en una fuerza impersonal, pero al mismo tiempo aumentando en gran medida los antagonismos de clase. El descubrimiento de esta fuerza inevitable se debe a Hilferding. Para Marx era todavía completamente desconocida.

En ciertos tramos Hilferding no sólo supera a Marx sino que se desvía de él; pero esto sólo sucede en cuestiones especiales sobre las cuales no nos extenderemos más allá de decir que sobre esos temas

también Hilferding dice cosas notables y verdaderas.

Existe solamente un punto en el cual no puedo concordar con Hilferding: su concepción de que la mercancía dinero (oro o plata) puede ser remplazada por papel, no solamente como medio de circulación sino también como medida de valor. La medida real de valor no es el dinero metálico sino el valor total de las mercancías en circulación (sin que cambie el tiempo de circulación), el "valor de circulación socialmente necesario" como él lo llama.

Hilferding probablemente no opine que el papel moneda inconvertible, como tal, pueda ser la medida del valor. Ridiculiza acertadamente al profesor Lexis, quien sostiene esta posición en el *Diccionario de bolsillo de las Ciencias del Estado*. Pero no mejora las cosas al tergiversar la relación entre el dinero y las mercancías y hacer de la masa de mercancías una medida de valor y también el creador de valor en papel moneda. Entonces, a fin de hacer de este papel moneda, así provisto de un cierto valor, la medida del valor de las mercancías, declara:

"Naturalmente, como antes, todas las mercancías que vienen expresadas en dinero son "medidas" en dinero (¡No oro! - K.) El dinero aparece, como antes, como medida de valor. Pero el volumen del valor de esta "medida de valor" no está ya determinada por el valor de la mercancía que lo forma: el valor del oro, de la plata o del papel. Más bien, este "valor" está en realidad determinado por el valor total de las mercancías en circulación (con una velocidad de circulación constante). La medida real del valor no es el dinero, sino que el "curso" o cotización del dinero está determinado por lo que me gustaría llamar valor de circulación socialmente necesario".⁴

Esto, evidentemente, no puede significar sino que la medida real del valor de las mercancías no es el dinero sino que la medida real del valor del dinero es la mercancía.

Si el valor del dinero pudiera determinarse por "el valor de circulación socialmente necesario", significaría la negación de la ley del valor para la mercancía dinero; significaría que para la mercancía dinero el valor no está determinado por el tiempo de trabajo socialmente necesario para su propia producción. La aplicación universal de la ley del valor se rompería, nada menos que en el caso de la mercancía dinero, "la mercancía cuya forma natural es al mismo tiempo la forma social inmediata de la realización del trabajo humano en abstracto" (*El Capital*, vol. I).

No hay necesidad de semejante suicidio marxista. El fenómeno, que apareció luego del fin de la libre acuñación de la plata en diferentes países durante las últimas décadas y en el cual Hilferding basa esta idea, puede explicarse con facilidad de otras maneras.

No me referiré, sin embargo, a este tema en detalle. Implicaría un gran gasto de sutilezas, quizá malgastadas, ya que el método de explicación de Hilferding, usualmente muy claro, se vuelve por momentos muy oscuro cuando se refiere a este punto en particular, por lo que no siempre estoy seguro de haber entendido sus palabras en el sentido en que se han expresado. Pero, sobre todo, porque cualquier tratado sobre la teoría del dinero de Hilferding es superfluo en el presente, ya que no tiene efecto sobre él, ni en forma práctica ni teórica.

Luego de haberse tomado el trabajo, entre la página 18 y la 43, de explicar la moneda de papel pura, llega de improviso al siguiente resultado:

"(...) semejante moneda de papel purano satisface a la larga las exigencias del medio de circulación. Como su valor está determinado por la suma del valor de las mercancías que circulan en un momento determinado, y como éstas están sujetas a continuas oscilaciones, el valor del dinero oscilaría también continuamente. El dinero no sería ya la medida del valor de las mercancías, sino que, por el contrario, su valor se mediría por las respectivas necesidades de la circulación, esto es, con invariable velocidad de circulación, por el valor de las mercancías. El dinero en papel puro es entonces imposible en el largo plazo, porque la circulación estaría sujeta así a continuas perturbaciones".⁵

Esto sólo quiere decir, en otras palabras, que el reemplazo del dinero-mercancía por el valor de circulación socialmente necesario como medida de valor no es más que un capricho académico. Pero, como tal, no juega otro rol en el curso del libro. Uno puede rechazarlo con calma y aún admitir todo lo que Hilferding continúa construyendo en su examen de las diferentes funciones del dinero como medio de circulación, medida de valor y medio de pago.

Me basta entonces con dejar sentadas mis dudas respecto de la teoría de Hilferding del valor de circulación socialmente necesario como medida de valor de las mercancías, sin extenderme más en su análisis.

Hay solamente un punto que me gustaría analizar en forma más profunda: la teoría de las crisis. No porque en este punto difiera de Hilferding —por lo contrario, considero sus observaciones entre las mejores y más fructíferas de su libro— sino porque son las que más me han inspirado y he elaborado conclusiones propias, las cuales quizá sirvan, en alguna medida, para completar las de Hilferding.

II. Las crisis

a. Los medios de producción y los medios de consumo

El más difícil de todos los problemas económicos que Marx nos dejó por resolver es quizás el de las crisis periódicas. Aquí la dificultad no reside en el hecho de fenómenos que hayan surgido con posterioridad a la muerte de Marx, que impliquen una modificación, para no decir una revolución, en su teoría. A este propósito, lo que el liberalismo y el revisionismo afirmaban acerca de los cárteles demostró ser una ilusión de muy corta vida. La dificultad reside en el carácter fragmentario de *El Capital*, que se hace sentir con particular gravedad en el tratado sobre las crisis. Marx había encontrado la solución del problema de las crisis —esto es evidente a partir de las observaciones que hace al respecto—pero nunca hizo más que desarrollar aspectos individuales. Nunca intentó tratar el tema en su conjunto. Así, esta tarea quedó para sus sucesores, que tienen que resolver el enigma de la esfinge que implican las crisis, una tarea de tal dificultad que la economía burguesa casi no se atreve a abordar. Para los economistas clásicos, los fisiócratas, Adam Smith, Ricardo —Malthus no puede incluirse entre ellos—el problema no existía aún. Y a la economía burguesa posterior el problema le resultaba necesariamente antipático desde el inicio y que las crisis son el *memento mori*⁶ del método capitalista de producción. Todos los antagonismos que se contienen en su seno, y que lo tornan más y más intolerable, arrojando a secciones de la población cada vez mayores a la lucha contra el propio sistema, se expresan en las crisis de la manera más cruda. Por lo tanto, la economía burguesa siempre tendió a negar la inevitabilidad de las crisis, asignándoles causas fortuitas que bien podrían evitarse en el futuro. Formular una teoría de las crisis implicaría reconocer su necesidad e inevitabilidad. Por lo tanto, era preferible investigar las causas de cada crisis individual, en lugar de describirlas y explicarlas históricamente.

Por el contrario, los críticos del método capitalista de producción, particularmente los socialistas, reconocieron rápidamente la necesaria relación entre el capitalismo y las crisis. Las teorías sobre las crisis son, en su mayor parte, teorías socialistas. A diferencia de lo que sucede con otras ramas de la economía, en este caso no nos basamos en el trabajo previo de predecesores burgueses. En este terreno económico oscuro y complejo, la investigación científica del socialismo ha estado siempre a la vanguardia. Lo que la economía burguesa ha logrado en este terreno ha sido, casi exclusivamente, un eco debilitado y renuente de la concepción socialista. Esta concepción alcanzó su punto culminante con Marx. Guiados por su mano, avanzaremos más en

este laberinto cuanto mejor lo hayamos entendido.

Un paso adelante decisivo y consistente en este camino lo constituye la investigación realizada por Hilferding en relación con las causas del regreso periódico de las crisis. Esta ha sido, hasta el momento, la parte más oscura de la teoría de las crisis. Hilferding echó una luz brillante sobre ella.

Al examinar las crisis, deben distinguirse tres elementos entre sí. Muchos críticos creyeron haber descubierto contradicciones en la concepción de Marx sobre las crisis porque él pone atención algunas veces en uno y otras en otro de ellos. Esta crítica sólo sería correcta si Marx se hubiera referido a uno u otro elemento como la única causa de las crisis. Pero su teoría sobre las crisis, por el contrario, consiste en unir los diversos elementos, cada uno de los cuales es, por sí mismo, insuficiente para dar cuenta del necesario regreso periódico de las crisis.

Estos tres elementos son, en primer lugar, la anarquía de la producción de mercancías, luego el subconsumo por parte de las masas laboriosas y, finalmente, la variedad en las condiciones del crecimiento de las distintas partes componentes del capital social.

Hilferding maneja estos tres elementos, aunque se extiende muy poco sobre los dos primeros. Sus aportes son en relación con el tercer elemento. Quizá se justifique que sólo haga un repaso del primer aspecto, la anarquía de la producción. Se trata del punto más claro y no hay demasiado que agregar al respecto. La producción de mercancías es la producción por parte de productores privados independientes, que no saben nada del otro e, incluso cuando lo saben, no se interesan por el otro. Cada uno sigue produciendo, y bajo el sistema capitalista su único norte, el que se encarga de que todo el emprendimiento no termine en un caos, es la ganancia, o el precio del cual depende el nivel de ganancia. Con la caída de los precios cuando se produce demasiado, y su aumento cuando la oferta se queda por detrás de la demanda, la producción y la demanda se reajustan siempre a su proporción adecuada, aunque no sin fricción y pérdida, no sin crisis. Mientras hay producción de mercancías, hay en ocasiones congestión de circulación y crisis.

Estas crisis dependen de eventualidades, y afectan en su mayoría sólo a ciertas clases de mercancías: la explicación de este tipo de crisis no presenta dificultades. Pero desde el comienzo del siglo XIX ha aparecido un tipo especial de crisis, una congestión general de los mercados que lleva al desorden al proceso de producción en su conjunto y se repite periódicamente en intervalos establecidos, aproximadamente una vez cada diez años.

La primera estalló en el año 1815, la segunda en 1825, la tercera

en 1836, la cuarta en 1847. Anunciaba la revolución. Luego hubo otra en 1857. Después las guerras en Europa y Estados Unidos interrumpieron el ciclo y en 1866 hubo sólo una ligera crisis, mientras que la gran crisis industrial siguiente no apareció hasta 1873. Sus efectos tuvieron alcances profundos debido al prolongado aplazamiento. Después de una corta recuperación, una nueva depresión tuvo lugar en 1882. Hacia el final de la década de 1880 se presentó un ligero crecimiento, seguido de una caída en 1891, y en 1895 hubo nuevamente crisis. La alternancia entre prosperidad y crisis se había tornado tan irregular entre 1873 y 1895, los tiempos de prosperidad tan cortos y leves, que se difundió ampliamente el supuesto de que habíamos llegado a una época de sobreproducción permanente, superando así los ciclos regulares de crisis. Pero cuando, durante la última mitad de los '90, se vivió un período muy impactante y totalmente inesperado de prosperidad, muchos de nosotros supusimos, por el contrario, que gracias a los cárteles el ciclo de crisis había sido ahora abolido, no por una era de sobreproducción crónica, sino por una era de prosperidad económica permanente. Pero esta opinión sólo se basaba en la experiencia de unos pocos años, y demostró rápidamente su bancarrota. Ya en 1900 apareció una nueva crisis, y en 1907 otra. Desde entonces, no puede ya dudarse que el ciclo de crisis, depresión y prosperidad sigue vigente. Lo único que ha desaparecido es el reinicio del ciclo tras un lapso de diez años.

Esta regularidad no puede determinarse únicamente por la anarquía de la vida económica. Ella sólo constituye el factor determinante en el ciclo de crisis. Si la producción se llevara a cabo de acuerdo con un plan, puede decirse con certeza que no habría crisis. Pero, ¿por qué aparecen en una forma tan abarcativa, afectando al conjunto de la sociedad, y por qué en períodos tan regulares?

La explicación debe residir en factores que sólo obtuvieron gran fuerza en la última parte del siglo XIX. Ya que no fue hasta entonces que comenzó el ciclo de crisis. Conviene observar esos fenómenos como los factores que ya habían inquietado al mundo entero: la introducción de maquinaria, que intensificó enormemente la productividad del trabajo y coincidió con la pauperización de los trabajadores industriales, cuya capacidad de consumo disminuyó, mientras su productividad aumentaba. Aquí reside una contradicción que, en ocasiones, tuvo que encontrar una expresión en la crisis. Estas fueron las enseñanzas, ya después de la primera crisis, del socialista Robert Owen y del social-conservador Sismondi.

Así se descubrió el segundo elemento que ocasiona las crisis. Pero de ninguna forma quedó claro cómo afectó el proceso de producción, y por qué la sobreproducción no fue permanente. Era el período

do de prosperidad entre las crisis lo que pedía ahora una explicación.

El asunto no fue tan sencillo como parecía a primera vista.

Para poder comprender la sobreproducción, debemos ir más allá del punto de vista habitual en economía, que considera a las mercancías sólo como valores, como cosas idénticas en su naturaleza, todas corporizaciones de idéntico trabajo humano abstracto. La economía burguesa también acepta esta forma de consideración, incluso al tiempo que niega la teoría marxista del valor. Siempre examina sólo la producción y la realización de los valores. Y, de hecho, el capitalista sólo se preocupa por la relación entre el valor y el precio de sus mercancías debido a que el nivel de su ganancia depende de ella. El valor de uso de sus mercancías no le interesa en absoluto.

En la cuestión de la sobreproducción, tenemos que lidiar no sólo con el intercambio de mercancías, sino también con su consumo. Esto juega un rol determinante aquí. Es imposible, a largo plazo, continuar produciendo mercancías para las cuales no se encuentran consumidores. Pero para el consumidor, no es sólo el valor de las mercancías lo que cuenta, sino —y sobre todo— su valor de uso particular. Le interesan como valor, como corporización de trabajo humano general, sólo en la medida en que su poder de compra depende de la cantidad de valores de la que puede disponer y el nivel del valor de los medios de consumo. Pero no compra las cosas porque sean muy caras o muy baratas; con la excepción, quizá, de los nuevos ricos norteamericanos, que sólo compran obras de arte cuando cuestan una suma enorme (y sólo en ese caso). El consumidor corriente, el que debe tenerse en cuenta en la producción capitalista a gran escala, sólo compra mercancías porque las necesita. La forma particular le interesa como corporización de tipos especiales de trabajo —el trabajo de un panadero o de un fabricante de zapatos— y no como trabajo humano general.

Si deseamos examinar las condiciones que deben existir para mantener en forma permanente el equilibrio entre producción y consumo, debemos distinguir, ante todo, dos grupos de valores de uso que siguen siendo creados de un año al otro: los medios de producción y los medios de consumo. Cada año, la sociedad debe crear no sólo los medios de consumo que necesita, sino también los medios de producción necesarios para poder continuar la producción de medios de consumo el año siguiente. Cada grupo debe ser el complemento del otro para que no haya congestiones ni obstáculos en la circulación de mercancías.

Tomemos el caso más sencillo, la reproducción simple: es decir, la producción que no se amplía, sino que se lleva a cabo año tras año en la misma extensión. Para ilustrar este proceso, Marx elaboró un

método que reproducimos aquí porque juega un importante papel en la explicación de las crisis. También Hilferding lo toma como punto de partida. Existe un "sector I" que representa la producción de medios de producción y un "sector II" que abarca la producción de medios de consumo. El capital constante —edificios, máquinas, materia prima, etc.— se llama c ; el capital variable —los salarios obreros— se llama v ; la plusvalía se llama p . En relación con los números, pueden ser concebidos como cualquier suma; por ejemplo, como millones de marcos.

I. $4.000 c + 1.000 v + 1.000 p = 6.000$ medios de producción.

II. $2.000 c + 500 v + 500 p = 3.000$ medios de consumo.

Consideremos que el producto total de la sociedad tiene este carácter. ¿Cómo se produce el intercambio entre los dos sectores?

El sector I crea medios de producción por 6.000 —millones de marcos, digamos. Este sector requiere 4.000 en medios de producción. Estos se compran y venden dentro de este grupo. Restan 2.000 en medios de producción, que representan salarios obreros y plusvalía.

El sector II crea 3.000 en medios de consumo. Si consideramos que los capitalistas consumen el total de su plusvalía y que los trabajadores consumen el total de sus salarios, de acuerdo con este supuesto, no tiene lugar ninguna ampliación de la producción. De los medios de consumo, los trabajadores y los capitalistas del sector II compran $500 v + 500 p$. Quedan aún, en este grupo, medios de consumo por 2.000. Pero en el sector I quedan medios de producción por 2.000. Estos representan salarios obreros y plusvalía; deben gastarse en medios de consumo. Por otra parte, los capitalistas del sector II tienen que comprar medios de producción por 2.000 para continuar con la producción en la misma escala durante el año siguiente. Los trabajadores y los capitalistas del sector I compran del sector II medios de consumo por 2.000, mientras que éstos compran medios de producción por un monto equivalente a los capitalistas del sector I, proporcionando así el dinero para salarios y para la realización de la plusvalía.

Si, de esta manera, la cantidad producida y las compras y ventas de ambos grupos son iguales entre sí, no hay sobreproducción.

No estamos teniendo en cuenta el capital fijo; tendremos en cuenta más adelante el papel que éste juega. En aras de la simpleza, consideramos que dentro de un año, el capital total se utiliza y renueva por completo. Pero, ¿cómo funciona esto en el caso de la reproducción ampliada, cuando los capitalistas no consumen la totalidad de

la plusvalía, sino que mantienen una parte de ésta para llevar a cabo la producción durante el año siguiente, en una escala mayor?

Para este caso, Marx brinda otro esquema, como el siguiente:

A

I. $4.000\ c + 1.000\ v + 1.000\ p = 6.000$ medios de producción.

II. $2.000\ c + 750\ v + 750\ p = 3.000$ medios de consumo.

B

I. $4.400\ c + 1.100\ v + 1.100\ p = 6.600$ medios de producción.

II. $1.600\ c + 800\ v + 800\ p = 3.200$ medios de consumo.

C

I. $4.841\ c + 1.210\ v + 1.210\ p = 7.260$ medios de producción.

II. $1.760\ c + 880\ v + 880\ p = 3.520$ medios de consumo.

D

I. $5.324\ c + 1.331\ v + 1.331\ p = 7.986$ medios de producción.

II. $1.936\ c + 968\ v + 968\ p = 3.872$ medios de consumo.

E

I. $5.856\ c + 1.464\ v + 1.464\ p = 8.784$ medios de producción.

II. $2.129\ c + 1.065\ v + 1.065\ p = 4.249$ medios de consumo.

F

I. $6.442\ c + 1.610\ v + 1.610\ p = 9.662$ medios de producción.

II. $2.342\ c + 1.172\ v + 1.172\ p = 4.686$ medios de consumo.

Aquí no se consume el total de la plusvalía, sino que se acumula una parte que es utilizada para ampliar la producción. Sin embargo, esto no implica necesariamente sobreproducción. El proceso de reproducción continúa sin interrupciones. Pero ahora no es, como muchos suponen, independiente del consumo. Se presupone un aumento estable en el consumo. Para que un aumento de 6.000 a 9.662 en los medios de producción creados en el curso de un año pueda progresar sin interrupciones, el consumo debe aumentar de 3.000 a 4.586. Este aumento es parcialmente ocasionado por el crecimiento del consumo a través del número creciente de trabajadores. La suma total de crecimientos de salarios, durante el período en consideración, crece de 1.750 a 2.782. Pero esto no es suficiente. A pesar de la acumulación, a pesar del "ahorro" —es decir, la abstención del consumo— el consumo del capitalista también debe aumentar.

De acuerdo con el esquema, los montos son los siguientes:

Año	Capital total	Aumento en relación con el año anterior	Plusvalía	De la plusvalía, se acumula...	De la plusvalía, se consume...
A	7.250	-	-	-	-
B	7.900	650	1.750	650	1.100
C	8.690	790	1.900	790	1.110
D	9.559	869	2.090	869	1.221
E	10.514	955	2.299	955	1.344
F	12.166	1.652	2.529	1.652	1.877

Los montos de consumo son los siguientes:

	De los capitalistas	Aumento en relación con el año anterior	De los trabajadores	Aumento en relación con el año anterior
A	1.100	-	1.750	-
B	1.110	10	1.900	150
C	1.221	111	2.090	190
D	1.344	123	2.299	209
E	1.877	533	2.529	230
Aumento total	71 por ciento		44 por ciento	

Se observa que el consumo de los capitalistas debe terminar aumentando en forma muy considerable para mantener el equilibrio de la producción y evitar una sobreproducción. En el esquema, termina aumentando más rápido que el consumo de los obreros asalariados. En realidad, con las tasas de acumulación dadas, el consumo ca-

pitalista debería aumentar a un ritmo incluso mayor que el aquí supuesto. Esto se debe a que el esquema supone que el valor de la fuerza de trabajo y su explotación, así como la constitución orgánica del capital, no están sujetos a cambio alguno. Pero con el crecimiento de la acumulación también hay un gran crecimiento del capital fijo a expensas del capital variable. Aquél crece más rápido que éste. Simultáneamente, la productividad del trabajo crece, mientras que el valor del trabajo decrece y la explotación aumenta. Así, el ítem V, bajo las condiciones de acumulación dadas, aumentará más lentamente que lo permitido en las previsiones del esquema; el consumo por parte de los capitalistas necesita aumentar para que la masa de medios de consumo que se producen sea consumida por completo y no tenga lugar ningún tipo de congestión.

Ya Malthus notó la necesidad de un crecimiento del consumo por parte de los explotadores para mantener el equilibrio en el caso de la acumulación del capital. Pudo sacar, a partir de esa conclusión, un argumento sutil a favor de los ladrones ricos, cuyos intereses estaban tan próximos a su corazón. La función de los capitalistas era acumular. La otra función, la de consumir en una escala de rápido aumento tanto como requiera la acumulación creciente, no era comparable con ésta. Había otras clases para hacer eso, tales como los terratenientes, los coutiers, oficiales, etc., que eran despilfarradores profesionales y habían adquirido una facilidad especial en ese arte. Su existencia era necesaria para que la acumulación de capital pudiera avanzar sin problemas.

Se trata, de hecho, de un argumento ingenioso a favor de la necesidad económica del despilfarro por parte de los ricos; sólo, claro, bajo el supuesto de la necesidad del método capitalista de producción en sí mismo. Pero la realidad capitalista desarrolla tendencias que reducen considerablemente esa necesidad de existencia de ociosos de lujo.

Ya hemos visto que para nuestro objeto actual tenemos que considerar no sólo el valor, sino también el valor de uso particular de las mercancías. Debemos ir más allá de la simple distinción entre medios de producción y medios de consumo. Entre los últimos, también debemos discriminar entre artículos de lujo y artículos de consumo masivo. A grandes rasgos, los artículos de lujo pueden considerarse como equivalentes al consumo de los capitalistas, y los de consumo masivo, equivalentes al consumo de los trabajadores asalariados. Pero, dadas las crecientes acumulación y explotación de los trabajadores, el consumo de lujo debe aumentar más rápidamente que el masivo para que la producción pueda continuar sin congestiones. De esta forma, la producción de artículos de lujo debería au-

mentar más rápidamente que la de los artículos de consumo masivo. En realidad, sucede lo contrario. La producción capitalista en gran escala significa producción para consumo masivo. Cuanto más se incrementa el proceso de acumulación, más se desarrolla la producción para el consumo masivo.

Vemos así que surge un antagonismo entre la dirección del consumo y la de la producción, que los despilfarradores ricos cuya ayuda solicita Malthus no pueden superar. Su consumo de bienes de lujo obstruye el desarrollo de la producción capitalista.

Sin embargo, los grandes terratenientes poseedores de sinecuras y los zánganos aristócratas no son los únicos elementos improductivos de la sociedad capitalista. Junto a los grandes consumidores de medios de lujo, la sociedad capitalista también crea numerosos consumidores improductivos de artículos de consumo masivo. Primero y principal, deben considerarse los ejércitos; luego, los sirvientes domésticos. El militarismo se ha convertido en una importante fuerza impulsora del capitalismo, incluso en países que no tienen ejércitos permanentes. En los Estados Unidos, la gran guerra civil de la década de 1860 promovió poderosamente el militarismo, al igual que había sucedido en Inglaterra y Francia con las guerras revolucionarias y las guerras napoleónicas hacia fines del siglo XVIII y comienzos del XIX.

Entonces, ¿por qué los capitalistas no optan por librarse del excedente de los bienes de consumo masivo pagando mayores salarios a los trabajadores? ¿No se sentirían más felices por haber contenido a sus trabajadores? Uno pensaría eso, pero el capitalista piensa diferente. El trabajador es su enemigo. Si aumenta su salario, fortalece a su enemigo y debilita su propio poder. Si, por el contrario, usa la plusvalía excedente para pagar salarios a sus soldados y sirvientes, obtiene apoyos para su poder. Reduce, de hecho, su propia riqueza, pero derrota a sus enemigos internos y externos.

Pero incluso si su conciencia de clase no discurre de esta manera, si tuviera que considerar, como capitalista individual, tan sólo su propio interés, la competencia lo llevaría a mantener en el nivel más bajo posible los costos de producción, de los cuales los salarios también forman parte.

Esta es también, es verdad, una razón para que busque evitar que las cargas militares aumenten tanto estos costos, al menos mientras él tenga que cubrirlos, pagándolos con su plusvalía. Y es sólo hasta este punto que actúan contra la sobreproducción. Las cargas militares que se establecen sobre la clase trabajadora no significan ningún incremento del consumo masivo en general, sino sólo un aumento del consumo masivo por parte del ejército y una disminución equi-

valente del consumo masivo por parte de los trabajadores.

Es diferente con el apoyo del militarismo basado en un impuesto sobre la plusvalía. Pero sólo en el caso de grandes capitalistas el fondo para su consumo no disminuye considerablemente. Los capitalistas más pequeños se ven afectados de forma similar a los trabajadores. Las cargas militares pesadas pueden forzarlos a disminuir su consumo personal o su acumulación de capital. El capitalista se resiste a esto con todas sus fuerzas. Esto se debe a que, cuanto más rápido acumula el capitalista individual, con mayor prontitud se encuentra en posición de derrotar a sus competidores. Y esto se aplica tanto al capitalista individual en comparación con otros como a las naciones capitalistas individuales en sus relaciones recíprocas. El rápido ascenso de los Estados Unidos tiene una de sus causas —y no ciertamente la menos importante— en la ausencia de un ejército permanente.

De esta forma encontramos la contradicción de que el crecimiento del militarismo es, de hecho, muy propicio para la ampliación del consumo de artículos en masa, y por lo tanto para la ampliación de la producción de estos artículos; pero que, por otra parte, es del interés de cada capitalista individual, y de cada nación capitalista, evitar los costos del militarismo tanto como sea posible. Desean producir y vender lo máximo posible para el ejército, y pagar lo mínimo posible.

Así es que la ampliación del consumo masivo a través del militarismo, a pesar de toda la simpatía por el militarismo que pueda tener la burguesía, no es capaz de superar ciertos límites.

Lo mismo puede decirse de los sirvientes domésticos. El desarrollo técnico y el capitalismo no se detienen ante la puerta del hogar. Una tras otra, sus funciones son absorbidas por la producción capitalista en gran escala; la cual, en proporción a sus logros, disminuye el número de personas empleadas.

De esta forma, el capitalismo no crea sólo la tendencia a aumentar la porción improductiva de la población, sino también fuertes tendencias opuestas, que retardan este aumento. De esta forma, el enorme aumento en la producción de bienes de consumo masivo no aumenta proporcionalmente la superficie de su círculo de consumo.

(b) Industria y agricultura

Para entender cómo es posible, a pesar de todo lo antedicho, reconstituir una y otra vez un equilibrio entre la producción y el consumo, es necesario subdividir aún más exhaustivamente las mercancías producidas, de acuerdo con su tipo. A la división entre medios

de producción y medios de consumo, y la división de estos últimos en medios de lujo y medios de consumo masivo, debe añadirse la subdivisión en productos industriales y productos agrícolas.

Al examinar las crisis periódicas, nunca debe dejarse de lado que se trata de un fenómeno industrial. La agricultura puede, de hecho, estar sujeta en ocasiones a crisis, pero nunca coinciden con las crisis periódicas de la industria, y son de un carácter totalmente diferente. La sobreproducción que se manifiesta en las crisis de las que nos ocupamos en este texto, no se ve aumentada, sino aliviada, por una cosecha abundante. La prosperidad, por otra parte, no se ve dificultada, sino fortalecida, por una cosecha abundante. Esto se debe a que una buena cosecha baja el precio de la comida de los trabajadores y otros consumidores, y les permite, con el mismo ingreso, gastar más en los productos industriales. Por otra parte, disminuye el precio de la materia prima, y de esta forma también el costo de producción en la industria y los precios de sus productos. Y eso amplía su mercado.

Al mismo tiempo, una buena cosecha también puede, si los precios de los productos agrícolas no caen demasiado, aumentar el ingreso de los agricultores, y con ello su poder de compra en el mercado de producción industrial. De esta forma, las cosechas abundantes aumentan el consumo industrial. Cuanto más produce la agricultura, menos sobreproducción hay en la industria.

La sobreproducción que irrumpe en crisis periódicas siempre es sobreproducción industrial pura. La industria capitalista se está tornando cada vez más en productora de productos en masa. Incluso aquellos valores que representan plusvalía —y en esta plusvalía representan el fondo de consumo de los capitalistas— los cuales están para ser consumidos como medios de lujo, como tales presentan inicialmente la forma de artículos de consumo masivo, y deben venderse primero como tales, antes de que puedan ser utilizados por los capitalistas en forma de dinero para obtener medios de lujo o para pagar el parasitismo improductivo del lujo.

Los trabajadores asalariados de la industria, nuevamente, crean más valor del que consumen. Pero de lo que consumen, sólo una fracción es producida por la industria. El excedente de los productos industriales masivos que crean por encima de su propio consumo es, por lo tanto, enorme. El consumo de los capitalistas —quienes, en lo que concierne a su consumo personal, utilizan sólo una cantidad relativamente pequeña de la producción industrial en masa— y el consumo mucho mayor por parte de las porciones improductivas de la población que ellos pagan, no es suficiente para absorber este excedente. La población rural debe consumir este exce-

dente para que todo el producto encuentre un mercado. Los pobladores rurales obtienen de la industria no sólo medios de consumo personal, sino también medios de producción: herramientas, maquinaria agrícola, abono artificial, etc. Esto, al tiempo que proporcionan materia prima para la industria y alimentos para los trabajadores industriales, los capitalistas y también para los trabajadores improductivos y los parásitos.

Este intercambio material entre industria y agricultura debe continuar sin interrupción. Para que no se interrumpa el proceso completo de reproducción, la proporción no debe verse alterada aquí más que en lo mostrado en el esquema de Marx entre medios de producción y medios de consumo.

Pero la ampliación de la producción agrícola tiene lugar bajo condiciones bastante diferentes a las de la industria y, particularmente a partir de la introducción de la maquinaria, la diferencia entre las condiciones aumenta más y más. Mientras que la industria es capaz de extender su producción cada vez más rápidamente, la tasa de ampliación de la agricultura siempre se queda por detrás, debido a que tiene que lidiar con organismos vivos, cuyo aumento y crecimiento no puede acelerarse arbitrariamente. En la industria, en cambio, a partir del desarrollo de la maquinaria, la apropiación y el uso del material inorgánico excede más y más la apropiación y uso de cosas orgánicas. Y, dada la etapa alcanzada por la técnica moderna, el uso del material inorgánico puede ser extendido a saltos si se dispone del flujo de fuerza de trabajo extra necesaria.

Asimismo, debe hacerse una distinción en la apropiación y uso del material orgánico, entre material vegetal, que resulta del cultivo agrícola y cuya cantidad puede aumentarse en uno o unos cuantos años extendiendo la superficie de cultivo, y productos animales, cuya cantidad puede aumentarse con dos métodos: utilizando más animales de los cuales se obtienen estos productos, con fines de cría, en vez de matarlos (este método se utiliza en el caso de animales domésticos); o matando un número de animales mayor que previamente. Este es el método utilizado principalmente en el caso de animales silvestres. Lleva a la extinción de los animales y es, de hecho, el destino que espera a muchas especies por el desarrollo de la industria, como por ejemplo los animales de piel, y también las aves con plumaje fino. El primer método es más racional, pero lleva temporalmente a una reducción en la muerte de los animales y, por lo tanto, en el consumo de éstos, en un momento en el que la industria justamente está desarrollando una mayor demanda.

Deben considerarse, por último, los productos forestales, especialmente la madera, cuya ampliación implica un proceso inusual-

mente lento que lleva varias décadas. La industria capitalista no deseará esperar tanto para extender su producción. La consecuencia, por lo tanto, es la destrucción directa de los bosques. Pero de esta forma, en relación con la obtención y el uso de la madera, la industria capitalista se torna independiente de las limitaciones ocasionadas por la ley de reproducción de la madera. A este respecto, lo mismo se aplica a la madera que a los materiales inorgánicos. Su apropiación y uso puede aumentarse a saltos.

Pero esto no se aplica a los productos de la agricultura.

Si se investiga más profundamente, se encuentra que el primer tipo de industria, la que trabaja con materiales inorgánicos y madera, es preponderante en la producción de los medios de producción. El segundo tipo, la fabricación de productos agrícolas, es preponderante en la producción de los medios de consumo personal; al menos, los medios de alimentación y vestimenta. Por supuesto, no sucede esto en la fabricación de muebles y adornos, pero éstos no ocupan una posición de importancia central.

De esta forma, venimos a conocer las causas naturales para la diferencia en la tasa de ampliación de cada uno de los dos grandes grupos de industrias: producción de los medios de producción, y producción de los medios de consumo. Esta última es mucho más dependiente de la agricultura, como abastecedora de materia prima, en comparación con la primera. Como ya se mencionó, esta distinción sólo se hizo sentir a partir de la introducción de la maquinaria. En el siglo XIX, los edificios y la maquinaria jugaban sólo un rol pequeño en la industria. La industria consistía casi enteramente en la producción de productos agrícolas y no podía, debido a su dependencia de las materias primas proporcionadas por la agricultura, desarrollarse más rápido que ésta. En ese entonces, era muy improbable que pudiera tener lugar una desproporción tan profunda como para paralizar toda la vida económica entre la agricultura y la industria, y también entre la producción de medios de producción y la de medios de consumo. Este tipo de desequilibrios se constituyen más fácilmente, y pueden tomar las mayores dimensiones, con el mayor desarrollo de la técnica moderna durante el curso del siglo XIX, la mayor importancia de edificios y maquinaria —elementos de capital fijo en la industria— en relación con la materia prima proporcionada por la industria y los salarios de la clase obrera y, así, en relación con los medios de consumo de la clase obrera, que son en su mayoría proporcionados por la agricultura. Los salarios de los trabajadores y las materias primas constituyen colectivamente los elementos principales de capital circulante.

En tanto la ampliación de la producción agrícola no puede lle-

varse a cabo tan rápidamente como la búsqueda de minerales, piedras, tierras y árboles, el aumento del capital circulante no es tan fácil como el aumento del capital fijo. Hay barreras para aquél que no existen para éste.

Por supuesto, la ampliación del capital fijo depende de la del capital circulante. La construcción rápida de máquinas textiles nuevas, por ejemplo, no tiene uso alguno si las cantidades de algodón y lana que se lanzan al mercado no pueden aumentarse en una proporción similar. Pero dada la anarquía del actual sistema de producción, la construcción de nuevas fábricas de hilado y tejido no depende del aumento de materia prima. Siempre que las máquinas no estén terminadas, es decir, están en proceso de construcción, nadie se perca de si son superfluas o no. Esto sólo se torna evidente cuando comienzan a trabajar, por el aumento del precio de la materia prima. Cuanto más grandes son las máquinas, mayor es su efecto; pero también, cuanto más prolongado es el tiempo requerido para su construcción, más tiempo puede trabajarse en aumentar el capital fijo sin advertir que la materia prima disponible es insuficiente para las máquinas nuevas, y mayor se torna la desproporción entre capital fijo y capital circulante: de esta forma, la adaptación final de las dos partes de capital entre sí asume cada vez más un carácter crítico, mientras que la mayor ampliación del capital fijo experimenta una interrupción temporaria.

La agricultura constituye una barrera para el capital industrial. Actúa no sólo como proveedora de materias primas, sino también como consumidora de productos industriales. Del mismo modo que su producción, su consumo tiene la tendencia a desarrollarse más lentamente que la capacidad de producción de la industria. De hecho, incluso más, mientras en la industria existe la tendencia a un crecimiento estable de su excedente de artículos de uso, en la agricultura, a partir de la introducción de la técnica moderna, la tendencia es hacia la reducción de la población que vive de ella y, por lo tanto, de su consumo personal.

Con la acumulación de capital y el desarrollo de la técnica moderna, surge en todas las ramas de producción la tendencia a un descenso en la cantidad de trabajadores en proporción a una cantidad dada de capital. Pero en la industria, este descenso relativo en la cantidad de trabajadores es más que contrabalanceado por el rápido progreso de la acumulación de capital. En la agricultura, esta acumulación se lleva a cabo mucho más lentamente. Aquí, el incremento de la población trabajadora en una superficie de tierra determinada se hace mucho más lento o incluso, de hecho, se convierte en una reducción, no sólo relativa sino también absoluta.

Este fenómeno tiene ya mucho tiempo en Europa; ahora está comenzando a conocerse también en América. Durante un tiempo, ha sido evidente un descenso relativo de la población rural en proporción a la población de las ciudades. Allí, la población urbana alcanzaba el 29% en 1880, el 36% en 1890 y el 40% en 1900; de acuerdo con las declaraciones provisorias del censo de 1910, durante ese año habrá llegado a un 46%, o casi la mitad de la población.

Pero lo más llamativo sobre el último censo es el hecho de que en los grandes Estados agrícolas de la Unión que más prosperaron, la población ya ha disminuido en términos absolutos, de acuerdo con la información provisoriosa —los números exactos aún no están disponibles— esto es así en Ohio, Indiana, Iowa, Missouri, al igual que en la zona oriental de Kansas y en Illinois.

Si la industria capitalista de un país pretende aumentar su mercado hasta el punto en el cual sus fuerzas productivas crecen mediante la acumulación de capital y el progreso técnico, la extensión cultivada para la cual este país produce debe aumentar continuamente. Ésta es una condición para su supervivencia. Lo necesita para aumentar sus recursos de materia prima y alimentos más rápido que lo que sería posible mediante un incremento natural; pero también para deshacerse de su excedente de productos industriales. Pronto el territorio de su propio país deja de ser suficiente. Debe expandirse hacia otros países agrícolas e importar desde éstos.

La ampliación del mercado puede asumir dos formas: la industria capitalista puede encontrar una extensión de tierra ya ocupada por campesinos o trabajadores rurales. Hasta este momento, éstos habían cubierto su necesidad de productos industriales mediante el trabajo doméstico o con las artesanías locales. La industria capitalista, tan superior técnicamente, al tiempo que desbanca y liquida las industrias primitivas, convierte a los pobladores rurales en meros labradores del suelo, que compran los productos industriales que necesitan en el mismo mercado en el que venden los productos agrícolas que antes consumían ellos mismos. Fue así que las industrias de los países capitalistas de Europa obtuvieron por primera vez su mercado doméstico. Luego, forzaron su avance en el resto de Europa, Asia y, hasta cierto punto, en África, de la misma forma.

El segundo método es el de crear primero una población campesina, cultivando y ocupando con inmigrantes tierra que permanecía hasta el momento sin cultivar, o se encontraba poblada por cazadores y nómades. Donde se adopta este rumbo con un método de producción capitalista altamente desarrollado, estos campesinos de creación nueva son, desde el principio, agricultores puros sin ningún tipo de actividad industrial para la satisfacción de sus necesidades

domésticas.

En menor escala, este tipo de ampliación del territorio del mercado agrario de la industria capitalista aún continúa en numerosos viejos centros urbanos; entre otros en Alemania, y en mayor escala en muchas partes de Asia y Africa; por ejemplo, en Siberia y Sudáfrica. Pero el proceso se está cumpliendo más forzosamente en los dos continentes del Nuevo Mundo,⁷ hasta el momento particularmente en los Estados Unidos. La agricultura, en el tipo de territorio mencionado, es muy magra. Los agricultores, oprimidos durante siglos por el Estado y los grandes explotadores, han sido, por un lado, gracias a su pobreza, obligados a explotar el suelo cada vez más, de forma que éste se torna cada vez menos fértil o requiere cada vez más trabajo para brindar los mismos resultados. Los campesinos de estos distritos son por lo tanto, en su mayoría, muy pobres, y el poder de compra del individuo es muy pequeño. A pesar de esto, estos países constituyen un gran mercado para productos industriales debido a la enorme cantidad de gente que vive en ellos. De esta forma, 125 millones habitan Rusia, 300 millones habitan la India Británica, y más de 400 millones China.

Los campesinos del Nuevo Mundo son bastante diferentes. No muy oprimidos por las cargas del Estado, y sin terratenientes para explotarlos, tienen que tratar con suelo virgen no exhausto, cuyos grandes rindes requieren al inicio menos trabajo cuanto más desconsiderada es la explotación que se lleva a cabo. Esto produce un campesinado próspero que puede consumir una gran cantidad de productos industriales. El rápido aumento de este campesinado se ha convertido en una de las condiciones más importantes del enorme crecimiento de la industria norteamericana.

La ampliación del mercado para la industria capitalista por medio de estos dos métodos inicialmente sólo progresó lentamente. Los productos de la agricultura son, en proporción a su valor, muy voluminosos y pesados, y no pueden soportar grandes costos de tránsito. Así y todo, deben llegar al mercado para que el campesino pueda comprar los productos de la industria. No puede comprar hasta que no haya vendido. Pero durante un largo tiempo, no hubo otro medio de transporte barato que los barcos de carga. Además de una extensión de tierra determinada, muy limitada, el mercado para los productos agrícolas y, por lo tanto, para los de la industria capitalista, sólo podía ampliarse a lo largo de la costa marítima y a lo largo de los ríos navegables. Sólo se produjo un cambio tiempo después del auge de la maquinaria, en Inglaterra, en la década de 1820, y poco después en el resto de Europa, donde, de hecho, la construcción de los ferrocarriles sólo adquirió importancia en la década de 1850.

Al mismo tiempo que en Inglaterra, comenzó la construcción de ferrocarriles también en los Estados Unidos, y los ferrocarriles permitieron a los capitalistas, por primera vez, abrir su mercado doméstico completamente a la agricultura, y luego extender más y más rápidamente los mercados del mundo.

De acuerdo con todo esto, vemos que la incapacidad de los obreros asalariados para consumir su propio producto, provocada por condiciones capitalistas, se convierte en el punto de inicio para las más diversas tendencias al aumento del uso de productos industriales masivos por fuera de las filas de los trabajadores asalariados, tendencias que, sin embargo, engendran tensiones que trabajan contra ellas mismas y, finalmente, las superan. El crecimiento estable del consumo por parte de las masas bajo el método capitalista de producción es una condición indispensable de vida para ellas. Pero este proceso no es una línea recta, sino que es un proceso dialéctico. Y las tendencias hacia la ampliación de la industria, así como hacia la ampliación del consumo masivo no se mueven, de ninguna manera, en líneas paralelas o al mismo ritmo; siempre entran en colisión entre sí, lo que constituye el punto de inicio para crisis con raíces extremadamente profundas.

(c) Capital fijo y capital circulante

En las observaciones precedentes nos hemos alejado un poco del libro de Hilferding. Él sólo menciona la "base estrecha del consumo" como causa de las crisis, pero no la trata en detalle. Esto no puede ser considerado un defecto. Es natural que dirija su atención principalmente al factor sobre el cual tiene algo para decir, y que resulta realmente de importancia decisiva sobre el carácter periódico de las crisis. Los factores apenas descriptos prueban, de hecho, la inevitabilidad de las crisis en el método capitalista de producción a partir del auge de la maquinaria, pero no explican aún la forma que comienza con estancamiento, pasa a través de un período de prosperidad, luego un boom y finalmente acaba con un colapso más o menos abrupto.

Éste fue el fenómeno que Hilferding se propuso explicar, y ciertamente no se ve explicado por la anarquía y el subconsumo prevalentes, incluso si los concibe en una forma mucho más simple que la que ha venido siendo considerada hasta el momento. Aquí el papel decisivo lo juega la diferencia, previamente sólo mencionada casualmente, entre el capital fijo y el circulante.

Es imposible reproducir aquí la teoría de Hilferding en todos sus detalles, no sólo por razones de espacio sino también porque eso requeriría un conocimiento previo de los factores que Hilferding examina en las primeras trescientas páginas de su libro. Sólo intentaré pre-

sentar el rol jugado por el capital fijo en la naturaleza periódica de las crisis, de la manera más simple posible para lograr su comprensión sin ese conocimiento.

Si observamos cualquier emprendimiento industrial capitalista —por ejemplo una hilandería—, encontraremos que este capital exhibe dos tipos de retorno. Una parte del capital se consume completamente en todo proceso de trabajo, y su valor reaparece completamente en el valor del producto de este proceso. Por ejemplo, en el algodón de hilado que se produce en un día, reaparece el valor de los salarios diarios, del algodón consumido en un día y del carbón. Es diferente lo que sucede con las máquinas y los edificios de la fábrica. Estos son utilizados durante años. No dan todo su valor al producto individual, sino sólo una pequeña parte, que corresponde al precio de su depreciación. No es hasta que están completamente usados y deben ser reemplazados por otros nuevos que su valor ha pasado completamente al valor de los productos totales creados con su ayuda.

El capital del primer tipo se denomina capital circulante, el del segundo tipo capital fijo.

Cada uno de estos dos tipos de capital brinda un tipo diferente de retorno. Si el hiladero vende su producto, digamos, semanalmente, a cambio de dinero, obtiene de regreso su capital total gastado durante la semana en salarios, algodón y carbón. Si también puede obtener semanalmente el algodón y el carbón, de manera de no estar obligado a mantener una gran provisión, necesitará su capital circulante sólo en una 52ava. parte de la suma total de dinero que gasta como tal durante el transcurso del año. Deberá ser algo mayor si necesita un capital de reserva en caso de problemas casuales. Si, por ejemplo, aumenta el precio del algodón, éste no es ya suficiente para reemplazar el capital circulante previo. Si la producción continuará en la misma escala, se necesita un capital adicional, sin el cual la ampliación del trabajo debería reducirse.

Por supuesto, la cantidad de capital que el capitalista aplica a la producción como capital circulante deberá ser mayor cuanto mayores sean los suministros que deben acumularse, o mayor el tiempo que transcurre entre la conclusión del producto y su remuneración —es decir, cuanto mayor sea el tiempo de retorno del capital circulante.

De todas maneras, independientemente de cuán lento pueda ser, el retorno del capital fijo será mucho más lento; implica siempre el tiempo de varios retornos del capital circulante.

Si los costos de salarios, materia prima y auxiliares requieren semanas o meses para retornar en el precio recibido por los productos, los costos de los edificios de la fábrica y la maquinaria requieren años.

El capitalista necesita, como capital circulante, una suma de dine-

ro que es, por regla, muchas veces menor a la que gasta como tal en un año. Pero como capital fijo, debe invertir una suma en el proceso de producción que es muchas veces mayor que la que le retorna en el transcurso del retorno de su capital circulante, como sustituto para el capital fijo en el precio de sus productos. Los desarrollos técnicos tienden especialmente a extender el capital fijo y a disminuir, por otra parte, el capital circulante, al tiempo que aceleran el proceso de circulación mejorando los medios de comunicación, de forma que el industrial pueda mantener una cantidad menor de almacenes y pueda vender su producto más rápidamente. El capital fijo también crece relativamente en la medida en que el capital constante aumenta más rápido que el capital variable. Pero éste constituye una porción importante del capital circulante. El capital fijo tiene, por lo tanto, la tendencia a crecer a una tasa mayor que el capital circulante, y a superarlo cada vez más.

Finalmente, para poder reemplazar el capital fijo, el capitalista debe estimar y separar, del total que ha realizado con el producto vendido, la porción de valor que representa el valor del capital fijo ya consumido, hasta que el monto haya alcanzado el nivel de valor del capital fijo, y pueda servir para obtener nuevo capital fijo en lugar del que ha sido consumido. Debe hacer lo mismo con la porción de valor del precio del producto que representa capital circulante: no gasta de una vez el dinero que recibe a cambio de los productos vendidos, sino que lo deja separado para obtener a cambio, de tanto en tanto, provisiones nuevas de materias primas y auxiliares, para pagar salarios y llevar a cabo las operaciones de negocios hasta que se vuelvan a vender y cobrar productos nuevos. Pero la suma de dinero necesaria será menor que la suma que debe acumularse para la renovación total del capital fijo, y no permanecerá, ni por cerca, tanto tiempo sin ser usada como la suma para la renovación del capital fijo. Aún estamos dejando de lado el crédito y el sistema bancario, pero si el capital fijo se renueva, una suma de dinero mucho mayor fluye al mercado, aumentando por lo tanto la demanda de ciertos productos de la industria en niveles mucho más altos que las sumas de dinero que se gastan constantemente en intervalos cortos para renovar el capital circulante.

Supongamos que se construye una hilandería nueva. Se necesitan, de repente, máquinas, soportes de acero para los ladrillos, una cantidad de fuerza de trabajo, constructores y trabajadores metalúrgicos especializados; se gasta mucho capital. Cuando se termina la fábrica, ninguno de estos trabajadores sigue siendo necesario. Ahora la fábrica lleva a cabo sus funciones de manera regular, excepto en los casos de problemas accidentales: siempre el mismo número de trabajadores, la misma cantidad de materia prima y carbón. Esto continúa año tras año, hasta que las máquinas se tornan viejas o se las ha usado al límite. To-

memos el caso extremo de que incluso el edificio de la fábrica se haya tornado inútil, debido, digamos, a nuevos inventos que implican un tipo diferente de edificio. Además de la fábrica vieja, se construye una nueva, con nuevas máquinas, lo que nuevamente provoca la circulación de una gran cantidad de dinero "entre la gente" y emplea una cantidad de trabajadores. Estos, a su tiempo, vuelven a tornarse superfluos.

Ahora vemos que el movimiento del capital circulante es bastante diferente al del capital fijo. El primero tiene la tendencia a permanecer más o menos igual, a repetirse ininterrumpidamente. Las interrupciones que puedan tener lugar en este proceso no se engendran a partir de su propia naturaleza. El movimiento del capital fijo, por otra parte, es intrínsecamente espasmódico, de una naturaleza crítica. El capital fijo se introduce en el proceso de producción de una vez y en gran cantidad; luego brinda un retorno excesivamente lento, para aparecer nuevamente, tras varios años, en grandes cantidades en el mercado y estimular la producción. Junto a las causas de las crisis que hemos tratado en los capítulos precedentes, surge una nueva, forzada a retornar periódicamente. Aquí, la crisis es un producto necesario del retorno del capital fijo.

Aquí encontramos el último motivo para el carácter periódico de las crisis a partir de la era de la maquinara, debido a la preponderancia del capital fijo en la industria.

Pero aquí, también, se necesitan muchos enlaces intermediarios antes de que podamos avanzar desde la causa última hasta el fenómeno que aparece en la superficie.

Si la producción estuviera organizada de acuerdo con un plan, y si pudiera tenerse en cuenta sólo a un círculo determinado de consumidores, entonces la extensión y la renovación de los medios de producción que actúan como capital fijo podría muy bien arreglarse de forma que este proceso, al igual que en el caso de los medios de producción que representan capital circulante, fuera un proceso estable y sin interrupciones.

Por otra parte, el método de ampliación y renovación del capital fijo puede aproximarse muchísimo al arriba descrito en el caso de una única fábrica: cuanto más la proporción entre la producción y el consumo es ocasionada sólo por el aumento y la caída de precios y ganancias, y cuanto menos suficiente es el consumo por parte de la población de los Estados capitalistas para usar su propia producción industrial, más se torna necesario buscar este consumo más allá del círculo de su población y aumentar la masa de consumidores con métodos que trabajan por aproximación; por último, dan lugar a la reacción y convierten a la ampliación del consumo industrial en un proceso que es cada vez menos capaz de ser mirado como un conjunto.

Notas

1. Este trabajo apareció en el tercer volumen de *Marx-Studien*, publicado por Max Adler y Rudolf Hilferding, Viena, 1910.
2. Rudolf Hilferding, nacido en Viena el 11 de febrero de 1877, está considerado por muchos uno de los mayores teóricos de la socialdemocracia alemana de principios del siglo XX. En 1910 publicó *El capital financiero*, libro que comenta Kautsky en este artículo. En 1918 tomó parte en la llamada Revolución de Noviembre, cuando el desastre alemán en la I Guerra Mundial produjo una sublevación de soldados y obreros, que constituyeron consejos (soviets) y se encaminaban hacia la toma del poder. El Partido Socialdemócrata Alemán (PSD) aplastó la revolución en curso y fue la fuerza política decisiva en la instauración de la República de Weimar. Hilferding más tarde volvería a las filas del PSD y sería ministro de Economía en 1923, y entre 1928 y 1929. En 1933, después de la victoria de Hitler, se exilió primero en Zurich y luego en París, donde fue asesinado por la Gestapo en 1941 (N. del T.).
3. Literalmente, sistema de "sacar punta". Es la optimización, impulso e intensificación del trabajo y de los procesos industriales para aumentar las ganancias (N. del T.).
4. Más adelante, el propio Kautsky aclara que Hilferding llama "ganancia del fundador" al beneficio obtenido por quienes aportan el capital inicial para la creación de una empresa. Ver página 59 (N. del T.).
5. Hilferding, Rudolf; *El capital financiero*. Editorial Tecnos. Madrid, 1985, páginas 247-248
6. Idem, pág. 33. Destacado por Hilferding.
7. Idem, págs. 43-44.
8. *Memento mori*: alocución latina que significa "recuerda que morirás" (en latín en el original, N. del T.)
9. América es considerada como dos continentes separados (América del Norte y Latinoamérica) para el mundo anglosajón (N. del T.).

La crisis de 1929 y la Gran Depresión de la década del '30

Oswaldo Coggiola

En una nota sobre la llamada "crisis financiera" de 2008, la revista inglesa *The Economist* dijo que, si sustituimos las palabras "acciones" y "activos" por "casas", cualquier descripción de la crisis económica de 1929 podría ser usada para la crisis actual. Las semejanzas, de hecho, saltan a la vista: los bancos, así como en la crisis de 1929, empezaron a rechazar pedidos de préstamos que tengan casas como garantía (en lugar de acciones como en 1929), y con esto muchos tuvieron que vender sus casas para pagar hipotecas que no podían pagar. Con las casas cayendo de precio estalló la "burbuja inmobiliaria" en un corto lapso de tiempo. Pero *The Economist* tranquilizó a sus lectores: entre 1929 y 1933, el PBI americano cayó más de un cuarto, lo que hoy estaría descartado; el desempleo llegó en la década de 1930 hasta el 25% (con muchos de los empleados trabajando en tiempo parcial y recibiendo un salario también parcial) y, según el autor de la nota, hoy el desempleo podría llegar como máximo sólo al 10%.

Expansión y crisis

La analogía histórica es útil apenas como una ayuda para entender la especificidad de cada situación concreta. El epicentro de la cri-

sis de 1929 fueron los Estados Unidos, como hoy, pero por razones diferentes: en aquel año, los Estados Unidos culminaban un período histórico de ascenso como potencia capitalista más avanzada. Entre 1870 y 1929, el producto industrial de los Estados Unidos se cuadruplicó: masas enormes de capitales y tecnología avanzada explican eso. Pero también la excepcional disposición de fuerza de trabajo, en primer lugar de origen rural (debido a las crecientes dificultades de la pequeña producción agrícola); y después, inmigratoria (entre 1820 y 1920 ingresaron al país unos 32 millones de inmigrantes).

La "burbuja especulativa" de los precios fue la primera señal. Para los análisis estrictamente coyunturales, a partir de marzo de 1928 se inició un boom "puramente especulativo". La ley de la oferta y la demanda regía la Bolsa, pero John K. Galbraith afirmó que la influencia de algunas grandes firmas fue decisiva. Las declaraciones optimistas de los "hombres de negocios" sustentaron el alza especulativa. Los grandes "capitanes de la industria" afirmaban en alta voz su esperanza en el futuro de la actividad económica y, por lo tanto, de las ganancias. Sin embargo, el 12 de junio de 1928 se verificó un primer retroceso de la Bolsa de Nueva York: ese día más de 5 millones de acciones cambiaron de manos. Se registraron caídas de 23 puntos. Pero el alza recomenzó a partir de julio, y la campaña para las elecciones presidenciales se apoyó en promesas de prosperidad: los republicanos afirmaban que la elección del candidato demócrata marcaría "el advenimiento de una depresión en 1929". El republicano Herbert Hoover fue electo por la gran mayoría y la Bolsa acogió la victoria republicana con una nueva alza de los precios de las acciones.

Se hicieron empréstitos en los bancos para comprar títulos en la Bolsa y, ante la creciente demanda, los establecimientos bancarios de Nueva York prestaban a muy corto plazo, a tasas de interés del 12%, tomando prestado al 5% de la Reserva Federal. Todo el mundo ganaba y la euforia se difundía con la credulidad general. Los agentes de cambio prestaban a sus clientes aceptando como garantía los títulos comprados...

La crisis de 1929 fue, como la actual, una "crisis anunciada". Después de la Primera Guerra Mundial, hubo un aumento general de la demanda, que concluyó en 1920, cuando los precios comenzaron a caer (llegando al 70% de caída en 1929 en Canadá¹): 50% el trigo, 40% el algodón, 80% el maíz, en los Estados Unidos. La crisis agrícola golpeaba, especialmente, a los pequeños y medianos agricultores: la renta agrícola cayó de 16 al 9% de la renta nacional. La migración hacia las ciudades se acentuó, los precios industriales aumentan debido a la política proteccionista (generalizada en todos los países

industrializados): el marasmo agrícola fue, en los años 20, un factor de desequilibrio de la *prosperity* americana. Creció también la concentración del comercio minorista: la Great Atlantic Pacific Tea pasó (en seis años) de 5.000 a 17.500 tiendas; las cadenas de tiendas vendían 27% de los alimentos, 30% del tabaco, 27% de la vestimenta. Al final del proceso, ocho grupos financieros detentaban el 30% de la renta nacional: la banca Morgan (que controlaba General Electric, Pullman, US Steel, Continental Oil, AIT, etc.), Rockefeller (6,6 mil millones de dólares en activos), Kuhn y Leeb (10,8 mil millones), Mellon (3,3 mil millones), Dupont de Nemours (2,6 mil millones). Se constituyeron también redes de acuerdos internacionales, especialmente con empresas alemanas: Dupont de Nemours y IG Farben, General Electric con Siemens y Krupp, General Motors y Opel.

En la década de 1920, la prosperidad de los Estados Unidos tenía características específicas: la reducción del control estatal sobre la economía llevó al renacimiento del liberalismo económico (que ya estaba muerto en Europa), el aumento en la tasa de acumulación de capitales, el crecimiento demográfico (de 106 millones a 123 millones de habitantes), el estímulo a la expansión del crédito. El crecimiento interno de Estados Unidos fue acompañado por el reforzamiento de su posición hegemónica mundial; en 1926-1929 el país era responsable por el 42,2% de la producción mundial de productos industriales y el primer productor mundial de carbón, electricidad, petróleo, acero y hierro fundido, acumulando superávit en su balance de pagos debido a su condición de primer exportador mundial. Fue durante esa fase de prosperidad que ocurrió también la gran expansión de la exportación del capital norteamericano; aunque la transición del país de deudor a acreedor no fuese tan abrupta, la velocidad con que realizó inversiones en el exterior no tuvo paralelo con la experiencia de ningún otro país acreedor. Gran parte de esto tomó forma de inversiones directas a través o bajo el control de compañías norteamericanas.

La prosperidad estaba lejos de ser compartida. Las desigualdades se profundizaron durante la década de 1920, el crecimiento del mercado no acompañó el ritmo de la producción, creando una acumulación de *stocks* que sólo podrían ser comercializados mediante el recurso cada vez más intenso de financiar el consumo. Los agricultores comenzaron a almacenar cereales. Tuvieron que pedir préstamos a los bancos, ofreciendo sus tierras como garantías. Las industrias se vieron forzadas a desacelerar el ritmo de producción y, consecuentemente, a despedir miles de trabajadores, lo que afectó aún más al mercado de consumo. La tasa de ganancia se mantuvo baja, los capitales se agotaron paulatinamente: la crisis influiría todos los

sectores, incluido el mercado de valores. Además, la política de inversión de los Estados Unidos en el extranjero, elemento clave de su expansión en la década de 1920, se asentaba sobre bases precarias. Los significativos préstamos para Europa fueron hechos a largo plazo. Los resultados serían desastrosos para la producción y el comercio exterior, especialmente para Estados Unidos, que se verían al mismo tiempo sin capital y sin clientes para sus exportaciones. Durante la Primera Guerra Mundial, la economía norteamericana estaba en pleno desarrollo. Las industrias de Estados Unidos producían y exportaban en grandes cantidades, principalmente a países europeos. Después de la guerra, el panorama no cambió, porque los países europeos estaban volcados a la reconstrucción de las industrias y ciudades, y necesitaban mantener sus importaciones, principalmente de Estados Unidos. La situación comenzó a cambiar a finales de la década de 1920. Reconstruidas, las naciones europeas disminuyeron drásticamente la importación de bienes industriales y agrícolas de Estados Unidos. Con la disminución de las exportaciones a Europa, las industrias norteamericanas comenzaron a aumentar el *stock* de productos, porque ya no conseguían vender como antes. Gran parte de estas empresas poseía acciones en la Bolsa de Valores de Nueva York, y millones de norteamericanos habían invertido en estas acciones. Era el llamado "capitalismo popular".

Una crisis anunciada

En 1929, en vísperas de la gran crisis, 200 sociedades tenían el 50% del capital comercial e industrial, apenas 2.000 individuos controlaban el 20% de la riqueza nacional. El "taylorismo" había aumentado la productividad industrial de 25 a 30% durante la década. El costo de la mano de obra, por lo tanto, cayó a pesar del aumento de los salarios reales (que aumentaron en promedio un 22% entre 1922 y 1929). Una política de altos salarios en las industrias más concentradas amplió el mercado de consumo. En los años '20, también se generalizó la venta a crédito, que ya abarcaba el 15% del comercio minorista en 1929. La publicidad y la propaganda se convirtieron en un "departamento" de producción separado, con un consumo, en 1929, del 2% de la renta nacional. Estados Unidos creó, ya en la década de 1920, el tipo de capitalismo que se generalizaría en el mundo después de la Segunda Guerra Mundial.

En la década de 1920, también, Estados Unidos se transformó en el gran acreedor mundial, mediante la suscripción de más de 5 mil millones de dólares en títulos extranjeros. Al mismo tiempo, tenía 3 mil millones de dólares en inversión directa en el extranjero (de los

cuales 602 millones fueron realizados sólo en 1929), con filiales en el extranjero de las grandes empresas, e incluso la formación de sociedades que operaban en el exterior y de participación en empresas extranjeras. En 1925, Estados Unidos sustituye a Inglaterra como el gran centro financiero internacional.

La década fue expansiva: la producción de carbón aumentó un 20%, la de petróleo 80%, 100% la electricidad. El índice de producción industrial aumentó, de 58 en 1921, a 99 en 1928, la renta nacional de los Estados Unidos pasó de 59,5 mil millones de dólares a más de 87 mil millones de dólares entre 1921 y 1928, con saltos espectaculares en algunos sectores: automóviles (con la producción de 5,3 millones de unidades al año: 26 millones de los 35 millones de automóviles del mundo se encontraban en Estados Unidos), cuya industria empleaba a más del 7% de los asalariados y pagaba casi el 9% de los salarios (sin incluir las estaciones de gasolina, talleres, garajes, etc.); la industria de equipos eléctricos se triplicó, con la radio se pasó de un ingreso de 10 a 412 millones de dólares entre 1922 y 1929; la construcción aumentó en un 200% (la mitad sólo en Nueva York); se duplicó la industria química; la del caucho aumentó un 86%; el hierro y el acero, el 70%. La concentración aumentó aún más rápido, de 89 fusiones en 1919 a 221 en 1928. En 1926, la US Steel controlaba el 30% de la producción de acero; en 1903 había 181 fabricantes de automóviles, en 1926 sólo 44: las tres principales (Ford, General Motors, Chrysler) controlaban el 83% de la producción. La distribución de los ingresos acompañó el proceso: 1% de la población poseía el 14,5% de la renta nacional y el 5% tenía el 26% del ingreso (entre 1923 y 1929); el PBI también aumentó en este período el 23% y la rentabilidad del capital aumentó un 62%.

A partir de 1925, a pesar de toda la euforia, la economía norteamericana comenzó a tener problemas serios. Mientras que la producción industrial y agrícola se desenvolvía a ritmo acelerado, los salarios quedaban desfasados. Como resultado de la progresiva mecanización de la industria y la agricultura, el desempleo fue creciendo considerablemente. Y después de recuperarse de las pérdidas de la guerra, los países europeos empezaron a comprar cada vez menos a Estados Unidos y a competir en los mercados internacionales. Por falta de clientes externos e internos, comenzaron a "sobrar" enormes cantidades de mercancías en el mercado norteamericano, diseñando así una crisis de sobreproducción.

Los síntomas de la crisis ya habían aparecido a principios de 1929 (con una leve caída de la Bolsa de Nueva York), la producción industrial americana había comenzado a caer a partir de julio de ese año, causando un período de recesión económica leve. En septiem-

bre ocurrió la caída de la Bolsa de Valores de Londres. En agosto, la tasa de interés fue elevada del 5 al 6%, en un intento de reducir el volumen de crédito, pero ya era demasiado tarde. La orgía de ganancias estalló, finalmente, el 24 de octubre de 1929: las cotizaciones de la Bolsa de Valores de Nueva York se hundieron un 50% en un solo día. Estos precios se estabilizaron a lo largo del fin de semana, para caer en picada nuevamente el miércoles 28 de octubre. Muchos inversores entraron en pánico. De repente, unas 16,4 millones de acciones se pusieron a la venta el jueves 29 de octubre, el "Jueves Negro". El exceso de acciones para la venta y la falta de compradores hicieron que los precios de las acciones cayeran en un 80%. Hasta el fin del mes siguieron nuevos derrumbes de precios y una ola de quiebras. Miles de accionistas perdieron, literalmente de la noche a la mañana, grandes sumas de dinero. Muchos perdieron todo lo que tenían.

El 17 de mayo de 1930, el gobierno de los Estados Unidos aprobó el acta tarifaria de Smoot-Hawley, que aumentaba los aranceles a cerca de 20 mil artículos no perecederos del extranjero. El Congreso norteamericano votará una ley a favor del aumento impositivo. Una petición, firmada por un millar de economistas, solicitó al Presidente que rechazara este aumento. Sin embargo, Hoover firmó la ley. El Congreso y el Presidente decían que esto podría reducir la competencia de productos extranjeros en el país. Sin embargo, otros países respondieron mediante la adopción de leyes y actos similares, lo que causó un descenso brusco en las exportaciones americanas, desencadenando una guerra comercial.

De esta "guerra" surgirán las devaluaciones competitivas de las monedas y los controles de cambio. En 1931-1932, Inglaterra, Canadá, los países escandinavos y Estados Unidos abandonaron el patrón oro; en 1936 se unieron a ellos Holanda y Bélgica, y, finalmente, Francia. Los países del bloque oro se negaron, después de 1933, a recurrir a la devaluación, a pesar de un estancamiento más pronunciado de sus economías, en relación con aquellas regidas por la libra esterlina o el dólar. Sólo adoptaron políticas deflacionarias que tendían no solamente a reducir los costos de producción, sino también a profundizar la depresión o retrasar la reactivación económica. El resultado fue, por lo tanto, aún más brutal. El fracaso de la Conferencia de Londres, que mostró solamente la ausencia de la cooperación internacional, abrió la puerta a las devaluaciones en serie. Cuando éstas se mostraron incapaces de frenar el éxodo de capitales, se recurrió al control de cambio. Como ha señalado Maurice Niveau: "La marcha hacia la economía de guerra estaba iniciada".

Pero la devaluación no solamente se mostraba incapaz de dete-

ner la fuga de capitales sino, inclusive, la reforzaba. En Europa, varios países se sumaron a la devaluación y al control de cambio. La Alemania de Hitler decretó subvenciones diferenciales para la exportación, acuerdos con derogación de la paridad, etcétera. Pudo así mantener una moneda sobrevaluada, que imponía generalmente sus condiciones en los acuerdos bilaterales concertados con los países de Europa central. El comercio exterior de Alemania disminuyó, sin embargo, entre 1929 y 1935. Después de haber permanecido fiel al oro y teniendo, por tanto, una moneda sobrevaluada, Francia no podía recurrir al control de cambio, pero fijó cuotas para las importaciones a fin de reducir el desequilibrio externo. La disminución del comercio exterior fue, con todo, del mismo orden que para Alemania, pero mucho más importante para el mundo.

Si la crisis de 1929 era sólo coyuntural, contrariamente a las crisis anteriores, asumía proporciones y acarrea consecuencias totalmente nuevas. La crisis de la Bolsa de Wall Street acarreó inexorablemente el desmembramiento de todo el aparato de crédito sobre el cual vivía la economía americana. Al mismo tiempo, el retiro de los créditos norteamericanos de corto plazo resultó, en 1931, en un desmoronamiento financiero de Europa central y la imposibilidad para Gran Bretaña de honrar sus compromisos externos. Las altas tasas de interés en Estados Unidos fueron uno de los factores que extendieron la Gran Depresión a Europa. Los países europeos, especialmente aquéllos que utilizaban el patrón oro para mantener un tipo de cambio fijo con Estados Unidos, se vieron obligados a aumentar drásticamente sus propias tasas de interés, dando lugar a una reducción del gasto de los consumidores, con grandes caídas en la producción industrial.

De la crisis a la depresión

El comercio mundial se vino abajo, se redujo a un tercio de su valor entre 1929 y 1933. El colapso fue debido, en parte, a la caída a la mitad de los precios oro mundiales. Los índices de producción industrial en los principales países cayeron en la misma proporción (50%). De eso resultó un número enorme de desempleados: de 12 a 15 millones en los Estados Unidos, 6 millones en Alemania, 3 millones en Gran Bretaña, en Checoslovaquia había casi un millón de desempleados en una población de 13 millones de habitantes. La situación fue peor, aunque no mensurable en cifras tan precisas, en los países menos conocidos que vivían de la exportación de materias primas, ahora invendibles. La crisis de 1929 difería de una crisis cíclica del tipo clásico en que no se resolvería "por sí sola", como las pre-

cedentes, y llegará a profundizarse al punto de constituir una preocupación esencial de los gobiernos y ser muy influenciada en forma directa por las diferentes políticas nacionales.

Las quiebras bancarias efectivas en la época del colapso de la Bolsa de Valores fueron escasas, una vez que las diferentes instituciones financieras trataron de ampararse mutuamente contra las consecuencias de la contracción. Pero estas medidas dependían de la buena voluntad tácita de todos los interesados y la extensión y duración de la crisis tendían a socavar esta inclinación supuestamente "altruista". Más allá de eso, la estabilidad del sistema dependía de la cooperación internacional. Alemania, en particular, necesitaba la ayuda y la indulgencia de otros países y, en la década de 1930, ya no podía contar con una asistencia sustancial. Además de la dificultad creada por los problemas de sus propios acreedores, había desconfianza en la estabilidad política de Alemania, y la negativa de Francia de aliarse a Estados Unidos e Inglaterra para apuntalar las finanzas y la economía alemanas.

Las primeras medidas realmente eficaces contra la depresión fueron adoptadas en diferentes países a partir de 1932-1933. Estas políticas económicas, adoptadas casi al mismo tiempo por Roosevelt en Estados Unidos y por Hjalmar Schacht en la Alemania nazi, fueron, años más tarde, teorizadas por Keynes en su obra clásica *Teoría general del empleo, el interés y el dinero*. Como dice Michel Beaud: "Ante una salida capitalista a la crisis que imponía enormes sacrificios a la clase obrera y corría el riesgo de dar lugar a enfrentamientos perturbadores, Keynes proponía otra salida capitalista que, mediante una reanudación de la actividad, posibilitase reducir el desempleo, sin diluir el poder adquisitivo de los trabajadores. En ese sentido, treinta años después del Five Dollars Day de Ford, Keynes esbozó una teoría económica que permitirá justificar las nuevas políticas, a través de las cuales se procuraba, y en parte conseguía, la integración del mundo del trabajo en la sociedad capitalista".

Las diversas políticas poseían un fondo común: la intervención del Estado para resolver los problemas económicos, el fortalecimiento de su papel en donde la intervención ya era tradicional (Alemania y Japón) y su intervención donde persistía una tradición liberal, como en Estados Unidos e Inglaterra. A pesar de que las variantes de la política de intervención fuesen de carácter nacional, algunas medidas fueron comunes: el proteccionismo aduanero, la devaluación monetaria, los subsidios gubernamentales a empresas privadas y el aumento del gasto público. En Estados Unidos, específicamente, el New Deal significó una serie de medidas intervencionistas para paliar la crisis, atendió a varios sectores y poseyó un sentido de urgen-

cia, no de cambios estructurales, como expresó claramente Roosevelt. Su aplicación hizo a la economía norteamericana retornar a sus niveles anteriores a 1929, en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, aunque el desempleo no fue extinguido, y persistió una cifra de más de ocho millones de desempleados en 1940. Esto sólo se resolvería con el pasaje a una economía de guerra.

Más allá de su motivación inmediata, más o menos inconsciente, estaba en curso un cambio, o mejor, un redireccionamiento de la función del Estado capitalista, ante el cual el pensamiento marxista se inclinaría posteriormente. Para enfrentar los efectos perjudiciales, el Estado posterior a 1929 ya no se podría limitar a garantizar y proteger sino que debía imponerse directamente la tarea de universalizar la forma de mercancía, como la única condición de estabilidad de los dos componentes fundamentales de la sociedad capitalista: la "política" y la "economía".

Hubo otro factor "nuevo" en 1929. Las crisis industriales del pasado asumían mayor gravedad cuanto mayor era el lugar ocupado en la economía por el sector industrial. En una nación todavía agrícola, buena parte del personal de la industria conservaba sus vínculos rurales y, en los días "malos", podría volver al campo. Ahora, sin embargo, no sólo el sector agrícola estaba demasiado restringido para actuar como una válvula de seguridad, sino que la propia agricultura, trabajando cada vez más para el mercado y no para sustentar directamente a la población agrícola, era la actividad más sacudida por la depresión. Un aspecto original de la crisis de 1929 constituyó el alcance y la agudeza de la depresión agrícola. La transformación capitalista del campo lo hizo entrar de lleno en la crisis, con repercusiones generales: la situación de los bancos se vio agravada por el hecho de que muchos de ellos habían prestado grandes sumas de dinero a los agricultores. Después del inicio de la crisis, estos agricultores se volvieron incapaces de pagar sus deudas, lo que provocó la caída de los beneficios de los bancos. Entre 1929 y 1933, los precios de los productos manufacturados no perecederos cayeron un 25%. El precio de los productos agrícolas cayó cerca de un 50%, a causa del excedente de producción, especialmente de trigo². Los depositantes, temiendo una posible quiebra de sus bancos, retiraron sus depósitos. Un total de 14 mil bancos cerraron durante toda la década.

Las acciones estaban sobrevaloradas, el crecimiento reciente había sido especulativo. Los enormes desequilibrios se habían acumulado entre la capacidad de producción y la de consumo, en el comercio con el resto del mundo (especialmente en Europa), y la exacerbación de la crónica crisis agraria.

Los bancos redujeron el crédito. Miles de empresas entraron en

quiebra (22.900 en 1929, 31.800 en 1932). La venta a crédito desapareció. La producción industrial cayó un 45% (69% en las industrias básicas). Resultado: los beneficios se hundieron, en Estados Unidos, de 2,9 mil millones de dólares en 1929 a 657 millones en 1932; el ingreso nacional bajó de 87,4 mil millones de dólares en 1929 hasta 41,7 mil millones en 1932; la masa salarial cayó de 50 a 30 mil millones de dólares; los precios cayeron un 30% en promedio (50% los precios agrícolas); los ingresos agrícolas cayeron un 57% entre 1929 y 1932; el desempleo se disparó de 1,5 millones en 1929 a 12,8 millones en 1933, cuando alcanzó el 25,2% de la fuerza laboral. Con una caída en el comercio exterior que rondaba el 70%, Estados Unidos no fue, sin embargo, el único país que sufrió un desempleo masivo. A nivel mundial, los desempleados se calculaban en 10 millones en 1929, 30 millones en 1932 (una cifra que se duplicaría si se considera el subempleo); Alemania pasó de 2,5 millones de desempleados en 1929 a 6 millones en 1932. El capitalismo reveló un sistema de destrucción de las fuerzas productivas incompatible con la supervivencia física de la mayoría de la población.

Pero la crisis comercial y bancaria, aunque sea el punto de partida (o más bien, la evidencia) de la crisis, es el aspecto subordinado. En principio, el capital comercial y el bancario crecen con el volumen de la producción capitalista y median en el proceso de reproducción del capital. Pero, como elementos de circulación de capital, ellos no desarrollan la creación de valor, sólo lo realizan, de modo que son estructuralmente dependientes del capital industrial, son simples extensiones de éste, que se autonomizan externamente. La aceleración del comercio y la fiebre en tiempos de bonanza económica conduce a la multiplicación de la compra, venta y crédito, así como al estímulo de la función de medio de pago de dinero. La autonomía externa de los capitales comercial y bancario hace que se movilen los límites impuestos por la reproducción del capital industrial, violando la dependencia interna que guardan en relación con éste. Por eso la conexión interna es restablecida mediante una crisis comercial y bancaria (o financiera), formas aparentales de la crisis económica real, que son aprehendidas por los economistas como contradicciones que ocurren exclusivamente en el ámbito de la circulación monetaria, lo que en verdad resulta de la anarquía del proceso global de reproducción del capital industrial, unidad de su tiempo, de producción y circulación.

Descomposición social y estado de emergencia

En 1929, el valor total de los productos industriales fabricados en Estados Unidos fue de 104 mil millones de dólares. En 1933, esta cifra había disminuido a 56 mil millones de dólares. La producción de acero se redujo en un 61% entre 1929 y 1933, la producción de automóviles se redujo en un 70% durante el mismo período. En Toledo (Estados Unidos) había 75 mil trabajadores activos en marzo de 1929, pero sólo 45 mil en enero de 1930. La Ford (Detroit) contaba con 128 mil trabajadores a principios de 1929, 100 mil en diciembre de ese año, 84 mil en abril de 1930, 37 mil en agosto. Y los trabajadores estaban sufriendo no sólo el desempleo, sino también la reducción de los salarios y las horas de trabajo (que se redujeron en un 29% en General Motors).

Surgirán las villas de emergencia, las "sopas populares", los "refugios" para las personas sin hogar se llenaron; en Chicago, la basura era revisada y reaprovechada por una enorme masa de pobres. En 1932 se estimaba que un millón y medio de jóvenes habían formado parte de "bandas errantes". Muchos de los jóvenes de las zonas rurales abandonaron sus fincas y sus familias, y probaron suerte en las ciudades: junto a los desempleados urbanos, viajaban de ciudad en ciudad, "colándose" en trenes de carga en busca de algún empleo. En Canadá, los dueños de automóviles ya que no tenían cómo adquirir combustible, utilizaban sus vehículos como carros tirados por caballos u otros animales.

La malnutrición produjo un brote de tuberculosis, los matrimonios se redujeron en un 30%, los nacimientos el 17%, con 10 millones de niños nacidos con alguna discapacidad. La ofensiva contra los salarios fue mundial. Los grupos étnicos minoritarios y los inmigrantes de los países más afectados eran discriminados por "competir" con la "población nativa" por los empleos. La discriminación fue alentada por los grupos nacionalistas de derecha.

La explicación "economicista" ignora por qué la crisis económica se volvió crisis política, debido a la agudización de la lucha de clases. Antes de marzo de 1933, en el ápice del pánico bancario, el presidente republicano Herbert Hoover trató de acercarse al oponente demócrata, Franklin D. Roosevelt, quien ya proponía el New Deal. Hoover había sondeado la posibilidad de declarar el "estado de emergencia", pero se precisaba para ello del consenso bipartidista. Roosevelt rechazó cualquier acuerdo que estrechara los márgenes para el New Deal y tomó ventaja del hecho de que la responsabilidad por el desastre ya estaba cayendo sobre Hoover.

Una vez que Roosevelt asumió el cargo, el 4 de marzo de 1933,

también apostó a la carta de los poderes presidenciales de emergencia, a expensas del Poder Legislativo: Roosevelt consideró la posibilidad de "eludir" el Congreso para la Ley de Emergencia sobre los bancos. Los gobernadores aconsejaron al Presidente pedir al Congreso que le concediese "poderes tan amplios como sea necesario" para enfrentar la crisis. Entre los asesores del Presidente, Walter Lippmann sugirió tomar un "poder dictatorial". La posesión de Roosevelt, con su discurso "de viraje", se produjo exactamente un día antes que Adolf Hitler, en Alemania, consiguiera "poderes totales" para gobernar por decreto. La crisis enterraba a las "democracias".

Como medida se proclamó el cierre de todos los bancos. Durante el feriado bancario, el Tesoro estableció la Emergency Banking Act, negociada con los grandes monopolios, para contrarrestar el peso del ala intervencionista del gobierno, que reclamaba la nacionalización de todo el sistema de crédito. Sometida a la Cámara y al Senado, seis días después del cierre bancario, la ley fue aprobada en... ocho horas. Roosevelt obtuvo una serie de leyes que, ante la insistencia de él mismo, fueron nombradas New Deal, fortaleciendo la prestación de asistencia social a las familias y personas necesitadas, y la creación de puestos de trabajo a través de asociaciones entre el gobierno, las empresas y los consumidores. En los años siguientes, varias agencias del gobierno fueron creadas para administrar los programas de asistencia social.

El papel del régimen de Roosevelt era "salvar" temporalmente al capitalismo. En función de este objetivo se abandonó la tradicional doctrina del *laissez-faire*. Este utilizó los recursos financieros del Estado para rescatar a las empresas y los bancos comerciales e hizo votar leyes que restringieron la competencia, dando lugar al aumento de los precios, favoreciendo al capital monopolista. Al mismo tiempo, controló el descontento de las masas trabajadoras urbanas y rurales mediante una política de concesiones limitadas, a menudo ilusorias y con promesas demagógicas: aprobó un sistema de jubilación y de seguros al desempleo bajo el control del gobierno. El empleador tenía la opción de hacer recaer los costos sobre los consumidores. Formalmente, el derecho de los trabajadores a organizarse fue reconocido y el gobierno cultivó la amistad de los dirigentes sindicales. Los movimientos de huelga fueron quebrados de modo sutil, por los mediadores del gobierno, o brutalmente, por gangsters privados, la policía o la milicia. El capitalismo norteamericano, auxiliado por el Estado "democrático", se alivió momentáneamente de la crisis en la medida en que la producción se elevó por encima del nivel de 1932 y pudo haber nuevamente ganancias en ciertas ramas. La renta agraria, que fue de 15 mil millones y medio de dólares en 1920,

cayó a cerca de 5 mil millones de dólares en 1932. Aumentó nuevamente en 1935, pero a 8 mil millones de dólares, un 40% por debajo del nivel de 1920. El volumen de producción de los objetos de consumo en 1935 casi alcanzó el nivel de 1929; pero el volumen de los materiales de construcción fue menos de la mitad, así como también lo fue para la industria de los medios de producción. Este repunte se debió más al gasto público que a una recuperación real de la industria privada. En consecuencia, el crecimiento de la producción no tuvo un efecto proporcional en el desempleo. El número de desempleados se mantuvo entre 10 y 12 millones de personas, y no disminuyó de forma apreciable en la segunda mitad de la década de 1930. El número de personas socorridas aumentó de 22 a 25 millones entre 1935 y 1936. El comercio exterior se mantuvo inferior a la mitad del nivel de 1929. La deuda federal era de 31 mil millones de dólares. La abundancia de oro continuó siendo un obstáculo para la recuperación del comercio exterior, la estabilización de la moneda y una amenaza de inflación. El gobierno de Roosevelt también redujo los aranceles aduaneros sobre algunos productos extranjeros, estimulando así el comercio interior. Pero la lucha por los mercados, especialmente en América Latina y Asia, contra Gran Bretaña, Japón y Alemania, se intensificó.

La generalización de la depresión económica mundial tornó desesperante la situación de los trabajadores en todas las economías industriales. En el peor período de la depresión (1932-1933), el desempleo alcanzó al 23% de los trabajadores británicos y belgas, al 24% de los suecos, al 27% de los estadounidenses, al 29% de los austríacos, al 31% de los noruegos, al 32% de los daneses y nada menos que al 44% de los alemanes. La recuperación después de 1933 no logró reducir el desempleo promedio de la década de 1930, por debajo del 16 ó 17% en Inglaterra y Suecia. El único Estado occidental que logró eliminar el desempleo fue la Alemania nazi, entre 1933 y 1938.

El sindicalismo tradicional de Estados Unidos se reveló insuficiente para enfrentar esos problemas: el 6 de marzo de 1930, un millón de desempleados se manifestaron (100 mil en Nueva York, otro tanto en Detroit). La iniciativa fue del Partido Comunista de Norteamérica (PCA), que creó el Consejo Nacional de los Desempleados, el Partido Socialista (SPA), a su vez, creó la Alianza Obrera. El ex pastor A. J. Muste creó la Liga Nacional de Desempleados (con 10 mil miembros sólo en Seattle, que llegó a ser llamada "ciudad soviética"); Muste fusionó posteriormente sus fuerzas con los trotskistas. En algunas regiones hubo "guerra de guerrillas" con ataques a tiendas de alimentos y auto-defensa contra la expulsión de los hogares.

Crisis y clase obrera

Hasta 1930, el capitalismo estadounidense había logrado separar al grueso del proletariado de la militancia de clase a causa de la ilusión creada en el *american way of life*. Pero con la Gran Depresión el panorama cambió. Los millones de desempleados aumentaban sin cesar. Y el "fantasma comunista", tan agitado durante la última década, podía convertirse en realidad montándose sobre la ola de desesperación y amargura.

El objetivo principal del New Deal fue salvar el sistema de su colapso. En esencia, su programa no existió. Toda su acción se apoyó en una serie de avances y retrocesos impuestos por la experiencia de cada día. Sin embargo, en todas estas idas y venidas hubo dos constantes: una fue el papel central que desempeñó el Estado y las medidas económicas que propiciaba; la otra, el énfasis permanente puesto en el problema social del país. El New Deal debía responder a un núcleo bien definido y restringido de intereses que se beneficiaban con el aumento del consumo de los sectores populares; la política de Roosevelt debía orientarse a lograr ese aumento y, una vez alcanzado, mantenerlo en la medida de lo posible. El gobierno financió programas de socorro y obras públicas, dando trabajo a 4 millones de desempleados. Estas medidas le valieron el apoyo de las masas. Por otro lado, las medidas de "protección del trabajo" se vieron compensadas por la racionalización productiva de primera magnitud, que extendió sus efectos más allá de la depresión.

La industria se había recuperado parcialmente en 1933, pero en 1935 casi un tercio de su capacidad permanecía ociosa. Para empeorar las cosas, la fase favorable del ciclo económico no se aproximaba y los fabricantes no invertían. Para fortuna de la oposición, liderada por las grandes finanzas, los principales problemas continuaban existiendo. La salida del gobierno fue movilizar a la clase obrera a luchar por su derecho, negado durante tanto tiempo, de organizarse en sindicatos industriales. Se daba, por tanto, un objetivo preciso a la lucha de los trabajadores, y se rodeaba y controlaba a las masas con organismos que podían ser "institucionalizados". En un punto, esta solución coincide con los objetivos específicos del New Deal: la mayoría de los obreros trabajaban en las fábricas de industria pesada; para promover su organización, el gobierno golpeó en el corazón de su principal oponente.

En el momento más profundo de la crisis, la clase obrera norteamericana había sido en gran parte pasiva. Esto fue resultado, por una parte, de la violencia de los golpes a los cuales fue expuesta después de un largo período de prosperidad y, por otro lado, al hecho

de entrar en la crisis con organizaciones pequeñas y débiles, tanto en el terreno de la política como en lo económico.³ La decadencia de la AFL (American Federation of Labor) y la proliferación y crecimiento de los sindicatos de empresas, no relacionadas entre sí y totalmente al servicio de la patronal, que alcanzaron a más de 1.500.000 trabajadores, tienen su mejor explicación en la necesidad del capitalismo de liquidar los sindicatos que, de acuerdo con la afirmación de Gramsci, luchaban "por la propiedad del trabajo contra la libertad industrial. El sindicato obrero norteamericano es más la expresión corporativa de la propiedad de los oficios calificados que otra cosa, y por eso su destrucción tiene un lado progresista, ideada por los industriales, tiene un aspecto progresista".

Desde 1933, sin embargo, la historia de la clase obrera norteamericana se ha caracterizado por una actividad y una militancia casi ininterrumpida. Tentativas obstinadas y persistentes intentos de organización, a menudo culminan en huelgas emprendidas por los trabajadores, incluyendo aquellos en sectores clave como acero, automóviles, caucho, empresas de servicios públicos y de navegación, donde en el pasado el movimiento sindical nunca había sido capaz de echar raíces.

Aunque el número de afiliados a los sindicatos aumentó en un millón después de 1932, los trabajadores en las industrias clave siguieron desorganizados en su mayoría. Todos los intentos de organización sindical en esas industrias fueron rotos por la colaboración de los patrones, los organismos gubernamentales de arbitraje y los burócratas sindicales, a menudo antes de que se haya llegado al punto culminante de una huelga. Pero no disminuyó la voluntad de los trabajadores a organizarse, ni su combatividad, a pesar de los intentos de la burocracia sindical por ponerlos en guardia contra el "peligro rojo". El Partido Comunista de Estados Unidos (PCA), luego de las exageraciones aventureras del "tercer período", pasó a llevar adelante una política groseramente oportunista, apoyando incondicionalmente a los burócratas sindicales "progresistas" e, incluso, colaborar con los elementos reaccionarios de los sindicatos. Inauguraron la colaboración con los partidos capitalistas con aires "progresistas", atacando al Partido Republicano como la única agencia "real y directa" del fascismo y la guerra. Esto ayudó a Roosevelt que, al amparo de un liberalismo demagógico (en la acepción americana del término), se constituyó en agente del imperialismo de Estados Unidos y de sus preparativos de guerra.

El Partido Socialista Americano (SPA) no contaba con más de 16 mil miembros, la mitad de los del PC de Estados Unidos, aunque en muchas elecciones obtuvieron muchos más votos que éste. Du-

rante varios años, el SPA fue dominado por la "vieja guardia" conservadora. Sin embargo, la crisis impulsó a los elementos jóvenes del SPA, y a otros con ellos, a desarrollar nuevas tendencias, debido tanto a las condiciones de Estados Unidos como a las derrotas de la clase obrera en Alemania, Austria e Italia.

Los efectos de esta nueva etapa de desarrollo del capitalismo estadounidense y la presión de las masas se reflejan en la controversia dentro de la AFL. En medio del clima de "apoyo estatal para el movimiento obrero", en 1935, John L. Lewis, de la United Mine Workers, se retiró de la AFL y formó el CIO, Committee of Industrial Organizations, que abogó por el criterio de la organización sindical por ramas de las industrias y no por oficio (como defendía la AFL). Esta división puso en evidencia la existencia de sindicatos por industria, como el de los mineros, que la AFL no reconocía, a pesar de que existían en su seno. Y también la existencia de cambios importantes en la base obrera, en la organización, en la combatividad y en la militancia, con reflejos claros en las huelgas de 1933-34. Roosevelt, para obtener el apoyo político del movimiento obrero, prestó apoyo a la formación del CIO. Dentro del CIO, y respondiendo a la política del Frente Popular, defendida por la Internacional Comunista desde 1935, el PCA tendría un lugar importante en su liderazgo y organización. El respaldo del movimiento obrero fue uno de los fundamentos de la reelección de Roosevelt en 1936.

Pero en la misma elección, la participación política organizada de los trabajadores en la Labor Non-Partisans League —Liga Laborista No Partidista (LNPL)— epresentó una ruptura con la vieja escuela de la práctica política. En el pasado, la burocracia sindical se limitaba a aprobar a éste o aquel "amigo" en las fórmulas políticas capitalistas. En las elecciones presidenciales de 1936, y las municipales y estatales más tarde, hubo por primera vez un esfuerzo sistemático para organizar y movilizar el poder político de los trabajadores como una fuerza independiente. Este nuevo movimiento, representado por LNPL, fue un paso en el desarrollo del movimiento obrero en contra de la sumisión completa de los partidos del gran capital y por un partido independiente de los trabajadores.

La "normalización"

En el segundo período de Roosevelt, sin embargo, se produjo la "normalización" del CIO. El desplazamiento a la derecha del CIO, una vez consolidado éste (con 3.727.000 afiliados en 1937, contra 3.440.000 de la AFL), comenzó con un movimiento de acercamiento con sus antiguos enemigos.

Para Trotsky, el surgimiento del CIO, no era sólo un "viraje", sino un índice general de la crisis capitalista: "fue la primera crisis de 1929-33 la que da el empuje inicial y desemboca en la creación del CIO, pero recién se había organizado cuando el CIO tuvo que enfrentar la segunda crisis, la de 1937-38 (...) los sindicatos precisaron de mucho tiempo para organizarse en Estados Unidos, pero ahora seguirán la misma evolución que los sindicatos ingleses. Eso quiere decir que en las condiciones actuales de declinación del capitalista, serán forzados a volcarse a la acción política".

Ya en noviembre de 1937, los dirigentes del CIO, John Lewis y Homer Martin intervinieron contra los huelguistas de Pontiac. En 1940, el líder sindical Walter Reuther, de General Motors, llamó a "aceptar lo peor de los acuerdos por el bien del país". Reuther abandonó el SPA para apoyar al gobernador Murphy para el Senado; Phillip Murray invitó al Congreso de la SWOC (Steel Workers Organizing Committee), al alcalde de Chicago (Kelly) —responsable de la "Masacre del Memorial Day" de 1937— en el contexto de apoyo a la tercera elección de Roosevelt. Detrás de este proceso se encontraba una nueva caída del capitalismo estadounidense, a partir de 1937. Desde agosto de ese año, la recesión reapareció: la producción cayó un 27% en cuatro meses.

Los desempleados superaron los 11 millones en 1938, y todavía eran 10 millones en 1940. El índice de producción industrial de 110 en 1929 había descendido a 58 en 1932. Con su política inflacionaria, Roosevelt fomentó la recuperación; pero a partir de agosto de 1937 la recesión reapareció. Esto sólo se pudo superar con el inicio de la Segunda Guerra Mundial y con la aprobación del presupuesto de defensa más grande de Estados Unidos en tiempos de paz. El cuadro sólo sería revertido en 1942, tras el ataque japonés a Pearl Harbor, cuando la máquina de guerra de Estados Unidos comenzó a funcionar a todo vapor, revitalizando la economía del país, teniendo, además, un control monopólico sin precedentes en la historia del capitalismo. La entrada del país en la guerra terminó con los efectos negativos de la Gran Depresión, la producción industrial en Estados Unidos aumentó de manera dramática y las tasas de desempleo cayeron. Al final de la guerra, sólo el 1% de la fuerza laboral norteamericana estaba desempleado.

El inicio de la Segunda Guerra Mundial encontró a la clase obrera estadounidense con bases bastante firmes para la lucha: la producción industrial revivió bajo el estímulo de los créditos (Lenlease) y el rearme. Los trabajadores organizados en el CIO comenzaron una huelga por aumento de salarios, dirigida directamente contra Roosevelt y el Comité de Mediación de la Defensa. En la vanguardia

estaban los mineros y su sindicato. Ford y Bethlehem, los más importantes patronos anti-CIO, cedieron en 1940 a las demandas del sindicato automotor y del comité de organización de los trabajadores del acero. Los piquetes en masa volvieron a ser métodos de lucha, especialmente en la huelga de la Ford. A pesar de que la represión fue en aumento, el clima general del verano-otoño de 1941 tuvo un impulso que recordaba el "espíritu de 1937", apagado por la ofensiva patriótica que siguió a la entrada en Estados Unidos en la guerra.

Depresión y nazismo

En Alemania, la crisis agravó los resultados de la hiperinflación de 1923, después de una relativamente corta "prosperidad". Dentro de la burguesía, sólo los grandes industriales y banqueros han sobrevivido: la pequeña y mediana burguesía, arruinada por la alterancia de la inflación y la deflación, acabó subproletarizada. Los campesinos, los menos afectados por la crisis, eran una minoría en un país industrializado. Los trabajadores industriales sufrían, con el desempleo masivo, una pobreza densa y la búsqueda de empleo parecía interminable. La juventud carecía de toda perspectiva de trabajo o vida "normal". Cuando la recesión alcanzó su punto álgido en 1932, la República de Weimar perdió toda credibilidad ante la población alemana. Fenómenos de descomposición social se desarrollaron a gran escala (drogas, alcoholismo, prostitución). La desesperación y la ira se volvieron contra los gobiernos de la República de Weimar, a menudo ocupados por los socialistas (SPD). Toda esperanza, "todo chivo expiatorio" eran aceptados: el nazismo, en una escala mayor que el fascismo italiano, fue capaz de movilizar a la pequeña burguesía desesperada (aprovechándose de su miedo a la proletarización).

Nacido en los márgenes del ejército, el partido nazi (NSDAP) fue tímidamente financiado en un principio por sectores de la burguesía: el editor de Bruckham, el fabricante de pianos Bechstein. Con la crisis de 1929, la causa nazi recibió el apoyo de los Konzern (Kirdorf, del carbón; Vorgler y Thyssen, del acero; IG Farben; el banquero Schroëder; etc.), los carteles alemanes. Sus posibilidades de agitación y propaganda, confianza en sí mismos y, sobre todo, su capacidad para sobornar (policía, jueces, militares) permitieron un crecimiento geométrico. A la clase media desesperada, los nazis le proponían remedios contra la angustia: la xenofobia, el racismo, el nacionalismo extremo, acompañados de una demagogia anticapitalista que apuntaba contra los judíos.

Los nazis ofrecían una salida inmediata para los jóvenes desempleados, el empleo en sus filas: un uniforme, las milicias armadas, las SA (tropas de asalto) y luego las SS (Schutzstaffel, destacamento de guardia, pero en verdad guardia privada de élite de Hitler, conocidas como los "camisas negras"). Empleo, salario, uniforme, daba a los jóvenes lo que ellos pensaban que la sociedad les negaba. La militancia nazi pasó entonces de 176 mil a finales de 1928 a más de un millón en 1932.

El factor decisivo, sin embargo, fue el rechazo de los partidos de izquierda para realizar un frente único contra los nazis. En el SPD había un millón de miembros, cinco millones de afiliados sindicales, cientos de miles de organizados en la organización de autodefensa. En septiembre de 1930, en plena crisis económica, todavía tenía 8,5 millones de votos (143 escaños en diputados) frente a 6,4 millones (107 diputados) del partido nazi. Pero el SPD buscaba un "camino intermedio" entre el nazismo y el "bolchevismo": su política era la "defensa de la República (de Weimar)", reclamaban leyes represivas contra los nazis, la acción de la policía en los tribunales. Por último, apoyó la política deflacionista del canciller Brüning (generador de pobreza), la suspensión del Reichstag, el gobierno por decreto-ley, y llamaron a votar por el mariscal Hindenburg para la presidencia.

Los votos del SPD se redujeron a 7,96 millones en julio de 1932 y a 7,25 millones en noviembre de ese año. Los partidarios del Frente Único Obrero en el SPD fueron excluidos: ellos constituyeron el SAP (Partido Socialista Obrero), con decenas de miles de miembros; fue el partido que en 1933 (tras el ascenso de Hitler) firmaría junto a los partidarios de Trotsky (la Liga Comunista Internacionalista) y dos partidos de la izquierda holandeses, RSP y OSP, una declaración en favor de la IV Internacional.

El KPD (Partido Comunista) avanzó: 3,27 millones de votos en 1928, 4,59 millones en 1930, 5,37 millones en julio de 1932, 5,98 millones en noviembre de ese año. Junto al SPD habría tenido todas las posibilidades de detener a los nazis, pero su política de división (denuncia al SPD como "socialfascista") era tal, que llevó al historiador R. T. Clark a afirmar: "Es imposible leer literatura comunista de la época sin sentir escalofríos ante el desastre que lleva a un grupo de hombres inteligentes a negarse a usar esa inteligencia de forma independiente." El KPD insistía en la búsqueda de temas comunes con los nazis, hasta utilizar una terminología similar: "revolución popular".⁴ Llegó a afirmar que antes de combatir al "fascismo", era preciso combatir al "socialfascismo" (el SPD), y a continuación propuso un "frente único de la base" a los trabajadores socialdemócratas. De conjunto, su política era definida por el dirigente de la Interna-

cional Comunista Manuilsky: "El nazismo será la última etapa del capitalismo antes de la revolución social". En julio de 1932, los partidos obreros obtenían alrededor de 13.300.000 votos (pero los nazis ya obtenían 13.779.000). En noviembre de ese año, el SPD y el KPD (Partido Comunista de Alemania), juntos obtenían 13.230.000 votos, y el NSDAP 11.737.000: fue cuando se diseñaba la debacle política del nazismo, cuando el presidente Hindenburg (elegido con el apoyo social) llamó (en enero de 1933) al líder del partido nazi, Adolf Hitler, a ocupar la Cancillería del Reich.⁵

Hitler llegó al poder sin resistencia obrera y con el apoyo de la burguesía, apoyo mediado por el ex ministro de Finanzas del gobierno centrista de Stressemann, Hjalmar Schacht, quien llegó a un acuerdo con el NSDAP a través del banquero Schroöder. Rápidamente, los nuevos dueños del poder pasaron a organizar un nuevo régimen, no sin antes montar una provocación contra el KPD a través de la quema del Reichstag, el Parlamento alemán, el 27 de febrero de 1933. Con 3 millones de marcos proporcionados por las grandes empresas, más el terror de las SA, los nazis crecieron en las elecciones de 1933 del 33 al 44% de los votos. El 23 de marzo, el Reichstag votó los plenos poderes para Hitler, contra el voto de la bancada del SPD (y con el KPD ya en la ilegalidad), pero con el voto afirmativo del Partido Zentrum católico. El Partido Comunista Alemán (KPD) había sido expulsado desde el incendio del Reichstag, que fue oportunamente atribuido a los dirigentes del KPD y, en particular, a George Dimitrov, jefe de la Internacional Comunista. El 2 de mayo, después de un 1º de Mayo transformado en festividad nazi (pero donde participaba el SPD), los sindicatos alemanes fueron disueltos y sus bienes confiscados. El 10 de mayo, Goering ordenó ocupar todos los edificios del Partido Socialdemócrata, se confiscaron sus fondos y se prohibió su prensa. El 14 de julio de 1933 (el aniversario de la Revolución Francesa), los partidos políticos fueron disueltos, el NSDAP fue proclamado "partido único", el Estado nazi, la criatura más monstruosa de la historia política, estaba en marcha. El ascenso de Hitler al poder fue acompañado de la destrucción del movimiento obrero. Goebbels escribió en su diario: "Cuando los sindicatos estuvieron en nuestras manos, los otros partidos y organizaciones no aguantaron mucho tiempo...".

Revolución o barbarie

Antes de tomar el poder del Estado, el nacionalsocialismo prácticamente no tenía acceso a la clase obrera. Incluso la gran burguesía, hasta la que apoyó el nacionalsocialismo, no veía aquel partido

como suyo. La base social sobre la que los nazis se apoyaron para su ascenso fue la pequeña burguesía, arrasada y empobrecida por la crisis en Alemania. Fue en ese medio que los mitos antisemitas encontraron su campo más fértil de propagación. El capitalismo atravesó en los años 20 y 30 un largo proceso de reorganización, proceso que fue el resultado del fracaso del ascenso revolucionario y de la oportunidad que tuvo la burguesía para dominar el mundo por un nuevo período histórico. "La situación política mundial en su conjunto se caracteriza principalmente por una crisis histórica del proletariado", dijo Trotsky. Esto significa no sólo que la burguesía procedía a la reorganización de la economía mundial a través del desempleo, la pobreza, la opresión política y la guerra, sino también que podría seguir haciendo eso mientras la crisis no encontrase un principio de solución. En 1934, Trotsky ya consideraba que la guerra mundial estaba en la agenda política internacional: "Las mismas causas, inseparables del capitalismo moderno, que provocaron la última guerra imperialista, alcanzaron ahora una tensión infinitamente mayor que la de mediados de 1914". Era la forma a través de la cual el imperialismo buscaba un nuevo equilibrio, la destrucción y la carnicería de decenas de millones de hombres.

A diferencia de Alemania, la "democracia" se salvó en Inglaterra, pero no por razones revolucionarias. Después de la crisis de 1929, una Comisión de Reorganización tomó las decisiones sobre la producción y la exportación, y un Consejo Central favoreció la reorganización y fusión de empresas. En el acero, el Comité de Reorganización permitió en 1932 la fusión de dos mil empresas del trust British Iron and Steel. Estas políticas fueron impulsadas por el representante de los "trabajadores".

La Gran Depresión llevó al Partido Laborista al gobierno. El primer ministro Ramsay MacDonald aceptó el informe de una comisión anticrisis formada por el rey Jorge V. Cuando esta comisión presentó su informe, en julio de 1931, sugirió que el gobierno debería reducir sus gastos en 97 millones de libras, incluidas las prestaciones de subsidios por desempleo. La dirección laborista aceptó el informe, pero cuando el asunto fue discutido por el gabinete, la mayoría votó en contra de las medidas sugeridas por el Comité. Con esta derrota, MacDonald renunció. Mientras tanto, el rey Jorge V convenció a MacDonald para formar un nuevo gobierno de coalición, esta vez apoyándose en los liberales y los conservadores. MacDonald formó un nuevo gabinete con ellos y fue expulsado del Partido Laborista. Con la formación del gobierno de "unidad nacional" se aplicaron las políticas antipopulares sugeridas por el Comité del rey Jorge V. Para contener la crisis económica hubo más recortes en los sala-

rios y en los programas de asistencia social, y se aumentó el impuesto sobre la renta.

La situación económica en Inglaterra se había tornado extremadamente grave, pero la estructura política del país estaba totalmente atrasada con respecto a los cambios que tuvieron lugar en la base económica. Antes de recurrir a nuevas formas y métodos políticos, todas las clases de la nación inglesa trataron de encontrar algo en el antiguo granero. En Inglaterra, a pesar de una terrible decadencia nacional, no había ningún partido revolucionario importante ni su antípoda, un partido fascista. Fue gracias a esto que la burguesía tuvo la posibilidad de movilizar a la mayoría del pueblo bajo la bandera "nacional". Inglaterra pasó por un período prolongado de demagogia radical, democrática, socialista y pacifista, que duró hasta el estallido de la Segunda Guerra Mundial.

Sin revolución, el mundo estaba en una situación sin salida, y eso implicaba penurias y sufrimientos cada vez mayores. Bajo la presión creciente de la desintegración del capitalismo, los antagonismos imperialistas entran en un callejón sin salida, al final del cual el choque aislado y las convulsiones sangrientas localizadas se fundirían en una conflagración a escala mundial. El pasaje de las reivindicaciones inmediatas a la lucha por el poder dependería solamente del ritmo de organización y preparación de la clase obrera; el proletariado enfrentaba la perspectiva de la barbarie, no una etapa de crecimiento capitalista. Este gran período de crisis no significaba que el capitalismo estuviese estancado: "La tecnología es hoy infinitamente más poderosa que al final de la guerra de 1914-1918", constataba Trotsky. Pero no podía encontrar la forma de aplicarla a la producción, incluso en forma limitada, y las fuerzas motrices del sistema imperialista "asumen un carácter cada vez más destructivo". El punto en que confluyen las necesidades objetivas del capitalismo, su reorganización a través de la miseria y la guerra, y la situación histórica del movimiento obrero, es resuelto negativamente, en el momento, por la capitulación de la socialdemocracia y el estalinismo. La burguesía, aunque fragmentada, fue capaz de mantener la iniciativa y preparar su salida de la crisis mundial.

La prueba de fuerzas decisiva entre revolución y contrarrevolución tuvo a España por escenario, en la sangrienta Guerra Civil que dejó un millón de muertos. La clase trabajadora europea, en las condiciones dramáticas de la década, no pudo superar el reformismo (ahora contrarrevolucionario) de la socialdemocracia ni la bancarrota de la Tercera Internacional, que comenzó con la traición a la revolución china de 1927-28, tomará forma con la claudicación del PC alemán en 1932-34 y se consolidará con la alianza entre la burocracia

cia rusa y la aristocracia europea, y de éstas con la "sombra" de la burguesía mediante los frentes populares y la cristalización del reformismo y del "etapismo" de los partidos comunistas, operada en la década de 1930. Esta política fue directamente responsable por la derrota del proletariado francés en 1936 y de la Revolución Española en 1931-39. La Internacional Comunista fue directamente responsable de la desastrosa derrota de la revolución en Alemania.

En ausencia de un resultado revolucionario, la mayor crisis, hasta entonces, del capitalismo a escala mundial fue superada de modo contrarrevolucionario, en un enfrentamiento bélico mundial que provocó una destrucción sin precedentes de las fuerzas productivas sociales, restauró un precario equilibrio para la acumulación de capital, mediante el sacrificio de millones de vidas, la mayor catástrofe experimentada por la civilización humana. La tríada guerra-barbarie-revolución, que irrumpió en la guerra de 1914-1918, volvió a aparecer en Europa (y el mundo) con la Segunda Guerra Mundial. Pero la guerra de 1939-1945 no fue una repetición de la Primera Guerra Mundial; fue una continuación, una secuencia, como escribió León Trotsky en su texto de 1940: "La guerra mundial es la continuación de la última guerra. Pero continuación no significa repetición. Como regla general, una continuación significa un desenvolvimiento, una profundización, una acentuación". La Segunda Guerra Mundial dejó un rastro de sangre y muerte mayor que la Primera, en un escenario mundial ampliado considerablemente.

Sesenta millones de hombres en armas, entre 45 y 50 millones de muertos (en su mayoría civiles) como resultado directo de la lucha, u 80 millones de personas, si se cuentan también los que murieron de hambre y enfermedades como consecuencia directa de la guerra, ocho veces más que en la Primera Guerra Mundial: en total, alrededor del 4% de la población mundial de la época, y todo en apenas seis años. Los números de la Segunda Guerra Mundial son, en primer lugar, los de la barbarie desenfrenada.

En el desafío actual para la humanidad trabajadora, las lecciones y conclusiones expuestas por el derrumbe de 1929 y la crisis mundial de 1930 conservan toda su vigencia histórica. La alternativa contra la barbarie continúa siendo la revolución anticapitalista (socialista) ahora en una escala histórica inédita.

Notas

1. El principal producto de exportación de Canadá era el trigo, el pilar de la economía. En 1922, Canadá fue el mayor exportador de trigo en el mundo, y Montreal, el mayor puerto exportador de trigo. Entre 1922 y 1929, Canadá fue responsable del 40% del trigo comercializado en el mundo. Las exportaciones de trigo contribuyeron a hacer de Canadá uno de los líderes mundiales en el comercio internacional, con más de un tercio de su PBI originado en el comercio internacional. La Primera Guerra Mundial había devastado la producción agrícola en los países europeos y la Revolución de 1917 mantuvo a los rusos fuera del mercado mundial de trigo. Alrededor de 1925, la recuperación de la economía y la agricultura en Europa occidental, y la nueva política económica en Rusia, hizo que la producción mundial de trigo aumente en el mundo, provocando la reducción del precio del producto. En espera de un rápido retorno a los altos precios, los agricultores y comerciantes canadienses almacenaron la producción su trigo, en lugar de reducir su producción. La introducción de maquinaria, especialmente tractores, llevó al crecimiento de la producción. Todos estos factores provocaron una caída de los precios del trigo en junio de 1929, destruyendo la economía de Alberta, Saskatchewan y Manitoba, afectando gravemente a la economía de Ontario y Quebec. Aparte de los Estados Unidos, Canadá fue el país más afectado por la Gran Depresión.

2. El caída del comercio internacional afectó violentamente a los países dependientes de las exportaciones primarias. Australia, que dependía de la exportación de trigo y algodón, fue uno de los países más gravemente afectados por la depresión. Los efectos de la crisis provocada en algunos de estos países hicieron que los grandes terratenientes pasaran a invertir su capital en la industria manufacturera, acelerando una semi-industrialización, llamada "sustitución de importaciones", especialmente en Argentina y Brasil. También Asia se vio afectada por la Gran Depresión, debido a la dependencia de su economía en la exportación de productos agrícolas a Europa y América del Norte.

3. El movimiento obrero "apolítico" y "amarillo", representado por la AFL (American Federation of Labor, Federación Estadounidense del Trabajo) ya estaba en crisis en la década de prosperidad (1920), mucho antes de la crisis de 1929 y el consecuente desempleo en masa. Desde 1920, cuando alcanzó el máximo de afiliación de su historia, el retroceso de la AFL se mantuvo constante. El número de conflictos disminuyó en forma dramática: de más de 4.000.000 de huelguistas en 1919 cayó a 330.000 en 1926 y de 1927 a 1931 el promedio anual de huelguistas era 275.000. Las derrotas recaían sobre las movilizaciones de los trabajadores y desmoralizaban a las bases y líderes. Hubo muchos medios empleados contra el sindicalismo. La complicidad de los tribunales de Justicia brindó la posibilidad de una mala interpretación de las leyes. Las leyes se aplican a los trabajadores co-

mo "la Sherman Act", promulgada inicialmente para evitar las prácticas monopolísticas. El método no era nuevo, pero la frecuencia en que fue usado hizo que prácticamente no hubiese huelgas que fuesen legales, en las cuales los dirigentes que las liderasen no corriesen peligro de ir presos. La falta de leyes laborales también permitió la política de *open shop* (taller abierto), en el que cada planta tiene derecho a contratar a trabajadores fuera de los sindicatos y la práctica de contratos de no-afiliación (*yellow dogs contracts* -contratos carneros), que legalmente impedían a sus miembros la afiliación a los sindicatos.

4. En abril de 1931, el KPD llama, junto al partido nazi, a votar en contra del SPD para derrocar al gobierno socialista de Prusia, el "referéndum rojo" (los nazis los llamaban "referéndum negro"). En noviembre de 1932 se alió con los nazis contra los "bonzos" socialdemócratas en la huelga de transportes en Berlín. Como resultado de estos posicionamientos ocurrieron las crisis políticas que derrumbaron sucesivamente al gobierno centrista de Brüning, el gabinete de von Papen, en noviembre de 1932, y luego al gobierno del general von Schleicher, hasta el llamado a Hitler para convertirse en canciller el 30 de enero 1933.

5. Sin llegar a la polarización de Alemania, en Gran Bretaña, por ejemplo, tanto el Partido Comunista como el Partido Fascista británico recibieron un considerable apoyo popular. Lo mismo ocurrió con el Partido Comunista de Canadá. Otros partidos prometían retirar al país o a la región de la crisis económica. El Partido del Crédito Social de Canadá, de cuño conservador, ganó gran apoyo popular en Alberta, la provincia canadiense severamente afectada por la Gran Depresión.

Bibliografía

- "1929 and all that". *The Economist*, Londres, 4 de octubre de 2008.
- Abendroth, Wolfgang: *História Social do Movimento Trabalhista Europeu*, Río de Janeiro, Paz eTerra, 1977.
- Aldcroft, Derek H.: *De Versailles a Wall Street 1919-1929*, Barcelona, Folio, 1997.
- Aldcroft, Derek H.: *The Inter-War Economy: Britain 1919-1939*, London: B. T. Batsford, 1970.
- Ashworth, William: *An Economic History of England 1870-1939*. Londres, Methuen & Co., 1982.
- Ashworth, William: *Breve Storia dell'Economia Mondiale*, Dal 1850 ad oggi, Roma-Bari, Laterza, 1976.
- Beaud, Michel: *Histoire du Capitalisme*, París, Seuil, 1981.
- Bernanke, Ben S.: "The macroeconomics of the Great Depression: a comparative approach", *Journal of Money, Credit and Banking*, Nova York, febrero de 1995.
- Bernstein, Peter: *The Power of Gold. The history of an obsession*, Nueva York, John Willey & Sons, 2000.
- Bleaney, Michael: *The Rise and Fall of Keynesian Economics*, Londres, Macmillan, 1985.
- Bruschini Vincenzini, Loretta: *Storia della Borsa*, Roma, Newton & Compton, 1998.
- Cameron, Rondo: *Storia Economica del Mondo, Bolonha*, Il Mulino, 1993.
- Carlo, Antonio: "The Crisis of the State in the Thirties", *Telos* N° 46, Nueva York, invierno de 1980.
- Carvalho de Mello, Pedro e Spolador, Humberto F.: *Crises Financeiras. Uma história de quebras, pânico e especulações de mercado*, San Pablo, Saint Paul, 2007.
- Ciocca, Pierluigi: *Crisis económicas: el siglo XX*, Barcelona, Oikos-Tau, 1988.
- Claude, Henri: *De la Crise Économique a la Guerre Mondiale*, París, Ocia, 1945.
- Coggiola, Osvaldo: *História e Economia: Questões*, San Pablo, Humanitas, 2003.
- Coggiola, Osvaldo: *O Capital contra a História*, San Pablo, Xamã-Pulsar, 2002.
- Cohen, David: *Greed and Panic. The psychology of the stock market*, Nueva York, John Willey & Sons, 2001.
- Delvigne, Isi: *La Crise Mondiale*, Bruxelas, L'Eglantine, 1931.
- Eichengreen, Barry e Hatton, Thomas: *Interwar Unemployment in International Perspective*, Londres, Kluwer, 1988.
- Ferguson, Niall: *A Lógica do Dinheiro. Riqueza e poder no mundo moderno, 1700-2000*, Río de Janeiro, Record, 2007.
- Foreman-Peck, James: *Historia de la Economía Mundial. Las relaciones económicas internacionales desde 1850*, Barcelona, Ariel, 1985.

- Friedman, Milton: *A Monetary History of the United States 1867-1960*, Princeton, Princeton University Press, 1963.
- Friedman, Milton: *Episódios de História Monetária*, Rio de Janeiro, Record, 1994.
- Galbraith, John Kenneth: *A Short History of Financial Euphoria*, Londres, Penguin Books, 1990.
- Galbraith, John Kenneth: *La Crise Économique de 1929*, París, Payot, 1981.
- Galimberti, Fabrizio: *Economia e Pazzia. Crise finanziarie di ieri e di oggi*, Bari, Laterza, 2003.
- Giannetti, Renato: *Crisis Económicas: el siglo XIX*, Barcelona, Oikos-Tau, 1988.
- Gourevith, Peter: *La Política in Tempi Difficili. Il governo delle crise economiche 1870-1980*, Venezia, Marsilio Editore, 1991.
- Guérin, Daniel: *Movimiento Obrero Norteamericano (1900-1950)*, Buenos Aires, Ceal, 1974.
- Harris, Seymour E.: *Postwar Economic Problems*, Nueva York, McGraw-Hill, 1943.
- Hobsbawm, Eric: *Era dos Extremos. O breve século XX 1914-1991*, San Pablo, Companhia das Letras, 1995.
- Jay, Peter: *A Riqueza do Homem. Uma história econômica*, Rio de Janeiro, Record, 2002.
- Kenwood, A.G., y Lougheed, A. L.: *Historia del Desarrollo Económico Internacional*, Madrid, Istmo, 1973.
- Keynes, John Maynard: *Las consecuencias económicas de la paz*, Barcelona, Folio, 1997.
- Keynes, John Maynard: *The General Theory of Employment, Interest, and Money*, Nueva York, Harcourt, Brace, 1964.
- Kindleberger, Charles P.: *The World in Depression (1929-1939)*, Berkeley, University of California Press, 1973.
- Kindleberger, Charles P.: *Manias, Panics and Crashes. A history of financial crises*, Nueva York, Palgrave, 2005.
- Krugman, Paul: *Crisis Monetárias*, San Pablo, Makron Books, 2000.
- Landes, David S.: *Prometeu Desacorrentado. Transformação tecnológica e desenvolvimento industrial na Europa ocidental, de 1750 até os dias de hoje*, Rio de Janeiro, Elsevier, 2005.
- Lewis, W. Arthur: *Economic Survey 1919-1939*, Philadelphia, Blakinston, 1950.
- Maddison, Angus: *Dos Crisis: América y Asia (1929-1938 y 1973-1983)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988.
- Marcel, Bruno, y Taïeb. Jacques: *Crisis d'Hier, Crise d'Aujourd'Hui*, París, Nathan, 1997.
- Marramao, Giacomo: *O Político e as Transformações. Crítica do capitalismo e ideologias da crise entre os anos vinte e trinta*, Belo Horizonte, Oficina de Livros, 1990.
- Mattick, Paul: *Crisis & Teoria de la Crisis*, Barcelona, Península, 1977.

- Michie, R. C.: *The London and New York Stock Exchanges 1850-1914*, Londres, Allen & Unwin, 1987.
- Milward, Alan S.: *La Segunda Guerra Mundial 1939-1945*. Historia económica mundial, Barcelona, Crítica, 1986.
- Moral Santin, José A., y Raimond, Henry: *La Acumulación del Capital y sus Crisis*, Madrid, Akal, 1986.
- Néré, Jacques: *La Crise de 1929*, París, Collection U, 1973.
- Niveau, Maurice: *História dos Fatos Económicos Contemporâneos*, San Pablo, Difel, 1969.
- Rolfe, Sidney E., y Burtle, James L.: *O Sistema Monetário Mundial*, Río de Janeiro, Zahar, 1981.
- Romer, Christina D.: "The great crash and the onset of the Great Depression". *Working Paper* N° 2639, National Bureau of Economic Research, junio de 1988.
- Roncayolo, Marcel: *Le Monde Contemporain*, París, Robert Laffont, 1990.
- Salter, Stephen, y Stevenson, John: *The Working Class and Politics in Europe and America (1929-1945)*, Londres, Longman, 1990.
- Schumpeter, Joseph A.: "The decade of the Twenties", *American Economic Review* 36 (1), Nueva York, 1946.
- Schumpeter, Joseph A.: *Business Cycles*, Nueva York, McGraw-Hill, 1946.
- Sklar, Martin J.: *Studies in U.S. History in the Progressive Era and the 1920s.*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992.
- Sternberg, Fritz: *El Imperialismo*. México, Siglo XXI, 1979.
- Sweezy, Paul M.: *Teoria do Desenvolvimento Capitalista*, Río de Janeiro, Zahar, 1973.
- Temin, Peter: *Did Monetary Forces Cause the Great Depression?* Nueva York, W. W. Norton, 1976.
- Temin, Peter: *Lessons from the Great Depression*, Cambridge, The MIT Press, 1999.
- Trotsky, León: "La curva del desarrollo capitalista", y "La situación económica mundial y las nuevas tareas de la Internacional", en: *Una escuela de estrategia revolucionaria*, Buenos Aires, Ediciones del Siglo, 1973.
- Trotsky, León: *O Marxismo de Nosso Tempo*, San Pablo, Octubre, s.d.p.
- Trotsky, León: *Revolução e Contra-Revolução na Alemanha*, San Pablo, Ciências Humanas, 1979.
- Uriz, Ignacio Martín: *Crisis Económicas del Siglo XX*, Barcelona, Salvat, 1985.
- Wagemann, Ernest. *Estructura y ritmo de la economía mundial*, Madrid, Labor, 1937.
- Wee, Herman van der.: *The Great Depression Revisited*, Haia, Martinus Nijhoff, 1972.
- Wheeler, Mark: *The Economics of the Great Depression*. Slp, W. E. Upjohn Institute for Employment Research, 1998.

Venezuela

2009: gobierno hacia la derecha; la clase obrera lo combate.

2010: ¡demos un paso a la izquierda!

Ricardo Galíndez (Agrupación El Topo Obrero)

Documento presentado por Ricardo Galíndez a la Dirección Ampliada del equipo de El Topo Obrero. Discutido los días sábado 23 y domingo 24 en un Pleno de militantes y aprobado sus ejes centrales por unanimidad, más las respectivas modificaciones hechas por aportes de varios camaradas.

Lo primero que debemos destacar es que el año 2009 ha sido el más conflictivo de todos los que ha vivido la etapa que lidera el presidente Chávez desde el 1998. El movimiento obrero asumió un rol de vanguardia de la lucha social en el país en el año 2008, que tuvo su momento culminante durante la discusión del contrato colectivo y la conflictividad que culminó con la destitución del Ministro del Trabajo José Ramón Rivero y la nacionalización de la empresa Sidor. Ese rol se vio afianzado en el año 2009. Conflictos importantes —como la lucha de los trabajadores de la Mitsubishi, la de los portuarios de Puerto Cabello; la lucha de los trabajadores de Ferrominera del Orinoco,

de CVG, Alcasa y Venalum; de los trabajadores y estudiantes de la ULA; la de los trabajadores de Iosa e Inferca en Barquisimeto; del sector alimentos (de Bananera y Lácteos Yaracuy en Yaracuy, de la Procesadora de sardinas Fextun en Cumaná, estado de Sucre) y de los petroleros a nivel nacional—marcaron la pauta de centenares de conflictos en toda la geografía nacional y en todos los sectores laborales, tanto del sector público como del privado.

Durante 2009 continuó el desarrollo de los enfrentamientos entre la clase obrera y las patronales, con un incremento del 40% en el número de manifestaciones de protesta con respecto al 2008, según datos de las organizaciones de derechos humanos Provea y Espacio Público, por lo que puede decirse que ha sido el año del bautismo del movimiento obrero en su lucha contra el patrón gobierno. Este crecimiento de las luchas es el inicio de un mayor número de confrontaciones y de una mayor amplitud en todos los sectores y en toda la geografía nacional.

Con toda la importancia de este desarrollo, debemos tener claro que estas luchas se caracterizan por ser luchas atomizadas, aisladas y de corta duración. Se han desarrollado algunas tomas de empresas y marchas, pero todavía se está en una primera fase, que puede ser superada en el presente año por la agresividad con que amenazan la inflación y otros problemas, por lo que incluso pueden trascender lo reivindicativo. En buena medida, las debilidades aquí señaladas se deben fundamentalmente a las características de la dirección político-sindical de las mismas y que en general es poco lo que se ha avanzado en su superación, por lo que en este año 2010 pueden convertirse en un gran obstáculo a la hora de responder positivamente al plan anticrisis que ha diseñado y comenzado a ejecutar el gobierno bolivariano.

El gobierno

El gobierno del presidente Chávez argumentaba, a mediados del año 2007, que estábamos blindados ante los efectos de la crisis económica mundial. A finales de ese año, lanzó un llamado a "apretarse el cinturón" y a evitar "los gastos superfluos". Había querido negar los efectos de la crisis del capitalismo internacional, pero se vio enfrentado a los mismos así como a la disyuntiva de radicalizar sus medidas económicas y políticas. ¿Qué camino tomar? ¿Dar un salto cualitativo anticapitalista o defender la estructura económica capitalista semicolonial? En febrero de 2009 decidió tomar partido por la segunda alternativa con un paquete anticrisis de neto corte capitalista. Fue un primer momento decisivo de clara definición político-eco-

nómica.

Este primer gran momento del paquete contuvo medidas como el aumento del IVA en 3 puntos (33%), reducción inicial del presupuesto nacional en un 14% y el anuncio de un endeudamiento con la banca privada en 15.000 millones de dólares. Caracterizamos dicho paquete, inmediatamente luego de su anuncio, como las primeras medidas de un paquete más completo que incluiría el aumento en los servicios públicos, la devaluación del Bolívar y el aumento de la gasolina. Al día de hoy, sólo falta el aumento general de los servicios (agua, luz, aseo) y el de la gasolina, y debemos señalar que el aseo domiciliario ya ha sido aumentado en algunas ciudades por sus respectivas alcaldías. La segunda parte de ese paquete se dio a conocer con el anuncio de la devaluación del Bolívar a dos bandas oficiales: 2,60 y 4,30 más una tercera que pretende bajar el dólar a 5,00 Bs, cuando actualmente se encuentra a 6,05. Además se deja correr que se está estudiando el aumento de servicios como el del agua y la electricidad bajo la excusa de empujar al ahorro en su consumo, cuando lo cierto es que tan sólo se necesita continuar tapando los huecos surgidos en las arcas del Estado, las que siguen deficitarias a raíz de la crisis capitalista internacional que hizo caer los precios petroleros y por el hueco negro que ha significado mantener una política económica dentro de los marcos de "un Estado burgués, burocrático, con una voracidad creciente e insaciable por recursos económicos".

El año pasado nos permitió visualizar por segunda vez —y sin ninguna distorsión— la posición del gobierno frente a una situación de definición frente al capitalismo. Esta vez se pudo ver durante la crisis bancaria de noviembre de 2009, cuando el gobierno mostró su determinación de defender el sistema capitalista en su conjunto —y del capital financiero en particular. Apenas iniciada la crisis —en la cual estaban vinculados banqueros boliburgueses, altos miembros del gobierno y banqueros de la vieja burguesía— el gobierno usó todos los recursos en sus manos para salvar a la gran banca nacional y multinacional, comprometiendo 40 millones de Bolívares fuertes del Estado en el procedimiento. La incautación de bienes no cubre ni una parte sustancial de los dineros invertidos. El gobierno sólo aprovechó el momento para propagandizarse como mejor guardián de los intereses del capitalismo, disfrazándolos como los intereses de los ahorristas, señalando fuertemente una comparación con lo sucedido durante la crisis financiera de los '90, en vez de crear un área económica financiera bajo control obrero y social, que hubiese significado un golpe noble al capitalismo, representado por el capital especulativo, y un paso importantísimo hacia la democratización de la

gestión económica del país.

Pero el gobierno no sólo ha profundizado su giro hacia la derecha con en clara defensa del capitalismo en lo económico, sino que frente a la radicalización social se ha plantado ante la clase obrera y el pueblo con actitudes autoritarias y antisindicales, como por ejemplo en el caso de la discusión del contrato colectivo del Metro de Caracas, o el de los profesores de educación media, empleados públicos, Mitsubishi y petroleros. En estos casos, el Ejecutivo ha aplicado tácticas dilatorias y argucias legales en la discusión de los contratos colectivos apoyándose en algunos casos en otros poderes del Estado como el CNE a través de la figura de mora electoral, figura que ha impedido la discusión de un gran número de contratos en los que el Estado es el patrón. También actuó con amenazas a la clase obrera y dando apoyo a sus ministros, como pasó con los trabajadores de Guayana, a quienes amenazó con la policía política y dio un apoyo abierto a su ministro Rodolfo Sanz, el cual tiene un alto rechazo en la zona. También fueron represivas —con un claro rasgo policial-militar— sus acciones en los casos de CVG, Ferrominera, Molvenca, Supermercados Exito, mineros en el estado Bolívar y el más emblemático de Mitsubishi, donde incluso la clase obrera pagó con la sangre de dos trabajadores su rebelión contra la multinacional. Hubo represión a los pueblos originarios en el cuerpo de los Yucpas; represión de movilizaciones populares en el estado de Mérida. Mención aparte merece la criminalización sistemática de la protesta obrera y social, la que mantiene en la cárcel o en juicios a unos 130 trabajadores y dos caciques indígenas, cuyo objetivo es intimidar y desarticular al pueblo que se moviliza por sus derechos.

Aparte de esta intensificación de la criminalización de la protesta obrera y popular, otros tres hechos resaltan este año en relación a los trabajadores y el tratamiento que les da el gobierno. El primero es la actitud antiobrero y propatronal del gobierno frente al conflicto de los trabajadores de Mitsubishi, en la que levantamiento de la huelga ocurrió bajo amenaza y con el despido de los once dirigentes clasistas para debilitar a los trabajadores y su lucha. En segundo lugar, en la posición abierta de la empresa PDVSA y del gobierno en las elecciones de la FUTPV, con el fin de imponer una junta directiva para poder firmar un convenio colectivo a la medida de los planes de reducción de los costos laborales. En tercer lugar, el cuasi cierre técnico de las empresas Sidor, Alcasa y Venalum, que afecta los ingresos salariales de los trabajadores pero deja intactos los de la gerencia de estas empresas. Lo mismo ocurre en la CVG y el Míban.

El gobierno de Chávez, que tiene como objetivos domesticar tanto al capital como a los trabajadores —esto último mediante las polí-

ticas antiobreras anteriormente señaladas—, dicta medidas de expropiación como la compra de la cadena comercializadora franco-colombiana Exito, que es publicitada como parte de la lucha contra la especulación y el castigo a la violación de los derechos de los trabajadores. Otras acciones de este tipo son la expropiación de empresas en Guayana; del Café, de Sardinas, etc. y el llamado a desarrollar las APC para combatir la especulación. Con este tipo de medidas busca mantener aún su liderazgo sobre la globalidad de los trabajadores, incluso da alimento a sectores de la oposición burguesa por mantener su crítica a la política del gobierno.

Aparte de mantener el beneficio del decreto de inamovilidad por segundo año consecutivo, el gobierno mantiene una política salarial de corte neoliberal y empuja el promedio salarial a la baja, aumentando sólo el salario mínimo (10 + 15%), lo que se hace por debajo del índice inflacionario en momentos en que los beneficios de las Misiones se han reducido y en que los entes públicos están recortando el empleo precario sin aumentar el fijo —lo que ha impedido ocultar la realidad de un aumento del desempleo de 7,5 a 8%.

La burguesía

La actitud de la oposición burguesa fue durante el año pasado cada vez menos beligerante contra el gobierno. Las críticas contra algunas medidas del gobierno no pasan de observaciones y esto no se debe solamente a la incapacidad de movilizar su base social sino porque, por un lado, la crisis del capitalismo le ha restado fuerza a su planteamiento económico y, por el otro, a que el gobierno ha ido suavizando su discurso "socialista" y ha ido asumiendo medidas cada vez más claramente capitalistas (como el paquete anticrisis de febrero de 2009, la intervención bancaria de noviembre pasado y la devaluación de la moneda en enero de 2010).

Un primer y fuerte síntoma de la postura de la burguesía en su conjunto frente al gobierno fue dado por Fedecámaras y la Asociación Bancaria, las cuales declararon de manera pública —y hasta enfrentando de hecho a algunos dirigentes de la oposición política— su respaldo a la manera en que el gobierno "solucionó" la crisis bancaria con la intervención de ocho entidades financieras con la utilización de recursos del Estado —producto de la explotación a la clase obrera— para evitar una extensión de la crisis a los grandes bancos.

Aunque no corresponde a hechos acontecidos en 2009, por su importancia y repercusiones para el año 2010 tenemos que mencionar la devaluación del Bolívar en el llamado "viernes rojo" del gobierno, que es una macrodevaluación que va desde el 21% para el

dólar de 2,60, hasta el 100% para el dólar petrolero de 4,30; con un promedio de un 61%. Esta devaluación muestra cómo el gobierno se decide por una medida económica que afecta de manera drástica la capacidad de adquisición de todos los trabajadores manuales e intelectuales de la ciudad y el campo, la cual incluso golpea a los pequeños propietarios de la ciudad y del campo así como a la pequeña burguesía de profesionales asalariados. La forma en que la devaluación afecta a la población se ha podido sentir desde los primeros días y se profundizará en las próximas semanas y meses, cuando el gobierno no pueda seguir culpando a la remarcación de los precios como la responsable de la creciente inflación. Como punto de referencia histórico para entender la dinámica a futuro de esta medida, tenemos la espiral inflacionaria que se desató bajo el gobierno de Lusinchi y el incremento de la corrupción (enriquecimiento de sectores de la burocracia en conjunto y de sectores burgueses afines al gobierno, a través de mecanismos no 'ortodoxos' de apropiación de la plusvalía generada por la clase obrera) cuando se estableció la doble banda de 7,50 y de 14,50 Bs el dólar junto con el famoso Recadi. La devaluación a dos (tres) bandas va a empujar los precios hacia la banda del valor del dólar más alto. Es la dinámica del capital; en Venezuela ya hemos vivido esa experiencia.

Uno de los planteos que el gobierno señala —para diferenciarse de las devaluaciones hechas por los gobiernos adecos y copeyanos— es que se ha establecido un fondo para ayudar a los empresarios a mejorar su capacidad de producción para el mercado interno y para la exportación. Mayor claridad sobre la posición de clase del gobierno es imposible: le saca al pueblo trabajador parte de su salario —alcanzado en duras discusiones de las contrataciones colectivas o en los aumentos por decreto— mediante la devaluación y, por otro lado, anuncia que parte de ese dinero se lo va a regalar a los empresarios para que éstos aumenten sus ganancias al hacer que la clase obrera produzca más por menos salarios.

En esta oportunidad ya no fue sólo la burguesía "roja rojita" la que salió a apoyar al gobierno, como ocurrió en la crisis bancaria sino que, además de Fedecámaras (que dio su apoyo sin ninguna observación de fondo y sí pidiendo que se continuase en el mismo camino con otras medidas), el demonizado Fondo Monetario Internacional entró en escena declarando su apoyo a la medida. Esto también fue hecho por las agencias de riesgo internacional, que han elevado la calidad de la deuda gubernamental como muestra de la alegría que ha causado en los capitales internacionales la medida devaluacionista. Chávez logró unificar a toda la burguesía nacional e internacional, o por lo menos a los sectores fundamentales de ésta en

torno a su política.

Estas declaraciones de Fedecámaras y de otros organismos empresariales nacionales e imperialistas tienen otro efecto: dejan un poco descolgada a la oposición, la que no tiene ya un piso firme para denunciar al gobierno como contrario a los intereses del capital—cosa que, de consolidarse este nuevo cuadro, le restaría gran fuerza a la oposición política al gobierno.

En el seno del pueblo, la reacción ha sido de total contrariedad. Todos los explotados y oprimidos saben por experiencia que la devaluación de la moneda significa una deterioro en su capacidad de compra. Hasta ahora, la clase obrera y sectores populares no han dado una respuesta de rechazo a la devaluación —a excepción de sectores sindicales como C-Cura y, a nivel político, la USI y Opción Obrera.

Los trabajadores y sus luchas

El importante aumento de las luchas obreras y populares se ve reflejado en el informe anual de Provea. Las mismas aumentaron un 40% con respecto al año pasado. No vivimos una lucha de las dimensiones de Sidor, que marcó el año 2008, pero sí conflictos importantes como los de la Mitsubishi, Ferrominera, trabajadores del aluminio en Guayana (Carbonorca, Bauxilum, Venalum Y Alcasa; obreros y estudiantes de la ULA; trabajadores de una decena de empresas en la zona Chivacoa-Nirgua del estado Yaracuy; trabajadores eléctricos a nivel nacional, del Metro de Caracas, petroleros, mineros del estado Bolívar y transportistas de las empresas básicas; un tímido despertar de la lucha estudiantil en la escuela de Sociología de la UCV; universitarios en Guayana; obreros de Remavenca Cumaná, Iosa e Inferca en Barquisimeto; trabajadores de las clínicas populares; trabajadores informales en Catia y El Cementerio en Caracas. En el estado de Mérida, el jueves 1° de octubre del año pasado, los habitantes de El Ejido, El Vigía y de la propia capital de Mérida realizaron un cacerolazo y cornetazo masivo como protesta por los constantes apagones que se vienen suscitando en este estado. También los de trabajadores de las gobernaciones de los estados de Bolívar y de Aragua, así como los de la Alcaldía Metropolitana han realizado protestas. También las minorías étnicas han iniciado un proceso de respuestas ante los incumplimientos del gobierno en la demarcación de tierras, como los Yukpas en la Goajira.

Hasta aquí, una muestra de algunas de las centenares de luchas desarrolladas a lo largo y ancho del país llevadas a cabo por diferentes grupos de explotados y oprimidos del país, tanto del sector pú-

blico como del privado, en los que la clase obrera fue la más dinámica, convirtiéndose así en un factor determinante que la afianza como vanguardia del proceso social revolucionario que se vive en nuestro país desde hace más de una década y que, luego de años de reorganización de sus organizaciones sindicales, profundiza su proceso de concientización con luchas cada vez más fuertes. Una característica importante es que, a pesar del peso de Chávez en el conjunto del movimiento de trabajadores, se está entrando en una etapa de enfrentamientos cada vez más abiertos con el patrón gobierno. En esta confrontación, resulta importante que el aumento del descontento y de las luchas no ha llevado a un crecimiento de la influencia de las direcciones de la oposición burguesa al gobierno de Chávez.

El PSUV

De las organizaciones políticas, la más significativa es sin duda el PSUV. El aparato organizativo montado desde el gobierno en sustitución de MVR no ha resultado mejor que su antecesor. En su interior predominan los grupos nacionales y regionales no programáticos, vinculados a uno u otro dirigente nacional y regional, que se mueven por sus intereses particulares. El Congreso Ideológico mostró este carácter burocrático, aunque militantes con total o cierto grado de autonomía de estos agrupamientos internos lograron salir electos, pero teniendo menos peso que en el Congreso Fundacional. A la hora de la toma de decisiones sobre el programa del partido, así como pasó cuando fue la elección de las autoridades nacionales, el propio Chávez —y su entorno— es el que decide.

En el llamado I Congreso Ideológico desarrollado en 2009, la disputa por las delegaciones fue todo un concierto afinado de las diversas corrientes burocráticas que se han venido incubando de manera rápida al interior del partido. En esta oportunidad, el peso de las direcciones se hizo sentir con mucha más fuerza que en el Congreso Fundacional. Los listados de votantes fueron filtrados por una Comisión nombrada a dedo, que al final fue la que decidió desde arriba según criterios antidemocráticos. El debate sobre el carácter del partido fue decidido de hecho por el propio Chávez en su discurso de apertura, en el que dejó sentado el carácter policlasista de éste.

Todas estas situaciones están generando un movimiento inicial de distanciamiento o ruptura por la izquierda de militantes, quienes plantean, en el mejor de los casos, la apertura de la discusión de la construcción de espacios organizativos al margen del PSU.

La "crisis" del PSUV, que está en sus comienzos, se desarrolla en paralelo y sintonía con la crisis económica y social del país, tam-

bién la desmistificación del liderazgo de Chávez corre a la par. Lo más significativo se refleja en el desgranamiento de los militantes más comprometidos con la lucha social deseosos de una real alternativa anticapitalista, no burocrática, más que en la conformación de una corriente programática en su interior. No estamos afirmando que estamos en presencia de una desbandada de la militancia y el acabose del partido como aparato burocrático clientelar y electoral, sino que se trata del inicio de una dinámica que ha de continuar en los próximos meses y que tienen la posibilidad de acelerarse en la medida en que las masas entren en combate contra los efectos de la crisis capitalista y las medidas del gobierno. En la medida en que el gobierno golpee más el poder adquisitivo de los salarios, que golpee los empleos y asuma posiciones cada vez más represivas y antidemocráticas, que muestre sus contradicciones entre el discurso antiimperialista y su política real —y en la medida en que las organizaciones revolucionarias nos postulemos como dirección política concreta de esas luchas— se hará factible la conformación de importantes corrientes de izquierda al interior del PSUV y, sobre todo, de polos revolucionarios al exterior del mismo, y que ambas tendencias corran paralelas por un período hacia la posible conformación de una dirección política revolucionaria de masas de carácter marxista. La segunda tendencia empieza a manifestarse con fuerza en sectores como los petroleros, donde el 30% de los trabajadores votaron por una corriente que el propio gobierno ha catalogado como antichavista y contrarrevolucionaria —y esto que sólo estamos al comienzo de la crisis.

Una cosa hay que tener clara: que la militancia del PSUV y los chavistas en general están profundizando la búsqueda de salidas a la crisis y no están dispuestos a sacrificarse en la hoguera de un bolivarianismo abstracto, todavía más burocrático y al servicio del capital. Esto lo vemos no sólo en el resultado de las elecciones petroleras, sino en Guayana, en Aragua, en el oriente, en Yaracuy, lugares donde las luchas se multiplican presentando cada vez menos atención a los discursos que las identifican con los "escuálidos". Las luchas se multiplican generando direcciones sindicales y políticas que, si bien no se declaran antigobierno, tampoco se apegan a los dictados de éste. También al exterior del PSUV, militantes y agrupaciones están desarrollando una dinámica de acercamientos que puede generar núcleos de dirección revolucionaria, hacia los cuales hay que tender puentes de fraternidad política.

Plantearse una política de frente único es vital en esta etapa, teniendo en cuenta que si bien las masas no se amarran al gobierno y que van en una dinámica de mayores enfrentamientos con éste, ape-

nas están dando los primeros pasos, sobre todo a nivel sindical —reivindicativo en general— por lo que el método tiene que ser más el llamado a la unidad en la lucha, al pedido fraternal a todas las organizaciones y dirigentes asuman el papel de defensa de los derechos y reivindicaciones obreras y populares, para mantener una posición de clara independencia política de clase cada vez que el gobierno se aleje más de sus propias propuestas políticas y sociales nacionalistas, antiimperialistas y defienda políticas capitalistas. Trotsky lo esboza muy bien en "La lucha contra el Fascismo en Alemania" y más concretamente en "Carta a un obrero socialdemócrata", que forma parte de tan extraordinaria obra educativa.

Las organizaciones políticas y reivindicativas de la clase

El aumento en la lucha social se debió fundamentalmente a la presión de las propias masas en respuesta ante problemas reivindicativos y como respuesta a las amenazas del gobierno. Petroleros, empresas básicas de Guayana, trabajadores eléctricos son un ejemplo de esto. También se dieron como respuesta al accionar de los empresarios que se negaron a responder positivamente a exigencias contractuales o reivindicativas de la clase: los trabajadores de la zona de Nirgua en Yaracuy, Mitsubishi, Remavenca, Cumaná, etc.

Las direcciones sindicales agrupadas en la UNT o en la UST se caracterizaron, en general, por ser incapaces de articular campañas de solidaridad con los diferentes conflictos, de contribuir a fortalecer aquéllos donde la clase se vio forzada a salir al combate, asumiendo cuando mucho un accionar de solidaridad propagandística y hasta en este campo muy débil. Ante los conflictos más importantes, corrientes como Marea Socialista, la FSBT, CTR, el PCV mantuvieron en diferentes grados una actitud casi contemplativa, sino fue la de colocarse al lado del patrón gobierno.

Al final de año, y como una consecuencia de la división existente en las filas de la UNT, un sector de ésta convocó un Congreso que tuvo más las características de un encuentro, donde aparte de marginar de la convocatoria a una corriente tan importante como C-Cura a pesar de los graves problemas que gravitaban sobre la clase y del accionar del gobierno que mostraban el giro a la derecha y antiobrero, los participantes no fueron capaces de sacar ni una declaración desde el punto de vista de clase sobre el método capitalista de salvación de la Banca o ante el despido de los dirigentes de la Mitsubishi.

Lo más importante que lograron los dirigentes de Marea Socialista, CTR, PCV y otros que se reunieron fue convocar para princi-

pios del año 2010 una reunión para discutir la convocatoria de un nuevo Congreso donde se elegirían las autoridades de la UNT, la cual resultó en una competencia entre ellos sin que se sepa a qué conclusiones llegaron.

Perspectivas económicas y sociales

La crisis económica del capitalismo internacional ha entrado en una etapa de recuperación parcial e inestable en algunos países, que han salido de la recesión sin que ello signifique que la penuria para las masas haya terminado, siendo el aumento del desempleo la principal causa de dichas penurias, junto con la desvalorización salarial.

Producto de las billonarias sumas en dólares que gobiernos de los Estados Unidos, Europa, Japón, China y otros han usado para salvar al sistema bancario internacional, dinero que está siendo usado para continuar con la especulación financiera, las bolsas de valores han logrado una recuperación de la economía especulativa, pero que muestra sus debilidades como ocurrió con la amenaza de cesación de pago de su deuda de Dubai. La economía real, a excepción de China, no muestra signos importantes de recuperación.

Los capitalistas han recommenzado su loca carrera especulativa en las bolsas de valores, que se refleja en el aumento de los precios de algunas materias primas como el petróleo, nuestro principal producto de exportación, sin que ello permita prever que la producción y los precios lleguen a los niveles que adquirieron en el año 2008 —más cuando se hacen presentes las sombras de la explosión de una nueva crisis.

La crisis recesiva en la que se vio sumida la economía nacional en el año 2009, con un decrecimiento global del 2,8%, un crecimiento del desempleo al 8% y una inflación del 25% —todo según cifras del Banco Central de Venezuela que son poco creíbles es prácticamente imposible se revertir para el año 2010. Todo nos indica que la crisis se va seguir reflejando durante el año 2010 con signo de recesión con inflación y una merma considerable del poder adquisitivo de los salarios, así como con el aumento del desempleo.

El mismo gobierno, más allá de los discursos optimistas de la fortaleza de la economía y de poder seguir "bajando" la inflación, se ha visto obligado a devaluar la moneda manejando el criterio de dos bandas, una a 2,60 y una segunda a 4,50; pero admitiendo —lo que hasta ahora no quería hacer— la existencia del dólar permuta o tercera banda, el cual mantiene un valor de entre 5,80 y 6,05 Bs.F a pesar de la venta de bonos de la deuda pública. Se calcula que para bajar de manera sensible este valor a 5 Bs.F que se ha planteado co-

mo meta, el gobierno deberá quemar unos 50 millones de dólares diarios, lo que es una verdadera sangría para las finanzas del Estado. Bajo estas condiciones, Alí Rodríguez Araque ha tenido que admitir que la devaluación va a incidir en unos 5 puntos en la inflación del año 2010.

Que el gobierno mantenga su estimación de una inflación por debajo del 27% para el año 2010 no nos debe extrañar. Durante meses en el año 2008 sostuvo que nuestra economía estaba blindada ante la crisis del capitalismo internacional. Durante años sostuvo que no iba a devaluar el Bolívar. Tan sólo el año pasado gastó miles de millones de dólares tratando de bajar el precio del dólar paralelo, del cual decía que no existía y que quien anunciase su valor, sencillamente podía ser penado por la ley. Ahora es el propio gobierno quien por radio y televisión anuncia su existencia y el combate que va a librar para bajar su cotización a por lo menos 5 Bs.F.

Los anuncios del gobierno de que se va a convertir en importador distribuidor y comercializador de ciertos productos de línea blanca y de automóviles, los que va a vender a la tercera parte del precio al cual se expenden actualmente, de lograrse tan sólo va a sembrar nuevas distorsiones en el mercado capitalista que se pueden reflejar en una mayor desinversión por parte de empresarios privados en las áreas donde el Estado le compita.

La incidencia de esta competencia, dependiendo de la magnitud, puede ayudar a crear un índice inflacionario "aceptable" para el gobierno, pero que no impedirá la pauperización de nuevas capas de la población que no van a acceder a esos bienes comercializados por el gobierno, pero que sí ayudará al mercado "normal", donde los precios seguirán su rumbo ascendente, aparte de que por la manera burocrática en que se pretende hacer funcionar el mecanismo comercializador muy pronto veremos aparecer nuevos focos de corrupción que distorsionarán todo lo positivo que llevan las intenciones comercializadoras, y donde el anuncio de la "nacionalización" de la cadena de hipermercados Exito y el Sambil de Caracas pareciera formar parte del mecanismo pensado por el gobierno para vender los productos que haya decidido comercializar, lo que fortalecerá el clima de desconfianza existente en sectores burgueses.

El gobierno ha anunciado que la devaluación puesta en marcha va a terminar con los dólares baratos para los "especuladores" (léase empresarios y burócratas metidos a los negocios), para lo cual desde ya pronosticamos su fracaso, pues la sola existencia de dos bandas para el precio del dólar va a generar que una franja de empresarios bien ubicados con el gobierno van a conseguir esos dólares de 2,60 y venderán los productos al precio de dólar 4,30 —eso si no se

le presenta la oportunidad de hacerlo al precio del dólar permuta que es bastante más alto, pero partiendo, hacia arriba, de los precios actuales. Las primeras ventas de bonos en dólares que se compran en bolívares por parte del BCV, por un monto de 140 millones de dólares, levantó la crítica de que prácticamente los mismos se colocaron a dedo, es decir a los grupos económicos (bancos e inversionistas financieros) más cercanos al gobierno.

Por otro lado, los "beneficios" que el gobierno espera de la devaluación, como es una baja de la inflación mediante la baja del precio del dólar permuta, obvia el hecho de que los empresarios ya han mostrado sus garras remarcando los precios o, sencillamente, colocando nuevos precios a la mercancía que entra nueva a la empresa. Así vemos que productos agrícolas como las semillas caraotas, eléctricos, de construcción (cemento y cabilla) han aumentado entre un 20 y un 100%.

Los anuncios de los beneficios que sobre la competitividad de los productos hechos en Venezuela tendrá la devaluación practicada no contempla que los trabajadores, al sentir los golpes de una inflación creciente de manera violenta, responderán con exigencias de aumentos de salarios que, de alcanzarse, anularán buena parte de los objetivos que el gobierno buscó con la devaluación, esto aparte de que, por un lado, se ahorran costos de producción y se obtienen más bolívares por dólar petrolero, pero por otro tendrá que sacar más por los bienes que se van a importar.

Pero ocurre que la búsqueda de reactivar la economía al punto de poder competir con los productos importados es realmente una ilusión en cuanto a la generalidad de los productos, entre otras razones porque en Venezuela los costos para los empresarios no están determinados sólo por los salarios, sino también por productos importados y, por otro lado, reactivar las miles de empresas que han sido cerradas no es un problema de unos pocos meses y de simples deseos. Además, en Venezuela no existe el parque industrial requerido para sustituir un volumen importante de importaciones, digamos siquiera en un 50%.

El que el gobierno vaya a manejar una mayor cantidad de bolívares producto de la devaluación, no significa que tenga igual o mayor capacidad para resolver los problemas de la población que durante el año 2008. El gobierno tendrá un menor margen de manobra para satisfacer las demandas obreras y populares porque el presupuesto real, seguirá siendo menor que el del año 2009. Chávez verá cómo las Misiones continuarán deteriorándose, empujando con fuerza el desarrollo del descontento y hasta de movilizaciones en este sector, aparte de problemas en los servicios que generan descon-

tento en el conjunto de la población.

Si ya la situación social se venía calentando ante los problemas irresueltos por la desmejora de beneficios sociales como las Misiones, por la violación de las contrataciones colectivas y por las aspiraciones de mejoría de las condiciones de vida y trabajo, se puede predecir que el aceleramiento de la inflación y el aumento del desempleo formal, producto de la devaluación y extensión de la recesión económica, van a servir de acicate para el descontento y la protesta obrera y popular, incluso a pesar de las campañas distraccionistas que implemente el gobierno sobre las amenazas de la contrarrevolución o de los infiltrados y del propio proceso electoral, en el cual desde hace unas semanas el propio Chávez anda en campaña hacia la nueva victoria que necesita obtener. Mención aparte para la problemática social que se va a agudizar en el presente año, que tiene que ver con el servicio eléctrico y del agua, que por problemas de falta de planificación e inversiones adecuadas se han deteriorado al punto de que los apagones y racionamientos se están convirtiendo en una cosa de rutina, lo que ha provocado protestas en varias ciudades del país, problemática que tiende a agravarse y cuya permanencia tiende a traspasar el presente 2010.

Dentro de este contexto, las propuestas reivindicativas del movimiento obrero y del movimiento popular seguirán tomando fuerza como elemento de demanda central de los mismos, sobre todo las de carácter salarial, a las que se le sumarán los reclamos por eficientes servicios de agua y luz. La defensa de las conquistas sociales será otro elemento que incentivará nuevas luchas, en las que los militantes revolucionarios tenemos que aportar nuestra presencia política para acrecentar nuestra influencia en desmedro de los sectores de la derecha burguesa o de los burócratas que le hacen el juego. Las luchas por la autonomía e independencia del movimiento sindical seguirán siendo una tarea principalísima del movimiento obrero clasista y revolucionario, por lo que estará a la orden del día puesto que el gobierno, ante su búsqueda de una alianza con sectores burgueses nacionales y multinacionales, tendrá que profundizar su búsqueda de contener al movimiento obrero, de desviar y desorganizar sus luchas y para lograrlo poner a las organizaciones sindicales a su servicio. De igual manera, se hará cada vez más evidente la necesidad de desarrollar luchas unitarias en defensa del derecho a huelga y contra la criminalización de la protesta obrera y popular, tareas todas estas que se combinarán en el espacio y tiempo, y donde los sectores marxistas revolucionarios tendremos la oportunidad de probar nuestros programas y métodos para contribuir al fortalecimiento de las filas proletarias y la conducción de dichas luchas por la senda de la revolu-

ción socialista.

En el presente año con el aumento de las luchas, la debilidad de la organización sindical deberá ser enfrentada con el desarrollo de una política de solidaridad activa que permita fortalecer y extender el campo de lucha y evitar así el aislamiento y asfixia de las mismas. Una política de solidaridad, desarrollada con una concepción también organizativa de la clase y la vanguardia revolucionaria, se puede convertir en un poderoso instrumento para la conquista de victorias y el crecimiento o fortalecimiento de una corriente político sindical revolucionaria de real implante nacional.

Guayana

Pero los problemas sociales para el gobierno no comienzan ni terminan con problemas de la inflación y el estancamiento económico. Uno de los problemas más agudos que ha de vivirse está en pleno desarrollo en Guayana. Aparte de los serios problemas que se venían viviendo en la zona con el deterioro de la capacidad productiva de empresas emblemáticas como Sidor, Alcasa, Venalum, Ferrominera Carbonorca, más otras como Matesi, han entrado en una nueva etapa de su crisis al entrar en los planes gubernamentales de reducción de la producción para ahorrar unos 300 millones de gigavattios.

Alrededor de las empresas de la CVG se mueve la gran mayoría de las empresas de Guayana y su parálisis casi total las va a afectar, ya sea por la vía de la falta de materias primas o por la vía de verse obligadas a importar, además el problema de costos y de tiempos de entrega. No son sólo los trabajadores de Sidor, Alcasa y Venalum los que ven en peligro sus puestos de trabajo más allá de las promesas del gobierno, sino toda la clase obrera industrial de Guayana.

La reducción de la producción de Sidor, Alcasa y Venalum con el apagado de hornos y el cierre de celdas, incluso pasado el problema de la reducción del consumo de electricidad, no finaliza el problema que crea esta situación para los planes de producción nacional y de reactivación económica previstos por el gobierno, pues la reactivación de estas empresas lleva meses y un alto costo en bolívares que va a afectar todos los planes previstos.

Pero para el proletariado de Guayana, el problema va más allá de la reducción de los salarios y la inestabilidad en el trabajo. Como ya expresamos en una entrevista a los camaradas de la ISO a finales del año pasado, el gobierno ya se venía preparando para reducir los beneficios contractuales en empresas como Sidor, a la que ahora se añaden Alcasa y Venalum, bajo la excusa de la crisis y del sacrificio que

ha hecho el gobierno para no despedir a miles de trabajadores. Es decir, el problema es el del desarrollo de todo un plan global para disminuir las conquistas contractuales alcanzadas por el conjunto de los obreros de las empresas básicas y de Edelca, todo lo cual pasa por domesticar al conjunto del movimiento sindical.

Aparte del plan inicial expresado en el "Plan Guayana", con el desarrollo colateral de las milicias y los batallones del PSUV como elementos de distorsión y amedrentamiento, el gobierno ya debe haber armado las nuevas ideas para cumplir el plan que anunció cuando el propio presidente Chávez, desde Guayana, dejó que los responsables de la crisis de las empresas básicas eran los trabajadores por los privilegios que gozaban con los contratos colectivos y que era necesario acabar con los mismos. El gobierno que acaba de arrancarle a los trabajadores del Metro, eléctricos y ahora a los petroleros importantes conquistas bajando con ello los costos de producción, no desaprovechará la oportunidad para alcanzar un nuevo logro sino una victoria clara.

La situación de Guayana en particular requiere que los sectores revolucionarios intensifiquemos nuestros esfuerzos por propagandizar un programa anticrisis para toda la zona, que defienda los intereses del proletariado, que es el de mayor concentración y el de mayor combatividad de los últimos dos años de nuestro país.

—Se trata de levantar propuestas que se eliminen los privilegios de la burocracia de la CVG y el Miban.

—Que las mesas de trabajo que se han constituido, se transformen en verdaderos comités que desarrollen el control obrero de todos los planes de contingencia que haya que aplicar hasta la plena normalización de las empresas. Hoy es más que evidente que el único sector que ha sido sacrificado es el de los trabajadores y es a los trabajadores a quienes se les está pidiendo que aporten sus conocimientos para sacar las empresas en mejores condiciones de cómo estaban cuando estalló la crisis energética. El desarrollo del control obrero tiene que pasar porque estos determinen el monto a pagar por sueldos y salarios de toda la gerencia de la CVG y el Miban, para empezar.

—Es necesario que las mesas o comités de trabajadores entiendan que el verdadero control obrero no una cogestión de características de "calidad total" que sólo sirve para aumentar la explotación de la mano de obra asalariada —sólo podrá ser posible si se arranca en lucha contra la misma burocracia de la CVG y el Miban.

—Para poder desarrollar un plan de recuperación de la empresa de Guayana que sirva a la clase trabajadora y a un proceso revolucionario socialista es necesario que esas mesas o comités de trabaja-

dores se constituyan en un solo comité o mesa de trabajadores de todas las empresas básicas que coordine todos los planes que los trabajadores aprueben.

—Pero el problema de Sidor, Venalum y Alcasa no es sólo de estas empresas, sino de todos los trabajadores de Guayana. Es necesario que se impulsen comités obreros en todas las empresas que discutan un plan para desarrollar de manera urgente el control obrero a todos los niveles en todas las empresas. Estos comités, al igual que los de las empresas básicas, funcionarán en cada departamento de las empresas y se coordinarán mediante direcciones compuestas por delegados elegidos democráticamente y revocables en el momento en que las bases que los eligieron así lo decidan. En esta coordinación, estudiarán la situación y se elaborarán los planes de contingencia necesarios para que la crisis no sea recargada sobre los hombros de ningún sector de los trabajadores.

Guayana será centro de las próximas y más importantes batallas por la independencia y autonomía de la clase obrera y sus organizaciones, pero además en defensa de las condiciones de trabajo, niveles salariales y otras reivindicaciones contractuales de nuestro país. Las batallas que se han de librar serán duras y en ellas las corrientes clasistas y combativas se batirán contra las corrientes burguesas y pequeño-burguesas de carácter reformista que, arropadas con un lenguaje patriotero bolivariano o marxistoide, tratarán de maniatar a la clase para que la patronal golpee lo más duro que pueda, tal y como lo hizo con los trabajadores petroleros, electricistas y otros.

Hoy, en otras condiciones, la clase tiene que desarrollar su capacidad de combate clasista y revolucionario, capaz de enfrentar y derrotar cualquier política que pretenda desmejorar sus condiciones de trabajo y salariales. En esta oportunidad, el reto de la clase es mucho mayor que cuando los sidoristas derrotaron a Techint, entre otras cosas porque los elementos de la crisis económica pesan en la conciencia y crean un ambiente menos favorable que en aquella oportunidad, pero su superación no es imposible y ello depende de la constitución de una dirección sindical clasista y revolucionaria. La clase tendrá que hacer gigantescos esfuerzos para vencer y seguir avanzando, ya no sólo por sus intereses reivindicativos, sino para derrotar un plan anticrisis concreto que se les está aplicando y a sus ejecutores, como es la burocracia de la CVG, Miban y los sindicaleros que le hacen el juego.

Los sectores revolucionarios y los marxistas en particular tenemos entonces una tarea en esta oportunidad, donde las batallas pueden tener una envergadura mayor y a escala nacional que cuando ocurrió lo de Techint. El reto está planteado. Es en todas estas batallas

que se anuncian, donde se forjará la dirección política revolucionaria de los trabajadores y el pueblo. Tenemos con qué cumplir y vamos a hacerlo camaradas.

Desde la CSR —El Topo Obrero tenemos claro que tenemos el deber que cumplir, tareas que ejecutar para contribuir a la victoria de la clase tal y como hicimos durante la discusión del último contrato colectivo de Sidor al impulsar el comité de conflicto. Desarrollar un Frente Unico de Organizaciones Clasistas y Revolucionarias es un paso adelante a favor de la clase. El reto está planteado y hay que asumirlo.

Perspectivas generales

Sin discusión, los próximos meses serán escenario del crecimiento del descontento y de la multiplicación de las luchas en las filas del movimiento obrero y popular. Este descontento se verá alimentado por la creciente inflación y la desmejora de los niveles de vida, de trabajo y de estudio; por los problemas irresueltos en las comunidades, por la violación de derechos democráticos y la criminalización de la protesta social, por las posturas del gobierno en defensa cada vez más clara del capitalismo, más allá del discurso socialista que desarrolle, y por los problemas de la crisis de los servicios públicos como el agua y la energía eléctrica.

Las oportunidades de fortalecer las tendencias clasistas, combativas y revolucionarias en el seno del movimiento obrero florecerán. Por primera vez en décadas, la oportunidad de fortalecer la construcción de una alternativa de dirección política marxista revolucionaria a nivel nacional es un hecho real. La misma se ha de expresar con más fuerza en algunos sectores como alternativa real de masas. A nivel nacional, esta posibilidad se ve limitada por el gran peso que tiene todavía el "chavismo", la experiencia política de las masas y nuestras propias debilidades político organizativas, por lo que a este nivel, la posibilidad es la de crear núcleos que se fortalezcan en lo organizativo y en lo político. Núcleos necesarios que se pongan a la cabeza de ese descontento y esas luchas crecientes. El proceso electoral que se ha de desarrollar es una buena oportunidad para participar con una política que traspase lo reivindicativo y que ponga en el escenario nacional, para la discusión de la vanguardia social revolucionaria —la que se identifica con el chavismo y la que no— que permita acrecentar las fuerzas de los revolucionarios, para a su vez multiplicar nuestras intervenciones en la lucha social.

La gesta revolucionaria de Túpac Amaru

Christian Rath

El 4 de noviembre de 1780 se produjo el primer acto de la rebelión indígena y campesina que conmovió hasta la raíz el imperio español. Constituyó por su extensión y profundidad uno de los mayores levantamientos sociales en la historia del continente y el laboratorio por excelencia de lo que más tarde sería la rebelión emancipadora de 1808-1826. A diferencia de los (cada vez más frecuentes) alzamientos producidos en los cincuenta años previos, la rebelión liderada por Túpac Amaru planteó un programa de independencia del dominio político español y de ruptura del régimen de opresión de las masas campesinas e indígenas, sobre el que se asentaba el conjunto del sistema colonial. Lejos de limitarse a un movimiento exclusivamente campesino e indígena, buscó una y otra vez hacer confluír su lucha con los criollos (y hasta llegó a lograrlo episódicamente) y obligó a todas las clases sociales a tomar posición y poner a prueba sus horizontes sociales e históricos.

La rebelión fue, indiscutiblemente, un episodio de la emancipación americana que es, a su vez, parte del vasto proceso histórico de la revolución social burguesa. Cuatro años antes del alzamiento de Túpac Amaru, en 1776, salía a luz la "Declaración unánime de los

trece estados de América" punto de partida de la independencia de EEUU y de una revolución que, para algunos autores, provocó un profundo cambio de conciencia en las clases opuestas al imperio y fue un factor en la agitación social generalizada en los centros de Latinoamérica en esos años.

El alzamiento campesino indígena tuvo su corazón en el Cuzco pero se extendió de Venezuela y Colombia hasta las provincias argentinas del norte y Cuyo. En su alcance y profundidad intervinieron una serie de procesos que tendieron a confluir en las últimas décadas del siglo XVIII. A partir de las "reformas borbónicas", impulsadas por el atrasado imperio español en su competencia con el occidente europeo, el peso de los impuestos coloniales sobre los grupos locales (criollos en gran medida) se multiplicó y se tornó particularmente crítico en zonas antes florecientes, como los yacimientos mineros en fase de agotamiento en el virreinato del Perú.

Casi en simultáneo con la revolución norteamericana estallaron en las colonias hispanas crisis y alzamientos contra la imposición de las nuevas cargas fiscales. La primera de ellas va de 1779 a 1783 y se corresponde con la guerra de España con Inglaterra (16 de junio 1779) a raíz, precisamente, de la emancipación de las colonias del norte — España apoyó el levantamiento de las 13 colonias. En 1779 —un año antes del levantamiento— la máquina fiscal encargada de recaudar un aumento considerable de los derechos de aduana, las alcabalas —tributo en la compraventa— y otros gravámenes, se puso en marcha en las colonias y comenzó a actuar sin miramientos. Para entonces, acababa de dictarse el decreto y reglamento de comercio libre de 1778, que habilitó nueve puertos en España y veinticuatro en las colonias, pero la guerra con Gran Bretaña incomunicó al imperio con las colonias.

La gran rebelión campesina fue precedida y hasta coexistió con el amplísimo movimiento de rechazo a los nuevos impuestos, organizado por los "europeos americanos", los blancos nacidos en América que, aunque se encontraban en posición social y política inferior a los españoles instalados en la administración colonial, eran grandes comerciantes y propietarios de tierras y de minas. De marzo a junio 1781, en simultáneo con la rebelión indígena, se produjo la llamada Revolución de los Comuneros de Nueva Granada (Colombia) que llegó a sitiar a Bogotá para imponer sus reclamos a las autoridades españolas.

Los movimientos de lucha de criollos e indígenas llegaron a unirse en experiencias como las de Nueva Granada y Oruro, y plantearon, treinta años antes de la Revolución de Mayo, uno de los grandes problemas de la revolución latinoamericana: "Existían a la sazón

dos movimientos revolucionarios americanos: uno criollo y otro indígena... a veces se entrelazaban y a veces se ignoraban, pero finalmente entraron en lucha implacable", circunstancia "fatal para el éxito de las tentativas emancipadoras"¹.

El papel clave de la explotación indígena

Hacia 1780, el sistema colonial español se asentaba en la brutal explotación de la masa indígena.

Los indígenas de 18 a 50 años estaban obligados a pagar un tributo a la Corona, y debían cumplir con la mita, régimen de trabajo obligatorio en obras de "utilidad pública", en particular en las minas de Potosí. Las minas y los obrajes, especie de primitivas fábricas textiles, fueron el centro del odio indígena por la feroz explotación de su mano de obra.

En el siglo XVII va a ser introducido el régimen de "repartimiento de efectos", un intento de imponer por la fuerza la integración de indígenas y mestizos a la economía de mercado y conseguir una mano de obra segura. Para imponerlo se reforzó el papel de los corregidores, cabeza del poder colonial en las provincias. El funcionario imponía a los indios (y a los mestizos) la compra arbitraria y obligatoria de mercancías cuyo uso con frecuencia desconocían, disponía de la fuerza pública para la recaudación de las deudas y era, a la vez, el juez que decidía los pleitos de los nativos con el poder.

Con el reparto forzoso de mercancías se quebraba el régimen de auto subsistencia de los productores, quienes tenían que aceptar los productos que les vendían y entregar fuerza de trabajo para poder pagar las mercancías que se les habían repartido. "El volumen de repartimientos se triplicó entre los años 1754 y 1780, pasando de 1.224.198 pesos a 3.672.324 pesos"².

Esta inmensa confiscación valorizó como nunca el papel de los corregidores. El valor de estos cargos, que se compraban desde antes de los "repartimientos", se multiplicó por cuatro entre principios y fines del siglo XVIII. Los grandes comerciantes de Lima, que eran proveedores de las mercancías que se les imponían a los indios, prestaban a los corregidores los fondos necesarios para comprar sus cargos y financiaban sus adquisiciones.

Los españoles impusieron la localización forzada de las comunidades indígenas en pueblos que llamaron "reducciones". El objetivo era facilitar la explotación y la regimentación social y, a la vez, apropiarse de las dilatadas tierras indios que habían escapado al despojo inicial.

Todo el edificio del régimen colonial se asentó en esta explota-

ción, y todas las clases y sectores sociales —hacendados, comerciantes, curas— disputaban el excedente producido por la gran masa indígena.

Para mantener el sometimiento de esa masa de explotados, los españoles adoptaron la antigua organización incaica en su escalón inferior, preservando el ayllu —una comunidad de familias, de veinte a cuarenta— y su gobierno, a cargo de un cacique (o curaca) que aceptara convertirse en auxiliar de la autoridad hispana, colaborador en el cobro de los tributos y en los "repartos". Por esta razón, los caciques estaban eximidos del tributo y de la mita, recibían instrucción y se les reconocía el derecho de petición en nombre de su comunidad. Por esa razón, a la vez, existía una diferenciación social entre el indígena y el cacique sólo atenuada por el hecho de que éste, fuera de la comunidad, era un escalón inferior de la sociedad colonial.

Los españoles europeos mantuvieron férreamente el control de este régimen social y político hasta mediados del siglo XVIII, momento en el que comenzaron a sufrir la oposición de los grandes propietarios criollos que habían logrado conquistar posiciones económicas a partir de su papel en la exportación, pero sólo habían logrado acceder a limitados ámbitos de representación, básicamente en los cabildos.

Entre la gran masa indígena y la minoría de grandes propietarios (españoles o criollos) existía una masa de artesanos, pequeños comerciantes y arrieros, en gran parte mestizos, que constituían la masa plebeya de las ciudades de entonces (el mestizo, mezcla de indio y blanco, tenía vedado el acceso a la enseñanza, a los empleos públicos, al sacerdocio y al uso de armas).

El alzamiento acaudillado por Túpac Amaru sumó fuerzas de estos sectores y de las capas indígenas que se encontraban en la periferia de las grandes ciudades —Lima, Potosí—, una vez cumplidas sus obligaciones de trabajo forzado o huyendo de ellas: los llamados indios "forasteros", expresión del desmoronamiento del régimen de opresión organizado por el imperio español.

La rebelión y su programa

La población de América Latina hacia fines del siglo XVIII ascendía, según estimaciones de la Corona, a 16 millones de habitantes. De ese total, un cuarenta por ciento se asentaba en una zona que iba desde el norte de Argentina hasta el sur de Venezuela, exceptuando Brasil. En esos territorios se asentó el imperio incaico y allí, no por casualidad, se produjo la rebelión de millones de indígenas y campesinos en 1780.

El alzamiento indígena y campesino tuvo una larga preparación. Hubo una sucesión creciente de alzamientos que alcanzó su punto más alto con la rebelión de Túpac —once de 1750 a 1759, veinte entre 1760 y 1769 y sesenta y seis de 1770 a 1779³. Los movimientos de rebeldía, sobre todo los últimos, estuvieron animados por un planteo de retorno al imperio incaico. Los centros de esta tendencia nacionalista inca fueron las escuelas de caciques de Lima y Cuzco y fue en esta última donde Túpac fue influido vivamente por la obra del inca Garcilaso de la Vega y su interpretación utópica y embellecida del imperio de los incas, en relación con las características feroces de explotación de castas y pueblos que significó el Incario. Este planteo "constituyó el elemento de unidad ideológica entre desiguales aliados de la rebelión: caciques y campesinos"².

La rebelión indígena tuvo de este modo un planteo programático: el retorno al incanato, que su líder desarrolló tenazmente. Gabriel Condorcanqui —éste era el nombre original del caudillo rebelde— adoptó el nombre de Túpac Amaru como homenaje al inca que había encabezado, en el siglo XVI, la rebelión contra los españoles en la zona de Vilcabamba. Descendiente de soberanos incas, reclamó el reconocimiento oficial de este título, a sabiendas de su peso en la masa indígena. A fines de 1777 presentó un alegato al virrey, suscrito por un conjunto de caciques, reclamando la derogación de la mita en las provincias a su cargo y en el que se detallaba minuciosamente la explotación y los vejámenes a que era sometida la masa indígena.

El alzamiento fue producto de una vasta tarea conspirativa en un terreno absolutamente fértil a la rebelión, desde el momento que las masas indígenas habían madurado a partir de una constatación inapelable: "Contra todos los reproches que —en el nombre de conceptos liberales, esto es modernos, de libertad y justicia— que se pueden hacer al imperio incaico, está el hecho histórico —positivo, material— de que aseguraba la subsistencia y el crecimiento de una población que, cuando arribaron al Perú los conquistadores, ascendía a diez millones y que, en tres siglos de dominio español, descendió a un millón... el coloniaje, impotente para organizar en el Perú al menos una economía feudal, injertó en éste elementos de economía esclavista"⁴.

El programa en acción

La rebelión tuvo características profundamente revolucionarias. En la plaza de Tungasuca, poblado cercano al Cuzco, Túpac, junto a Micaela Bastidas, mucho más que una compañera en la vida y en

la lucha, ordenó el apresamiento del odiado corregidor de la provincia (Tinta), Antonio Arriaga, le hizo escribir una carta ordenando al cajero colonial la entrega de fondos y de armas y llamó a hacer lo mismo al resto de caciques partícipes de la rebelión. Luego, ordenó su ejecución.

Una semana después, Túpac hizo abrir el siniestro obraje de Pomacanchi, ordenó que se abonara a los operarios lo que se les adeudaba y repartió los bienes restantes entre los indígenas. Lo mismo hizo en otros obrajes. En una carta a un cacique delineó en parte su programa: "Que no haya más corregidores en adelante, como también con totalidad se quiten mitas en Potosí, alcabalas, aduanas y otras muchas introducciones perniciosas"¹. Entre éstas, en primer lugar los obrajes, las cárceles para indígenas y el "repartimiento". En otros documentos se pronuncia en contra de las exacciones destinadas al clero.

En un bando dirigido a la población de Cuzco, en 1780, proclama la libertad de los esclavos: "quedarán libres de la servidumbre y esclavitud"⁵.

El 17 de noviembre de 1780, trece días después del alzamiento, logró derrotar en Sangarará a un ejército de más de 600 españoles. A esta altura la rebelión se extendía en forma vertiginosa a todo el Alto Perú y a las regiones del norte argentino. A partir de aquí el movimiento adquiere un carácter político: Túpac se proclamó rey de Perú, Chile, Quito y Tucumán, un planteo separatista respecto de la metrópoli española, "razón por la cual no resulta extraño que los ingleses se interesaran por el destino de este movimiento"⁶. "El separatismo de Túpac Amaru se declara casi abiertamente cuando obtiene éxitos militares. Entonces, en un edicto a 'sus fieles vasallos de Arequipa' fechado el 23 de diciembre de 1780, se refiere a las 'amenazas hechas por el reino de Europa' y les promete que 'en breve se verán libres del todo'. Esto lo dice a los arequipeños que a comienzo del año se habían mostrado desafectos a España, en su condición de 'Inca, descendiente del Rey Natural de este Reino del Perú, principal y único señor de él'⁷.

En este programa existe una ausencia: la cuestión de la tierra. Túpac no reclama la devolución de las haciendas agrícolas confiscadas a las masas indígenas durante siglos, un punto clave para solidificar la rebelión e incluso ganar a las capas desposeídas.

La vacilación del líder rebelde se explica por su política de acercamiento a los propietarios criollos. Toda su prédica está dirigida a atacar a los españoles europeos y a los funcionarios coloniales en función de ganarse a los americanos. Por eso plantea, respecto de los criollos: "Ha sido mi ánimo que no se les siga ningún perjuicio, sino

que vivamos como hermanos y congregados en un cuerpo, destruyendo a los europeos"².

Exigir la restitución de las tierras llevaba a un choque con el poderoso sector terrateniente, en gran medida de propietarios criollos. Es la frontera que la dirección de la rebelión no cruza, ni siquiera para plantear la confiscación de los europeos.

"Queda, sin embargo, en la incógnita un problema: el de las haciendas agrícolas. Este problema era muy complicado, porque la capa pudiente de los españoles americanos podía verse afectada por las medidas contra las haciendas de los europeos"¹.

Luego de la enorme victoria de Sangarará, Túpac no marcha hacia el Cuzco, como le proponía Micaela Bastidas (una operación militarmente posible) y prefirió regresar a Tangasuca llevándose el armamento conquistado.

Las vacilaciones del líder rebelde fueron una consecuencia de su política, dirigida a ganarse el apoyo de los dirigentes criollos, a los que buscó unirse a través de distintas proclamas, planteando la perspectiva de un frente con criollos y mestizos sobre la base del rechazo a las medidas de la administración colonial, los "repartimientos" y el aumento de las alcabalas.

La gran incógnita de si el movimiento en desarrollo de indígenas y campesinos por un lado, y de criollos por el otro, confluía contra el enemigo común hispano en base a un programa de reorganización social y política, se zanjó provisoriamente. La masa de propietarios y comerciantes que era el núcleo de la clase criolla llegó a protagonizar movimientos de lucha en el marco de la rebelión pero retrocedió sobre sus pasos.

Oruro y...

El 10 de febrero de 1781, en plena rebelión, las masas empobrecidas se levantaron en Oruro, un centro minero en decadencia, contra los españoles, a quienes ejecutaron y confiscaron bienes. Colocaron como Justicia Mayor y gobierno de la ciudad al criollo Jacinto Rodríguez, el más importante propietario minero de la zona, quien recibió el apoyo de la masa indígena que bajó a la ciudad para apuntalarlo en su lucha contra los españoles. Esa masa planteó sus reclamos: eliminación de los españoles, sustento a cargo de los pudientes y, sobre todo, tierras. Luego de fingir su entrega para desalojar la ciudad, los criollos se aliaron a los españoles para aplastar a los indígenas y lo lograron, luego de un baño de sangre. Desde un primer momento Rodríguez buscó la confirmación de su cargo por parte de las autoridades "legales", el Cabildo, y luego llamó a devolver lo

saqueado a los "chapetones" (españoles).

En muchos casos, un ala de la comunidad criolla prestó oídos al llamado de los jefes indígenas empeñados en conquistarlos para la rebelión. Ocurrió en Nueva Granada, en Quito y en Tupiza, donde un ala de luchadores criollos reivindicó, se sintió parte y hasta fue más lejos que la rebelión indígena campesina. Pero, de conjunto, "los españoles nacidos en América, actuando con mentalidad inconfundible de latifundistas dieron muestras inequívocas de que comprendían con claridad que un movimiento indígena autónomo o dirigido por ellos no podría menos que concluir arrancando por la fuerza la tierra usurpada por los criollos"⁸.

En este período comenzó a operarse una diferenciación dentro de un movimiento dominado por los intereses de la burguesía comercial y propietaria criolla que tendría su mayor expresión treinta años después.

La derrota de la rebelión

Desde la victoria en Sangarará hasta el inicio del combate por la ocupación del Cuzco (8 de enero 1781) pasaron casi tres meses, decisivos para la contraofensiva. El clero, por lejos la vanguardia militante contra el alzamiento indígena, hizo pública la excomunión de Túpac y convirtió a las iglesias en centros de prédica y organización contra él (a pesar de la política del líder rebelde de no chocar con la Iglesia para ganar al menos su neutralidad). Desde Lima, el virrey envió un ejército de 17.000 hombres, dotados de un poder de fuego inmensamente superior al de la tropa indígena. Luego del alzamiento, la Junta de Guerra del Cuzco, aterrorizada, había resuelto la abolición de los "repartimientos", el perdón a todas las deudas, la extinción de la aduana y la eliminación del diezmo.

Luego de varios días de batalla, el ejército de Túpac, derrotado, abandonó el Cuzco. El 8 de abril de 1781 sufrió otra derrota decisiva en Tinta y, por la traición de uno de sus allegados, fue detenido con parte de su familia y de sus jefes militares. Llevado al Cuzco, fue sometido a una parodia de juicio, tormentos y una ejecución que ha pasado a la historia por sus características horribles.

La rebelión siguió en pie durante mucho tiempo, se prolongó en acciones militares importantes (doble sitio a La Paz, toma de Soraya), tomó la forma de guerra de guerrillas y alzamientos desde Panamá al norte de Argentina. Bajo una conducción cuyas cabezas fueron Diego Cristóbal Túpac Amaru —hermano de José Gabriel— sus sobrinos Andrés Mendigure y Miguel Bastidas, la agitación tuvo su epicentro en el Alto Perú. Allí descolló Julián Apaza (Túpac Catari),

uno de los más grandes líderes de la rebelión. Fue derrotado en octubre de 1781, cuando las autoridades ofrecían a Diego Cristóbal un falso plan de paz, prometiendo el fin de los "requerimientos" y de los corregidores. Una vez logrado el armisticio y desarmados los indios, los españoles se dedicaron a una caza impiadosa de todos los miembros de las familias de Túpac Amaru, Túpac Catari y demás líderes rebeldes. Los que cayeron fueron ejecutados o enviados a Europa como reos de por vida.

La Independencia y la tierra

La rebelión abrió un nuevo escenario social y político en la colonia. Sacó a luz el conjunto de oposiciones a la Corona, puso a prueba el apoyo del movimiento criollo progresista de los centros urbanos, consumó las primeras derrotas militares de los ejércitos de la corona (a pesar de la inmensa debilidad en organización y armamento), enarbó un programa social y de independencia del dominio político español. La conmoción política producida en el Alto Perú se hizo sentir en las aulas de la Universidad de Chuquisaca, e influyó en la conciencia de los más importantes líderes de la independencia de las provincias del Río de la Plata⁹.

Pero el grueso de la burguesía criolla le dio la espalda, en la medida en que sus intereses estaban profundamente ligados al régimen de explotación de la masa indígena. Más aún, recién cuando se ha producido el aplastamiento brutal de la rebelión, con más de cien mil indígenas muertos, es cuando la clase de los propietarios y comerciantes criollos se atreve a tomar la iniciativa en el proceso de emancipación americana. Contradictoriamente, la masa campesina e indígena, duramente golpeada, va a entrar en un período de reflujo y desconfianza frente a la elite criolla que llegó a coquetear con ella pero fue parte del bloque que la sometió. Es lo que lleva a decir a Tulio Halperín Donghi que "más que ofrecer un antecedente para las luchas de la independencia, estos alzamientos parecen proporcionar una de las claves para entender la obstinación con que esta área iba a apegarse a la causa del rey"⁹.

Para la corriente "liberal" la rebelión de Túpac Amaru tuvo el carácter de un levantamiento "étnico" desgajado del proceso de emancipación. El PC, en su momento, caracterizó por boca de uno de sus teóricos, que los alzamientos "no fueron progresistas, sino retrógrados"¹⁰.

Aunque el proceso político y social no quedó congelado en el punto de la derrota de la rebelión indígena y campesina, y se abrió un inmenso proceso de lucha y diferenciación política que volvería

a poner al rojo vivo el contenido social de la gesta emancipadora, en relación con el problema agrario y los límites de la burguesía naciente frente a las tareas de la revolución democrática, la derrota de la gesta de Túpac Amaru trazó un límite al desarrollo posterior. Frustró la lucha contra el latifundio y tendió a borrar el reclamo vital de la tierra del programa de los insurrectos por la independencia. Como plantea, una vez más, Mariátegui: "Para que la revolución demo liberal haya tenido estos efectos, dos premisas han sido necesarias: la existencia de una burguesía consciente de los fines y los intereses de su acción y la existencia de un estado de ánimo revolucionario en la clase campesina y, sobre todo, su reivindicación del derecho a la tierra en términos incompatibles con el poder de la aristocracia terrateniente. En el Perú, menos todavía que en otros países de América, la revolución de la independencia no respondía a estas premisas..." (4, ídem anterior).

Notas

1. Lewin, Boleslao: *La rebelión de Túpac Amaru*, Hachette, 1957.
2. Golte, Jürgen: *Repartos y rebeliones*, Instituto de Estudios Peruanos, 1980.
3. O. Phelan, Scarlet: *Túpac Amaru y las sublevaciones del siglo XVIII*, Lima, 1976.
4. Mariátegui, José Carlos: *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Amauta, 1976.
5. De Angelis, Pedro: *Obras y documentos para la historia de las provincias del Río de la Plata*, Buenos Aires, 1836, reproducido en *La rebelión...* de Boleslao Lewin.
6. Vitale, Luis: *Historia General de América Latina*, Santiago de Chile, 2001.
7. Lora, Guillermo: *El movimiento campesino del siglo XVIII*, *América India* no. 1, enero 1972.
8. Moreno, Mariano: *Plan revolucionario y otros escritos*, en particular: "Sobre el servicio personal de los indios en general", Biblioteca Bicentenario, Emece, 2009.
9. Halperín Donghi, Tulio: *Historia Contemporánea de América Latina*, varias ediciones.
10. Puiggrós, Rodolfo: *De la Colonia a la Revolución*, Ediciones Cepe, 1940.



La rebelión de Nueva Granada

¡Mueran los blancos!

Christian Rath

En el virreinato de Nueva Granada y bajo la influencia de la guerra indígena campesina liderada por Túpac Amaru se produjo la rebelión criolla más profunda que haya conocido el continente hasta entonces, y que va a exponer las tendencias revolucionarias de los europeos americanos y, a la vez, sus profundos límites. Nueva Granada va a significar, por otra parte, el grandioso debut de los mestizos en el proceso de la independencia americana.

El virreinato de Santa Fe o Nueva Granada ocupaba los actuales territorios de Colombia, Ecuador y Panamá y reunía casi un millón de habitantes. Quito, Santa Fe (Bogotá) y Panamá, en ese orden, eran sus mayores concentraciones urbanas. Nueva Granada se había sumado en el siglo XVII a las tradicionales regiones mineras con el descubrimiento de minas de oro y su producción creció ostensiblemente —el oro era el 73 % de las exportaciones al momento de la rebelión y provocó la incorporación de mano de obra esclava, frente a la insuficiencia de la mano de obra indígena en la zona.

En paralelo había crecido la exportación de cueros, algodón y cacao, facilitada por las limitadas modificaciones en la estructura del comercio colonial dispuestas a partir de 1765 tras las llamadas "re-

formas borbónicas". En este proceso se diferencian clases acomodadas criollas, nacidas de la limitada apertura del régimen colonial.

De todos modos, la "liberalización" del comercio chocó con un límite insuperable: la débil industrialización de España y su incapacidad para suministrar manufacturas que pudieran competir con las provenientes del contrabando inglés —que podía ofrecer productos a un precio ínfimo en relación a lo que fabricaban, por ejemplo, los indios explotados en los "obrajes" del Cuzco.

El proceso de la independencia americana se aceleró fruto de las tendencias centrífugas que provocó el intento de desarrollo capitalista en España hacia la segunda mitad del siglo XVIII. Esto porque dejó intocada la estructura social dominante en la península —cada veinte españoles uno era noble, la iglesia era el mayor terrateniente— y en las colonias; y porque enfrentó la competencia del imperialismo inglés, a pesar de la existencia formal del monopolio español (el tráfico directo entre España y el Nuevo Mundo lo hacían, al año, 40 barcos españoles y 300 de otras naciones, en particular ingleses)¹.

Por su propio atraso el imperio español no podía competir con los países de capitalismo pujante. "La monarquía absoluta en España, que solo se parece superficialmente a las monarquías absolutas europeas en general, debe ser puesta mas bien al lado de las formas asiáticas de gobierno. España, como Turquía, siguió siendo una acumulación de repúblicas mal administradas con un soberano nominal a su cabeza"².

Asimismo, las zonas más desarrolladas de la colonia buscaron el modo de integrarse al mercado mundial y enfrentar las barreras dispuestas por la Corona para apropiarse de gran parte de la renta, como es el caso de Nueva Granada.

Primer capítulo: los terratenientes

Un 16 de marzo de 1781 estalló la rebelión de los comuneros en el Socorro, centro de una de las zonas económicas más activas de Nueva Granada. Una movilización de más de 2.000 personas se alzó contra el impuesto de la Armada de Barlovento, creado en 1635 pero aplicado en las colonias a partir de las reformas borbónicas y la alcabala (tributo por la compraventa). La multitud ocupó los depósitos, persiguió a los funcionarios, se apoderó de las rentas fiscales. Las autoridades huyeron de Socorro y una asamblea de más de 1.000 delegados de distintas zonas eligió un comando dirigente, en representación "del común", el pueblo. A la cabeza fue puesto Francisco Berbeo, un criollo acomodado, bajo cuyo mando se creó un Supremo Consejo de Guerra que se erigió en un virtual poder para-

lelo, se hizo cargo de la justicia local y organizó un sistema de financiamiento, con dinero saqueado a la Real Hacienda, y la administración del comercio de aguardiente y la producción de las salinas adyacentes.

Un ejército "del común" de 20.000 personas marchó desde el Socorro, sumando gente a su paso, hasta Zipaquirá, a las puertas de Bogotá, cruzando medio país de la actual Colombia. La consigna era, hasta ese momento, "Viva el Rey, muera el mal gobierno".

En Puente Real, las tropas comuneras derrotaron a los españoles y tuvieron el camino expedito a Bogotá. Pero las columnas no entran en la capital, por decisión de Berceo, que aceptó una comisión negociadora integrada por el Arzobispo Caballero y Góngora y el Alcalde Galavis. Berceo firmó con éstos el acuerdo de Zipaquirá (8 de junio de 1781) por el que las autoridades coloniales aceptaban la abolición y rebaja de algunos impuestos: extinción del estanco del tabaco (prohibía la venta libre), disminución en un 2 % de la alcabala, eliminación de los peajes, exoneración del pago de los servicios religiosos. Además, cedieron la administración de las minas de sal y aceptaron la inclusión de los criollos en la administración pública.

Berceo se comprometió a desmovilizar al "ejército del común" y a reprimir a quien no aceptara las Capitulaciones firmadas.

Toda un ala de los comuneros se opuso al pacto y escribió la página más rica de la rebelión de Nueva Granada.

Capítulo II: José Antonio Galán

En la rebelión del Socorro actuó una masa que dista de ser homogénea. El bloque de 45 "capitanes" del "común" se integró con 34 terratenientes, 5 pequeños comerciantes, 6 artesanos y jornaleros. De este último sector, interesado en reivindicaciones sociales de fondo, partió el rechazo al acuerdo.

Apareció así un ala plebeya y revolucionaria de los comuneros encabezada por el mestizo José Antonio Galán. Este tenía una autoridad ganada en Socorro —una zona recorrida por rebeliones de mestizos e indios contra los terratenientes— y en la marcha del "común" había declarado libre de tributos a los indígenas y despojado de armas y tributos a las autoridades realistas en varias localidades. (Los mestizos eran una capa social profundamente discriminada, social y políticamente. Desde el principio hasta el fin de la era colonial, el mecanismo económico resultó extremadamente simple y dejó sin ubicación a todos los que no fueran mano de obra esclava o semiesclava. El mestizo no tenía así destino económico ni social, porque

no le cabía el de nadie, carecía de trabajo y tenía prohibida la educación).

En una nota enviada al consejo de capitanes del Socorro (23 de septiembre de 1781) Galán denunció a los que habían firmado el acuerdo y planteó la necesidad de avanzar sobre la capital. Pasando de las palabras a los hechos inició su campaña por la hoya del Río Magdalena —que cruza los territorios más poblados siguiendo la cordillera—, llamando a ocupar los latifundios de los propietarios criollos y españoles. Los dueños de las haciendas huyeron hacia las ciudades más seguras, debido a un alzamiento en el que participaron negros, mestizos, indios y blancos pobres, en una fusión de capas oprimidas pocas veces vista en la historia de la revolución latinoamericana.

A esta altura la rebelión había tomado otra consigna: "¡Mueran los blancos!", contra el alineamiento de los propietarios criollos "blancos" con los colonizadores. En su campaña Galán ordenaba la libertad de los esclavos y hacía destruir los instrumentos de tortura que se usaban en las grandes haciendas.

Los indígenas habían comenzado a ocupar haciendas desde hacía tiempo, frente a la política de los terratenientes españoles y criollos de liquidar el sistema de "resguardos" —territorios reservados a las comunidades indígenas, para disponer de mano de obra y tierras y reforzar la explotación de los esclavos y asalariados. Los indígenas comenzaron a reclamar las tierras sustraídas de los "resguardos" y, además, la administración de las reservas de sal, que les había sido prometida en las Capitulaciones de Zipaquirá.

En algunas zonas se produjeron rebeliones conjuntas de trabajadores libres con indígenas y esclavos. Particularmente en la región de Antioquia, donde existían más de 10.000 explotados en esta condición. En las minas de Malpaso (Margarita) Gaitán presidió una liberación masiva de esclavos. La rebelión, a esta altura, cruzaba todo el territorio de Colombia, se internaba en los Andes venezolanos, donde también se expropiaban haciendas, y amenazaba Caracas.

Capítulo III: "con este reino jamás mío monarca"

Galán y el ala de los luchadores comuneros libró una cruzada revolucionaria ejecutando la apropiación de tierras, la abolición del tributo indígena y la liberación de los esclavos negros.

Se reconocieron parte, además, de la gesta de Túpac Amaru, que se había iniciado cuatro meses antes y fue un factor en la rebelión original del Socorro. José Antonio Galán lo proclamó abiertamente y uno de los más encumbrados funcionarios de la administración co-

lonial informaba que Galán "llegó a sembrar la semilla de que con este Reino se juntaría mas mío monarca jamás, que Inca era a quien iba a proclamar tal"³.

El ala plebeya de los comuneros planteó de este modo una autonomía política que cuestionaba al poder español. Iniciado como movimiento de protesta contra el régimen impositivo español se convirtió en una gesta precursora de la independencia y reveladora de la existencia de un ala decidida a avanzar en el terreno de la revolución democrática.

Nueva Granada fue, por otra parte, un laboratorio excepcional de los límites insalvables de la clase criolla propietaria y comercial, que se convirtió, finalmente, en verdugo de los revolucionarios.

El desenlace del levantamiento de los comuneros se produjo el 13 de octubre de 1871 con el descuartizamiento de Galán, entregado, según varios informes, por los líderes criollos de la rebelión de Socorro a cambio de no ser juzgados por el levantamiento. Meses antes había sido ejecutado Túpac Amaru, aunque las masas de aquel tiempo lo siguieron creyendo con vida durante mucho tiempo.

La iglesia jugó el papel más decididamente contrarrevolucionario en este aplastamiento de los comuneros, por referencia a cualquiera de las clases comprometidas con ese objetivo. No por casualidad: era el mayor poseedor de tierras en Nueva Granada y había vivido muy cerca la posibilidad de la expropiación.

No se encontrará en los próceres de la Independencia reivindicación alguna a las gestas encabezadas por Túpac Amaru, Galán y los Comuneros de Nueva Granada.

Notas

1. Colmeiro, Manuel: *Historia de la Economía Política de España*, Madrid.
2. Marx-Engels, "La revolución en España", *Obras Escogidas*, Editorial Ciencias del Hombre, 1973.
3. Posadas, Francisco, *El movimiento revolucionario de los comuneros*, Siglo XXI, Colombia, 1975.

Levantamiento nacional y guerra de Independencia de España

Detonante de la emancipación iberoamericana

Andrés Roldán

La ocupación de España por los ejércitos de Napoleón a principios de 1808 y la coronación-imposición de su hermano José como rey de España desató un levantamiento popular de vastísimos alcances que tendrá una gran influencia en la evolución de los acontecimientos de Hispanoamérica. Es notable, sin embargo, la ausencia del análisis sobre este punto en la historiografía oficial de la Revolución de Mayo. A lo sumo se lo considera como un “factor externo”. La línea liberal que inauguró Mitre consideraba a todo lo español como expresión del oscurantismo, absolutismo y fanatismo y ocultó así el fenómeno revolucionario más importante del período de la emancipación de la América Hispánica. Incluso sus vertientes más izquierdistas como José Ingenieros y la historiografía estalinista continuaron ocultando este hecho y adjudicando a la España bárbara y feudal el origen de los rasgos más atrasados de los nuevos Estados. ¿Y la revolución española? De eso, ni palabra.

Tulio Halperin Donghi, el más reconocido historiador del mundo académico argentino la reduce inicialmente a un drama de corte, para más adelante desmerecer la "movilización popular" y destacar, el carácter "antirrevolucionario (de) sus consignas" ¹. El mundo académico no puede o no quiere ver el contenido revolucionario bajo

el velo del prejuicio religioso y hasta del fanatismo.

Es cierto que algunos, como Norberto Galasso,² recordaron el planteo de Alberdi, que consideraba la Revolución de Mayo como "un capítulo de la Revolución Hispanoamericana, así como ésta lo es de la Española, y ésta a su vez de la Revolución Europea que tenía por fecha liminar al 14 de julio de 1789 en Francia". Con esto fantasean sobre una presunta unidad hispanoamericana que no fue tal y asocian a Mayo con la revolución española. Como veremos la profundidad de la revolución española en nada se parece a la falta de medidas radicales por parte de las oligarquías criollas. Galasso también pretende contraponer a España con Inglaterra, cuando ésta fue la única aliada que tuvo España en su lucha antinapoleónica al punto que el Consejo de Regencia llegó a nombrar a los generales ingleses como generalísimos de sus ejércitos.

Como veremos también, el estudio de la revolución española ilustra el fenómeno más general acerca del carácter de las guerras napoleónicas y la naturaleza de los movimientos nacionales que se le opusieron y que son parte de los antecedentes que van a desembocar varias décadas más adelante en las revoluciones nacionales y democráticas de 1848.

También se pueden sacar lecciones muy valiosas sobre la relación entre guerra y revolución y la conducta de las distintas clases y partidos frente a estas cuestiones cruciales.

"Bloqueo continental" y ocupación de España

La ocupación de la península ibérica por Napoleón fue parte central de la política napoleónica desde fines de 1806, el "bloqueo continental" contra Inglaterra, su gran enemigo. La victoria naval inglesa de Trafalgar (1805) contra la escuadra franco-española había vuelto inalcanzable una invasión a Inglaterra por mar. Los triunfos napoleónicos en el continente contra Austria (1805) y Prusia (1806) permitieron abrigar la expectativa de derrotarla aislándola del continente, arruinando su economía y de paso asegurarle a la industria francesa abastecimiento y mercado.

"El bloqueo continental desempeñó un importante papel en la historia del imperio napoleónico y no sólo en la historia de Europa sino también en la de América: fue el eje de toda la lucha económica y por lo tanto, política que tuvo lugar en el curso de la epopeya imperial"³.

Tras la capitulación de Rusia (julio de 1807) "todos sabían que Napoleón empezó a preparar un ejército destinado a una expedición que se dirigiría a Portugal pasando por España".⁴ Un convenio se-

creto anexo al tratado franco-ruso estipulaba "La dinastía de Borbón en España y la Casa de Braganza en Portugal dejarán de reinar. Príncipes de la Casa Bonaparte recibirán ambas coronas"⁵.

Portugal era un histórico aliado inglés pero España era formalmente aliada de Napoleón y adhería formalmente al bloqueo continental. Pero un activo contrabando permitía a Inglaterra recibir la famosa lana merino española y el algodón de Andalucía e introducir en España las manufacturas inglesas. La tolerancia del gobierno español con el contrabando enfurecía a Napoleón.

Las guerras napoleónicas

Asegurar el "bloqueo continental" fue el objetivo de la ocupación napoleónica de España. Lejos estaban los tiempos en que los ejércitos franceses defendían y difundían los principios democráticos y revolucionarios de 1789. El código napoleónico era el barniz "democrático" que apenas ocultaba el propósito de asegurar los intereses de la burguesía francesa contra su rival inglesa. Esto volvió a ponerse más de relieve en la campaña de Rusia de 1812, en la cual renunció a decretar la emancipación de los siervos en los territorios ocupados por el ejército francés, pese a haberlo considerado seriamente junto a su Estado Mayor, lo que hubiera cambiado el curso de la campaña, por temor a desatar las fuerzas de la revolución rusa. Los siervos, primero expectantes y luego decepcionados, terminaron favoreciendo a los ejércitos del zar y ejerciendo una implacable guerra de guerrillas contra el invasor.⁶

Lenin, en una de sus polémicas con Rosa Luxemburgo acerca de la cuestión nacional señaló al respecto que "las guerras de la gran Revolución Francesa se iniciaron como guerras nacionales y lo fueron. Fueron guerras revolucionarias porque tenían por objetivo la defensa de la gran revolución contra la coalición de monarquías contrarrevolucionarias. Pero cuando Napoleón creó el Imperio francés sojuzgando a varios Estados nacionales europeos constituidos desde hacía mucho tiempo, grandes y plenos de vitalidad, entonces las guerras nacionales se convirtieron en imperialistas y a su vez engendraron guerras de liberación nacional contra el imperialismo de Napoleón".⁷

Insurrección de Madrid y levantamiento nacional en toda España

En octubre de 1807 (Tratado de Fointainebleu) la corona española autorizó a los ejércitos franceses a instalarse en España para

ocupar Portugal. Francia ocupó Lisboa en noviembre mientras la familia real portuguesa (incluyendo a Carlota, esposa de Juan y hermana mayor de Fernando VII) huyó hacia Brasil en buques ingleses. Las tropas francesas superaban los 100.000 efectivos con una fuerte guarnición en Madrid. En marzo de 1808 una revuelta madrileña reclamó la destitución del líder del gobierno y favorito de la corte, Manuel Godoy acusándolo por la firma del tratado. La revuelta terminó no sólo con Godoy sino con la abdicación de Carlos IV a favor de su hijo Fernando VII que en ese entonces despertaba expectativas en el pueblo de un reinado menos absoluto.

En abril Napoleón citó a la familia real completa en Bayona (sur de Francia), y utilizó las disputas internas entre Carlos IV y su hijo Fernando VII para obligar a ambos a renunciar al trono y nombra a su hermano rey de España como José I.

Cuando las noticias de Bayona llegan a la capital, el 2 de mayo, el pueblo de Madrid se insurrecciona. Murat, mariscal en jefe de las fuerzas francesas desata una feroz masacre. "Murat hizo disparar a boca de jarro contra la multitud, que ni por eso se dispersó. Al huir se encerró en las casas y continuó disparando a través de las ventanas; cuando los soldados franceses penetraron en los edificios para apoderarse de los tiradores, los españoles -agotados sus cartuchos- se batieron a cuchilladas, puñetazos y mordiscones mientras les quedó un soplo de vida"⁸. "Murat aplastó el levantamiento matando cerca de mil personas, pero cuando se conoció esta matanza, estalló una insurrección en Asturias que muy pronto abarcó a todo el reino. Este primer levantamiento espontáneo surgió del pueblo, mientras las clases "bien" se habían sometido tranquilamente al yugo extranjero... Así ocurrió que Napoleón, quien, como todos sus contemporáneos, consideraba a España un cuerpo sin vida, tuvo una sorpresa fatal al descubrir que, si el Estado español estaba muerto, la sociedad española estaba llena de vida y repleta, en todas sus partes, de fuerzas de resistencia"⁹.

Mientras estallaban insurrecciones en Asturias, Andalucía, Galicia y Valencia, Napoleón citó en Bayona a los hombres públicos más prominentes de España a quienes les entrega el 7 de junio un rey y una Constitución. En nombre de los Grandes de España, el más íntimo amigo de Fernando VII le respondió "Señor, los Grandes de España fueron siempre conocidos por su lealtad hacia sus soberanos, y V.M. hallará en ellos la misma fidelidad y afección"¹⁰. "Un mes después, la nueva constitución era firmada por 91 españoles de la máxima significación... Integraban el primer ministerio y la primera casa real de José las mismas personas que habían constituido el ministerio y la casa real de Fernando VII... De ese modo, desde el prin-

cipio mismo de la guerra de la Independencia, la alta nobleza y la antigua administración perdieron toda influencia sobre las clases medias y sobre el pueblo al haber desertado en los primeros días de la lucha. Por un lado estaban los afrancesados y por el otro, la nación".¹¹

Por toda España, "los miembros más eminentes de la antigua administración -gobernadores, generales y otros destacados personajes sospechosos de ser agentes de los franceses y un obstáculo para el movimiento nacional- cayeron víctimas del pueblo enfurecido... la revolución interior era llevada a cabo tal como lo anhelaban las masas, independientemente de la resistencia al intruso"¹².

Las Juntas Provinciales y la Junta Central

La Junta Suprema que Fernando había dejado cuando abandonó Madrid en mayo ya había desaparecido. No existía ningún gobierno central y las ciudades sublevadas formaron juntas propias, subordinadas a las de las capitales de provincia, que eran como gobiernos independientes, cada una de las cuales puso en pie su propio ejército.

Si bien las Juntas fueron elegidas por sufragio universal, "generalmente elegían solo a sus superiores naturales: nobles y personas de calidad de la provincia, respaldados por el clero, y rara vez a personalidades salientes de la burguesía. El pueblo tenía tal conciencia de su debilidad, que limitaba su iniciativa a obligar a las clases altas a la resistencia frente al invasor, sin pretender participar en la dirección de esa resistencia... El pueblo, al designar estas autoridades, no pensó en limitar sus atribuciones ni en fijar término a su gestión. Naturalmente, las juntas sólo se preocuparon en ampliar unas y de perpetuar otra. Y así, estas primeras creaciones del impulso popular, surgidas en los comienzos mismos de la revolución, siguieron siendo durante su curso, otros tantos diques de contención frente a la corriente revolucionaria cuando ésta amenazaba desbordarse".¹³

"El hecho de que el poder estuviera dividido entre las juntas provinciales había salvado a España de la primera embestida de la invasión francesa napoleónica. Esto fue así no sólo porque dicha división aumentó los elementos de defensa del país, sino porque también, gracias a ello, el usurpador no tuvo la posibilidad de dar el golpe en una sola dirección. Los franceses se desconcertaron por completo al descubrir que el centro de la resistencia española estaba en todas partes y en ninguna".¹⁴

En menos de tres meses los franceses sufrieron varios golpes muy duros. Por un lado, la batalla de Bailén (Andalucía), el 19 de julio, acabó con la rendición de una imponente columna francesa con 14.000

efectivos; y, por otro, tras la quiebra del primer sitio de Zaragoza, los franceses debieron evacuar Madrid, retrocediendo al norte del Ebro. "Después de la batalla de Bailén, la revolución llegó a su apogeo".¹⁵

La continuidad de la guerra y la necesidad de establecer un mando centralizado ante la convicción de que la retirada francesa era provisoria y que retornarían con más tropas; la posibilidad de celebrar tratados con Inglaterra; las relaciones con la América española y la necesidad de un presupuesto y una política económica central; todos estos elementos confluyeron para que se conformara una Junta Central que se reunió por primera vez en Aranjuez el 25 de setiembre.

Pero lejos de centralizar las fuerzas de la revolución española la Junta Central se dedicó a sofocarlas, pasando a cumplir un papel reaccionario. "Desde el comienzo, la mayoría de la Junta Central consideró su deber primordial sofocar los primeros intentos revolucionarios... Por eso amordazó a la prensa, nombró un nuevo Inquisidor y ordenó suspender la venta de las propiedades de la Iglesia que ya había comenzado, amenazando con anular los contratos relativos a la venta de bienes eclesiásticos. La Junta reconoció la deuda nacional... no hizo nada para reformar su sistema tributario proverbialmente injusto, absurdo y oneroso, ni para abrir a la nación nuevas fuentes de trabajo productivo, rompiendo los grilletes del feudalismo".¹⁶

La Junta Central (JC) fue más allá y enfrentó las medidas que habían sido tomadas por las Juntas locales y provinciales e hizo todo lo posible por revertirlas. Cuando mandó "representantes" a las provincias, éstos chocaban y anulaban las medidas locales. En Galicia, por ejemplo, cuando los franceses la evacuaron a fines de 1809, el delegado de la JC "concentró en sus manos toda la autoridad, suprimió las juntas de distrito que se habían multiplicado con la insurrección y persiguió a los patriotas... (Es que) estas juntas habían ordenado un reclutamiento general sin excepciones para clases ni personas, habían impuesto tributos a los capitalistas y propietarios, habían reducido los sueldos de los funcionarios públicos, habían ordenado a las congregaciones religiosas que pusieran a su disposición los ingresos guardados en sus arcas; en una palabra habían adoptado medidas revolucionarias".¹⁷

La 'envoltura religiosa' y "el punto decisivo"

La historiografía latinoamericana, de modo general, ha desmerecido el alcance revolucionario de los acontecimientos metropolitanos. Uno de los historiadores más destacados -referente principal

en los medios académicos de Argentina - los reduce, primero a "un drama de corte, cuyo ritmo gobierna desde lejos Bonaparte"; y luego, tras el estallido de la guerra de liberación antinapoleónica, menciona la "movilización popular" para destacar, el carácter "antirrevolucionari(o de) sus consignas".¹⁸

Este tipo de análisis oculta lo fundamental. Por eso Marx sostuvo que "no obstante el predominio en la insurrección española de los elementos nacionales y religiosos existió en los dos primeros años una muy resuelta tendencia hacia las reformas sociales y políticas, como lo prueban todas las manifestaciones de las juntas provinciales (las cuales...) nunca se olvidaban de condenar el antiguo régimen y de prometer reformas radicales". Marx destaca la dinámica de la revolución -la 'academia' habitualmente lo olvida - y llama la atención sobre el choque entre las "aspiraciones revolucionarias" de las masas y la labor contra-revolucionaria de los principales dirigentes de la JC.

Las dos alas de la JC, la más "radical" de Jovellanos y la mayoría más conservadora que seguía a su presidente Floridablanca, compartían de hecho esta política contrarrevolucionaria. Ambos habían sido altos funcionarios de la monarquía y habían intentado reformas en su momento, pero estaban totalmente sobrepasados por el espíritu revolucionario que anidaba en las masas y se expresaba en las juntas locales y provinciales. "Parece ser que en la Junta Central existía una división del trabajo sumamente original, el partido de Jovellanos se encarga de proclamar las aspiraciones revolucionarias de la nación, y el partido de Floridablanca se reservaba el placer de darles un rotundo mentís y de oponer a la ficción revolucionaria la realidad contrarrevolucionaria".

"Considerado a grandes rasgos, el movimiento parece más bien dirigido contra la revolución que en favor de ella: el movimiento es nacional por la proclamación de la independencia de España respecto de Francia, pero, sin embargo y al mismo tiempo, dinástico, al oponer a José Bonaparte el 'deseado' Fernando VII; es reaccionario al oponer las viejas instituciones, costumbres y leyes a las racionales innovaciones de Napoleón; y es supersticioso y fanático en su defensa de la 'Santa Religión' contra lo que se llamaba el ateísmo francés o la destrucción de los especiales privilegios de la Iglesia romana".¹⁹

"Para nosotros, empero -concluye Marx- el punto decisivo consiste en probar, basándonos en las mismas afirmaciones de las juntas provinciales cerca de la Central, el hecho tan a menudo negado de la existencia de aspiraciones revolucionarias en la época del primer movimiento español".²⁰

Marx no se privó tampoco de señalar las limitaciones de la mi-

noría revolucionaria frente a los prejuicios de la masa popular. Afirmaba entonces que si bien el movimiento nacional estaba formada en su mayoría por campesinos, habitantes de los pueblos "y numerosos ejército de mendigos, con o sin hábito, todos ellos profundamente imbuidos de prejuicios religiosos y políticos... también contaba con una minoría activa e influyente para la cual el alzamiento contra la invasión francesa era la señal de la regeneración política y social de España... La minoría revolucionaria, con objeto de excitar el espíritu patriótico del pueblo, no reparó en apelar a los prejuicios nacionales de la vieja fe popular. Por muy ventajosa que pareciera esta táctica desde el punto de vista de los fines inmediatos de la resistencia nacional, no podía dejar de ser funesta para dicha minoría cuando llegó el momento favorable para que los intereses conservadores de la vieja sociedad se parapetasen detrás de esos mismos prejuicios y pasiones populares, con vistas a defenderse de los ulteriores planes de los revolucionarios".²¹

Guerra y Revolución

Si después de la batalla de Bailén, durante el predominio de las Juntas provinciales, la revolución llegó a su apogeo, en el curso del año siguiente, la consecuencia de la política contrarrevolucionaria de la JC fue un retroceso abrumador. Los franceses volvieron a ocupar Madrid (diciembre 1808). La JC se retiró a Sevilla. A pesar de la colaboración de los ingleses -habían desembarcado en Portugal y desde allí acosaban a los franceses-, las derrotas españolas se suceden. A principios de 1810 cae Sevilla en manos francesas y la JC debe abandonarla y retirarse a Cádiz. En uno de sus últimos actos la JC publica la convocatoria a Cortes Constituyentes y dicta las normas para la elección de sus delegados. Tras la disolución de la JC (fines de enero de 1810), su lugar lo ocupará en Cádiz (prácticamente único asiento de la soberanía española) el Consejo de Regencia que representó un giro aun más derechista que la propia JC.

La caída de Sevilla y de la JC en enero de 1810 fue el detonante que generaliza la formación de Juntas en toda Hispanoamérica. Entre abril y diciembre de 1810 se conforman casi todas ellas que liderarán mayoritariamente las oligarquías criollas del continente con una muy amplia diversidad tanto en su composición como en sus políticas.

Uno de los más importantes historiadores de la España contemporánea, el catalán Josep Fontana (enfrentado a las corrientes historiográficas de la derecha española y defensor de la tradición liberal y republicana), sostiene que "La Junta Central, que se había visto obli-

gada a retirarse a Sevilla, se encontraba en la imposibilidad de llevar con éxito la dirección de la guerra, ante la superioridad de las tropas francesas, la ineptitud de buena parte de los mandos militares españoles y la carencia de armas y recursos. Esta situación, que no era culpa de los hombres de la Junta (subrayado nuestro), sino del desastroso estado en que habían recibido el país, fue usado contra ella por sus enemigos: todos los que hubiesen querido que les cediese el poder y los que temían las reformas que podía introducir".²²

La tesis es absolutamente conservadora, porque echarle la culpa al Antiguo Régimen por los fracasos de la revolución es anular la función de una revolución que es justamente remover las trabas que ese Antiguo régimen representa y liberar las energías revolucionarias del pueblo movilizado. Es en definitiva, absolver de responsabilidades a la JC y a su dirección timorata y reaccionaria. Esto, como vimos no sólo es desmentido por toda la evidencia histórica sino que fue rebatido hace más de 150 años por los trabajos de Marx (que Fontana no puede desconocer, aunque ni siquiera los cita ni los responde).

Decía Marx que la JC "estaba en las más favorables condiciones para llevar a cabo lo que ella misma había proclamado... 'en la terrible crisis que atravesamos no podemos dar un solo paso hacia la independencia sin que al mismo tiempo no nos acerquemos hacia la libertad'. No había reforma social conducente a transferir la propiedad y la influencia de la Iglesia y de la aristocracia a la clase media y a los campesinos que no hubiera podido llevarse a cabo alegando la defensa de la patria común. Había cabido a la JC la misma suerte que al Comité de Salud Pública francés, es decir, la coincidencia de que la convulsión interior se veía apoyada por las necesidades de la defensa contras las agresiones del exterior. Al comienzo de la actuación de la Junta, los franceses no dominaban ni tan solo una tercera parte del país. Las antiguas autoridades, o estaban ausentes, o prostradas a sus pies, por hallarse en connivencia con el invasor, o se dispersaron a la primera orden suya. Además, tenía ante sí el ejemplo de la audaz iniciativa a que ya habían sido forzadas ciertas provincias por presión de las circunstancias. Pero no satisfecha con actuar como un peso muerto sobre la revolución española, la JC trabajó realmente en sentido contrarrevolucionario, restableciendo las autoridades antiguas, volviendo a forjar las cadenas que habían sido rotas, sofocando el incendio revolucionario en los sitios en que estallaba, no haciendo nada por su parte e impidiendo que los demás hicieran algo. Se ha hecho notar en alguna parte que España sufrió todos los males de la revolución sin adquirir energía revolucionaria. De haber algo de cierto en esta afirmación, esto constituye una abrumadora condena de la JC... La JC fracasó en la defensa de su país porque fra-

casó en su misión revolucionaria".²³

Y para mayor evidencia, Marx cita una nota del conservador gobierno inglés dirigida a la JC el 20 de julio de 1809 protestando enérgicamente contra su rumbo contrarrevolucionario "temiendo que eso pudiera ahogar el entusiasmo del pueblo"²⁴.

Como lo demuestran todos los ejemplos históricos y la guerra antinapoleónica de España 1808-1812 no es una excepción, para triunfar en la guerra nacional es necesario impulsar a fondo la revolución. Sólo de este modo las masas españolas que dieron muestra de un heroísmo impresionante podrían llegar a derrotar al invasor. Que Fontana afirme lo contrario es muy significativo teniendo en cuenta el debate fundamental en España sobre el balance de la guerra civil española de 1936-39. Los razonamientos de Fontana conducen a absolver a la dirección republicana-estalinista que ahogó a la revolución española, reprimió las acciones revolucionarias en las provincias y mandó a sus "representantes" a reprimir las iniciativas revolucionarias de las masas en lo que pareció un calco de la conducta de la JC en 1808-1810. Y si Marx se ocupó de criticar agudamente la política reaccionaria de la JC tocó a Trotsky denunciar a la camarilla republicana-estalinista que ahogó a la revolución española de 1936 y la entregó al fascismo.

Impacto del levantamiento español en Europa

El vigor y la pujanza del levantamiento español, la tenaz resistencia popular a la invasión francesa tuvo un hondo impacto en toda Europa, porque contrastaba con la impotencia y la descomposición de las monarquías reaccionarias que una tras otra habían sido derrotadas por Napoleón. "La capitulación (francesa de Bailén) causó una impresión considerable en Europa. Las tropas invencibles del imperio francés habían sufrido una derrota indiscutible, aunque fuese parcial".²⁵

Aunque Napoleón encabezó la reocupación de España con un gigantesco ejército, la resistencia popular se multiplicaba a pesar de la política reaccionaria de la JC. "La ciudad de Zaragoza, sitiada por los franceses, resistió varios meses hasta que al fin cayeron las fortificaciones exteriores y el 27 de enero entraron en la ciudad, donde se produjo un acontecimiento jamás visto durante ningún sitio. Cada casa se convirtió en una fortaleza y fue preciso tomar por separado cada cobertizo, cada caballeriza, cada sótano, cada granero. Esta atroz carnicería se prolongó durante tres largas semanas. Los soldados franceses masacraban a todo el mundo indiscriminadamente, hasta a las mujeres y los niños, puesto que las mujeres y los niños da-

ban muerte a los soldados en la primera ocasión. Los franceses mataron a 20.000 hombres de la guarnición y a más de 32.000 personas de la población civil... El sitio y la ruina de Zaragoza fueron como una conmoción para Europa, sobre todo para Austria, Prusia y los otros estados alemanes. La comparación entre la actitud de los españoles y la docilidad de esclavos de los alemanes emocionaba, desconcertaba e inspiraba vergüenza".²⁶ España "recién aplastada por un pogrom militar (Zaragoza) reavivó el fuego de la insurrección popular y el incendio se propagó a todo el país. Inalcanzable y sin conocer el miedo surgía de bajo tierra este fugaz enemigo que seguía inmovilizando en España la mitad del gran ejército: 300.000 hombres de las mejores tropas".²⁷

El contraste fue abrumador. En febrero Austria le declaró la guerra a Napoleón pero duró un suspiro. El 6 de julio fueron derrotados en Wagram en forma tan aplastante como antes en Austerlitz. España quedó como la única pesadilla para los ejércitos imperiales. "El ejército regular español, aunque derrotado en todas partes, se presentaba en todos sitios. Dispersado más de veinte veces, siempre estaba dispuesto a hacer de nuevo frente al enemigo, y a menudo reaparecía con renovadas fuerzas después de una derrota... El reclutamiento general, sin consideración a privilegios ni excepciones y la facilidad otorgada a todos los españoles para obtener cualquier grado en el ejército fue obra de las juntas provinciales y no de la JC... La desastrosa batalla de Ocaña (noviembre de 1809) fue la última gran batalla campal de los españoles. A partir de entonces se limitaron a la guerra de guerrillas... las guerrillas constituían la base de un armamento efectivo del pueblo".²⁸

La política francesa en la España ocupada

Muy lejos estuvo José Bonaparte de granjearse la voluntad de las masas españolas, de afirmar los principios de la "democracia" que decía encarnar. Por el contrario, al comienzo de su reinado toda su política se dirigía a ganar la voluntad de los "grandes de España", es decir del viejo régimen. Pero a medida que la resistencia popular se agigantaba y que los "grandes" se revelaban impotentes para contenerla, José comenzó a tomar medidas que atacaban parcialmente sus privilegios.

Al reocupar Madrid a fines de 1808, Napoleón anunció los decretos de Chamartín (abolición del feudalismo, supresión de la Inquisición, reducción de los conventos). En el curso de 1809, José promulga un arreglo de la deuda que hace posible la venta de bienes pertenecientes a la iglesia, corona, nobleza, etc. y finalmente "su-

prime los consejos del Antiguo Régimen y la grandeza de España, y disuelve las órdenes monacales y mendicantes".²⁹

Este "reformismo" impotente de la mano del invasor terminó por dejar descontentos a todos. A la nobleza y el clero porque vieron peligrar sus privilegios; al pueblo, las clases medias y los campesinos porque no pudieron realmente disfrutar de ninguna mejora.

Esto sin embargo actuó como un desafío hacia las Cortes Constituyentes que, convocadas por la JC en enero de 1810, se terminaron reuniendo finalmente en la Isla de León, frente a Cádiz en setiembre de ese año. Los franceses denunciaban a los españoles insurrectos "como algo producido enteramente por las intrigas y los sobornos de Inglaterra, con ayuda de los frailes y la Inquisición". La retórica respuesta de la JC al convocar a las Cortes fue denunciar que "Nuestros enemigos dicen que hemos combatido para defender los antiguos abusos y los defectos inveterados de nuestro gobierno venal. Demostrad que lucháis por el bienestar y la independencia de vuestro país, que no estáis dispuestos a depender de los deseos indefinidos y del humor variable de un solo hombre" (M, 310).

Las cortes y la Constitución de Cádiz de 1812

Las Cortes que comenzaron a sesionar en setiembre de 1810 terminaron su tarea en marzo de 1812 y aprobaron la que fue conocida como Constitución de Cadiz. Fue atacada por la reacción europea (y española) como la "más incendiaria invención del jacobinismo". Es que, en lo formal, la constitución de 1812, tomando la tradición de los viejos fueros españoles, los reinterpreta a la luz de la revolución francesa. En ese sentido expresaba del clima de liberalismo extremo en las cuales sesionaron las cortes, con el pueblo radicalizado de Cádiz impulsando las normas más audaces. Hay que tener en cuenta que tras los fracasos de la JC, la elección de los diputados para las cortes se corrió hacia la izquierda y que provincias ocupadas por los franceses no pudieron elegir sus diputados libremente con lo cual sus representaciones fueron asumidas por emigrados residentes en Cádiz de orientación más liberal.

Pero aun en ese clima la Constitución terminó siendo un compromiso entre las ideas liberales de la Ilustración con las tradiciones clericales españolas. Así, por ejemplo (artículo 12), "la religión del pueblo español es y será siempre la católica, apostólica y romana, que es la única religión verdadera. El pueblo la defiende con leyes prudentes y justas y prohíbe la práctica de otras religiones". Aún las medidas que suprimían los privilegios feudales, dejaban la puerta abierta para que los señores los transformen "en títulos de propiedad ple-

na de la tierra, despojando a los campesinos; una libertad de imprenta que no tocaba la esfera de lo religioso" (F, 16).

Pero las Cortes estaban lejos de controlar el país. "Acorraladas en un punto lejano de la península, separadas durante dos años del núcleo fundamental del reino por el asedio del ejército francés -dice Marx-, representaban una España ideal, en tanto que la España real se hallaba ya ocupada o estaba combatiendo. ¿Cómo explicar, por otra parte, la súbita desaparición de esta misma Constitución, desvaneciéndose como una sombra al entrar en contacto con un Borbón de carne y hueso?"³⁰ (cuando retornó al país Fernando VII en 1814).

Cuando los franceses se retiraron de España, entre 1813 y 1814, y retornó Fernando VII, lejos de jurar la Constitución como imaginaban los liberales, conspiró con la derecha y el ejército para dar un golpe de estado en mayo de 1814 que disolvió las cortes, anuló la constitución y encarceló o desterró a los líderes más liberales. Al momento de promulgar la constitución, con Fernando ausente, "los diputados liberales se abrazaban, llorando de emoción, con los mismos hombres que estaban fraguando una contrarrevolución y que tenían preparadas las listas de los que debían ser encarcelados. No se daban cuenta de la debilidad de su situación. No habían querido hacer una revolución social, y omitieron aquél género de reformas más profundas que hubieran podido poner de su lado a las masas campesinas... Los diputados liberales seguían creyendo que iban a convencer a todos con la excelencia de unos proyectos de reforma moderada, que resultaban excesivos para los explotadores del viejo sistema e insuficientes para los explotados".³¹

Para Marx, las "Cortes fracasaron, no porque fueran revolucionarias, sino porque sus predecesores habían sido reaccionarios y no habían aprovechado el momento oportuno para la acción revolucionaria... (porque) en la época de la Junta Central era preciso que se diera una debilidad, una incapacidad y una mala voluntad singulares por parte del gobierno supremo para trazar una línea divisoria entre la guerra de independencia y la revolución española".³²

Las colonias y la Constitución de Cádiz

Las medidas del Consejo respecto a las colonias no podían menos que reflejar la descomunal crisis que se había abierto con ellas y el intento por retenerlas, coqueteando con sus clases dirigentes. Una de sus primeras medidas (14 de febrero de 1810) fue convocar a la elección de diputados a las Cortes en las "provincias americanas". La caída de la Junta Central había desencadenado el proceso juntista en

Hispanoamérica. Las Juntas tenían características muy diversas, aunque casi todas invocaban a Fernando VII pero desconocían al Consejo. Este buscó 'contener' este proceso y designó a 40 "americanos" residentes en la península como representantes suplentes ante el retraso (y las impugnaciones) que se produjeron en la elección de los titulares en las colonias. Los debates y las resoluciones en torno a la cuestión colonial son muy reveladores.

Se destacan varias características: a) la mayoría de los representantes de las colonias tiene origen clerical³³; b) la paulatina asimilación de éstos al grupo de los diputados liberales; c) la conformación de un bloque virtual de delegados coloniales que busca desde un principio la aprobación del proceso juntista hispanoamericano "para apagar el fuego que abrasa a las Américas" (como dice un planteo común que suscribieron el 1/8/1811). No lograron ni una cosa ni la otra. Muchos de estos delegados serán encarcelados en España tras el retorno del monarca.

En torno a la cuestión colonial las contradicciones y limitaciones que señala Marx respecto al proceso constitucional en su conjunto se expresan más agudamente. Aunque para algunos las Cortes fueron 'radicalizadas' merced a la intervención de los "americanos", sus resoluciones al igual que la Constitución liberal de marzo de 1812 no satisfacían ni las demandas de las masas españolas ni menos aún las aspiraciones americanas (por limitadas que éstas fueran).

Como representantes de las oligarquías criollas americanas, sus "representantes" lejos estuvieron de reclamar la abolición de la esclavitud. Pidieron sólo derechos ciudadanos "a los descendientes de los padres y abuelos libres que habiten en los dominios españoles, independientemente de su linaje o ascendencia"³⁴, pero ni esto les fue concedido. El artículo 22 de la Constitución sólo plantea otorgarla a aquellos descendientes de africanos nacidos libres que "las Cortes decidieran recompensarlos por servicios importantes"³⁵. Por el artículo 91 se niega el reclamo de los "criollos" de que los representantes de las colonias a las Cortes peninsulares sean "sólo los naturales de cada provincia residentes en ella". De este modo alcanza con que sean "mayores de 25 años y con siete años de radicación en la provincia donde resultan electos, aunque no hubieran nacido en ella. Así, abren el camino para que en las colonias puedan ser elegidos peninsulares avecindados y no exclusivamente criollos".³⁶

Tampoco prospera el reclamo de mayor autonomía para las provincias americanas sancionando una "diputación provincial". De este modo "la Constitución de Cádiz defrauda la mayor parte de las aspiraciones de los diputados mexicanos"³⁷, la más importante del continente y la que llevó la voz cantante en nombre de los reclamos de éste.

1820: Sublevación de Riego, "trienio liberal" y fin del dominio español

Tras cinco años de gobierno absolutista de Fernando VII, el clima social y político era de gran descontento con el gobierno. La crisis potenciada por la pérdida de los mercados coloniales americanos, el descontento campesino agobiado por nuevas contribuciones, hicieron revivir a los liberales.

A fines de 1819 se concentró en Cádiz una gran expedición para reconquistar las colonias americanas. "Las expediciones precedentes contra América española -caracterizó Marx- habían sido dirigidas de la manera más indignante e irreflexiva, y habían terminado por hacerse sumamente odiosas al ejército y por ser consideradas como medio disimulado para desembarazarse de los regimientos descontentos".³⁸

El 1º de enero de 1820, Riego, uno de sus comandantes se subleva proclamando la Constitución de 1812. Aunque tras dos meses de marchas y contramarchas la sublevación de Riego parecía agotada, estallaron sucesivas insurrecciones en Galicia, Valencia, Zaragoza, Barcelona y Pamplona que llevaron al rey (para evitar males mayores) a jurar la constitución de 1812 en Madrid el 9 de marzo de 1820 y posponer definitivamente el envío de una expedición para reconquistar América. Comienza lo que se conoce en la historia española como el trienio liberal de 1820-1823 cuyo final va a coincidir con el de la dominación española en América.

Una vez más los liberales repiten la misma política impotente de 1808-1812. Las insurrecciones populares terminaron llevando a la cabeza al mismo liberalismo timorato, temeroso de ser acusados de pretender una salida a la "francesa". En abril de 1823 la Santa Alianza monárquico-feudal envía a España, por pedido de Fernando VII, a los ejércitos franceses de Luis XVIII, los "Cien Mil Hijos de San Luis" para acabar -una vez más- con los liberales y la Constitución de 1812.

Pero para entonces la pérdida de las colonias americanas era un hecho irreversible. Ya no se prepara ninguna nueva expedición y las últimas tropas españolas se rinden en Ayacucho en 1824. Debemos tener presente de todos modos que Cuba y Puerto Rico siguieron siendo posesiones españolas hasta finales del siglo XIX.

Impacto en la América Hispana

Las consecuencias del levantamiento español y la guerra nacional sobre la América Hispana fueron enormes. En primer lugar res-

quebrajaron profundamente toda la estructura social y política de España y debilitaron su capacidad de retener el dominio de sus colonias americanas. El ejército fue reconstruido una y otra vez incorporando sectores populares que jamás lo hubieran integrado bajo el Antiguo Régimen. Aun las expediciones enviadas para recuperar América, tras la restauración de Fernando VII en 1814, estaban atravesadas por las contradicciones emergentes del período de la guerra contra los franceses. La sublevación de Riego en 1820 fue el golpe final a un Imperio en decadencia.

También significó un viraje abrupto del contexto de alianzas internacionales que afectaban a América. Cuando Inglaterra preparaba su tercera invasión hacia el Río de la Plata, las noticias de la insurrección de Madrid de mayo de 1808, la obligaron a cambiar de rumbo. España pasó a ser la principal aliada de Inglaterra en su enfrentamiento con la Francia napoleónica y por extensión de su aliada Portugal, sus tradicionales rivales en América. La diplomacia inglesa con base en Río de Janeiro, con Lord Strangford como protagonista, pasó a buscar el consenso entre los "patriotas", los españoles y los portugueses.

La desarticulación del régimen español dio lugar a la aparición del fenómeno juntista en la América Española. Desde Buenos Aires, pasando por Santiago de Chile, Asunción, el Alto Perú, Nueva Granada, Caracas y Méjico, Juntas de lo más diversas tomaron el poder en cada una de las colonias españolas, con correlaciones de clase diferentes y a veces antagónicas entre ellas. Algunas incluso se levantaron frente al temor de que las disposiciones liberales de la Constitución de Cadiz se aplicaran en América e hicieran peligrar los privilegios de las oligarquías locales. El destino diferente de ellas tuvo más que ver con las diversas aspiraciones, apetencias y capacidades de las oligarquías peninsulares y criollas que las protagonizaron, que con los recursos con que contaba la monarquía española para retenerlas.

Notas

1. Tulio Halperin Donghi: *Historia Contemporánea de América Latina*, Alianza Ed.
2. Norberto Galasso: *La Revolución de Mayo y Mariano Moreno*.
3. Eugenio Tarle: *Napoleón*, Editorial Problemas, 1943, pág. 203.
4. Idem, pág. 234.
5. C. Marx: *La revolución en España*, OE TVI, pág. 287.
6. Tarle, ídem, págs. 330-334.
7. Lenin: "Acerca del Folleto de Junius", 1916, *Obras Completas* Tomo XXII.

8. Tarle, ídem, pág. 242.
9. Marx, ídem, pág. 286.
10. Idem, pág. 287.
11. Idem, 288.
12. Idem.
13. Idem, pág. 291.
14. Idem.
15. Idem.
16. Idem.
17. Idem, pág. 297.
18. Tulio Halperin Donghi: *Historia Contemporánea de América Latina*, Alianza
19. Idem.
20. Idem.
21. Idem.
22. Josep Fontana: *La crisis del Antiguo Régimen 1808-1833*, Grijalbo, pág. 15.
23. Marx, ídem, pág. 299.
24. Idem.
25. Tarle, pág. 242-243.
26. Idem, pág. 249.
27. Idem.
28. Marx, pág. 301.
29. Fontana, pág. 221-224
30. Marx, op. cit.
31. Marx, op. cit.
32. Fontana, pág. 21.
33. Marx, pág. 299.
34. De los 33 delegados hispanoamericanos titulares que en agosto de 1811 firman el reclamo común (indicado en el punto c) 13 representan al Virreinato de Nueva España (México) -su inmensa mayoría clérigos; 5 al del Perú, 3 al del Río de la Plata y 2 del de Santa Fe (Nueva Granada); 6 representan a la Capitanía de Guatemala, 2 a la de Chile y 1 cada uno por Cuba y Puerto Rico.
35. En *México un pueblo en la historia*, "La revolución de Independencia", artículo de Elsa Gracida y Esperanza Fujigaki, Ed. Nueva Imagen, 1983.
36. Idem anterior.
37. Idem anterior.
38. Idem anterior.
39. Marx, pág. 315.

Encuentros de Marx con Shakespeare

Savas Michael-Matsas

Divinidad visible del mundo de aquí abajo, soberano de nuestro mundo: el dinero. Cuerpo de abstracción de todo cuerpo, abstracción de cuerpo sensible, fetiche sensible, suprasensible, deslumbrante misterio desprovisto del misterio que mata todo misterio, sobre todo el de la Poesía. ¿Será alguna vez posible que este objeto abyecto y antipoético por excelencia sea atrapado por la trampa de la telaraña de la Poesía para develar su secreto? Y aunque esto aconteciera alguna vez, ¿habrá alguien lo suficientemente sensible para recibir el mensaje de esta captura y sobre todo para comprender el secreto revelado, no por una serie de razonamientos y de pruebas sino por los medios propios de la Poesía?

Este acontecimiento paradójico tuvo lugar en París, entre la primavera y el verano de 1844. El joven Marx exiliado se encontraba allí entonces, escribiendo afiebradamente, copiando, llenando cuadernos enteros que se convertirían luego en sus famosos "Manuscritos económico-filosóficos". Abre caminos más allá del idealismo alemán, avanza sobre el camino tortuoso del "derrocamiento" de Hegel en la búsqueda del mundo que sucederá a la filosofía hegeliana, "el devenir -mundo de la filosofía y el devenir- filosofía del mundo"².

Toma contacto con los círculos revolucionarios de los obreros franceses y de los exiliados alemanes y, prosiguiendo con el camino trazado por su Manuscrito llamado de Kreuznach, se hunde en el estudio de la economía política, de "la anatomía de la sociedad civil"³, del conjunto de las condiciones materiales de la vida social.

Pero la economía política clásica continua paralizada ante el enigma del dinero. Hasta su teórico más avanzado, David Ricardo, sólo da una definición del dinero que Marx califica como "tautológica".

Es entonces que, ignorando cómo salir del impasse, Marx se pone a la escucha de la voz de la Musa shakespeariana que le dicta los famosos versos del *Timón de Atenas*, ofreciéndole un hilo de Ariadna en el laberinto.

Gold? yellow, glittering, precious gold?
...thou common whore of mankind...

Oro? ese amarillo, brillante y precioso metal?
...tú, prostituta vulgar de todo el género humano...⁴

De Moses Hess a William Shakespeare

Marx aborda este encuentro con Shakespeare, uno de sus tres poetas preferidos (Shakespeare, Esquilo y Goethe)⁵, (él mismo lo confiesa a sus hijas Jenny y Laura), fuertemente influenciado por la lectura, desde fines de 1843, del ensayo -aún en estado de manuscrito-, de su amigo Moses Hess, el "padre del comunismo alemán", sobre la esencia del dinero - *Über das Geldwesen*.

Hess profundiza ahí la crítica de Feuerbach a Hegel y la de la teoría de la alienación. En su análisis del cristianismo, Feuerbach presenta el esquema de la alienación religiosa como la proyección en el más allá de la esencia humana, a la imagen de un Dios; Hess ubica en la base de esta alienación no una relación abstracta entre seres humanos, sino la práctica social en la "sociedad judeo-cristiana de los mercaderes" mediatizada por el dinero.

Jean Christophe Angault señala con gran justeza que "el dinero no es para Hess un caso más de alienación, es lo que permite captar la alienación en su propia fuente. La economía política nos enseña, en efecto, que el capital es trabajo acumulado y que el dinero no es otra cosa que un equivalente de la fuerza productiva del hombre. Y esta última es 'la actividad vital real de la esencia humana'."...⁶

En esa perspectiva, es posible detectar más claramente tanto la

influencia ejercida por Hess sobre Marx como las diferencias que los separan.

Los dos traspasan el paradigma de alienación presentado por Feuerbach en el campo de la religión al de la economía política. Existe a la vez una prolongación de las discusiones en el seno del movimiento de los Jóvenes Hegelianos y una anticipación del acercamiento ulterior al capitalismo como religión de Ernest Bloch y, sobre todo, al de Walter Benjamin. En sus "Notas de Lectura sobre los Elementos de la economía política de James Mill"⁸ en 1844, sobre todo en el pasaje sobre el dinero y Cristo, Marx sigue a Hess al descubrir que en el dinero como mediador del intercambio "lo que está alienado es la *actividad mediadora*, es el movimiento mediador, es el acto humano social por el cual los productos del hombre se completan recíprocamente, este acto mediador deviene en la función de *una cosa material*"⁹ Luego, a la manera de Hess, esboza el paralelo entre el dinero-mediador y el Cristo-mediador.

Algunas observaciones:

Primero Marx hace una analogía allí donde Hess aplica una homología. Hess identifica capitalismo con cristianismo -reservando para este último sus ataques más virulentos, sin perdonarle sin embargo nada al judaísmo- encontrando en el dualismo cristiano el complemento teórico necesario para la práctica de la explotación capitalista. En su famoso panfleto contra Bruno Bauer, Zur Judenfrage, Marx fustiga sobretodo al judaísmo, no al "judaísmo del shabbat", sino la práctica cotidiana de las relaciones monetarias-mercantiles, dejándole al lector un sentimiento de judeofobia, hasta de antisemitismo. Queda mucho más matizado sobre el cristianismo. Maximilien Rubel observa: "El pensamiento de Marx recuerda al de H. Desroche, es no religioso. Cristo está situado en la misma categoría que el Estado". El autor señala que en el mismo momento "un autor religioso" que se reivindicaba como tal, Soren Kierkegaard, emitía un diagnóstico análogo, si no sobre el Cristo del cristianismo, por lo menos sobre el Cristo 'de la Cristiandad'¹⁰. El mismo Rubel compara la actitud dicha "Judeofoba" de Marx "con la de los profetas judíos maldiciendo a sus correligionarios prosternados ante los ídolos"¹¹.

Luego, viendo en el dinero, igual que Hess, la *alienación* de una actividad vital, real, social, Marx concibe esta actividad de forma totalmente diferente. Franck Fishbach señala con justa razón la diferencia cualitativa y profunda que los separa: "mientras que Hess se queda en el cuadro de una filosofía de la conciencia, haciendo -como

Fichte- de la conciencia un acto y no un ser Marx, por su lado, concibe la actividad no como la de una conciencia, sino primero como la de un ser natural o de un individuo viviente dotado de fuerzas naturales"¹².

La concepción que tiene Hess de la actividad permanece más acá del idealismo de Hegel y se queda en los límites de la economía política. En efecto, como lo señala Marx en sus *Manuscritos* de 1844, "el punto de vista de Hegel es de hecho el de la economía política moderna".¹³ La superación de Hegel, el famoso "derrocamiento materialista" está intrínsecamente ligado a la superación de Ricardo y de toda la economía política.

En la esencia del dinero, más precisamente en lo concerniente a la alienación de la actividad vital de la esencia humana, Hess se basa en la economía política clásica y la teoría del valor ricardiana. Marx, en cambio, no habiendo aún superado esta última, entrevé ya la necesidad urgente de criticarla y de ir más lejos.

En las Notas de lectura sobre Mill, Marx crítica "toda la escuela de Ricardo" por "el error de enunciar la *ley abstracta* sin tener en cuenta el cambio o la abolición continua de esta ley, que es lo que le permite existir"¹⁴. Esta crítica de la concepción ricardiana de las leyes económicas será constantemente desarrollada por Marx hasta en sus obras de madurez, comprendidas sus notas sobre Adolph Wagner publicadas en 1880, tres años antes de su muerte: "La lectura de *El Capital* y (si conociera el idioma ruso) de la obra de Sieber le hubiera enseñado a M. Wagner lo que me separa de Ricardo, que al haber considerado al trabajo sólo como medida de magnitud del valor, no descubrió ninguna relación entre su teoría del valor y la naturaleza de la moneda"¹⁵. Esta es una respuesta clara no sólo para Wagner sino para quienes (Michel Foucault incluido) consideran que Marx, en cuestión de economía política, siguió siendo ricardiano. Efectivamente, la ruptura de Marx con Ricardo empieza en 1844.

En sus *Manuscritos* de 1844, Marx no había descubierto aún la escisión interna del trabajo en trabajo abstracto y trabajo concreto, pero no ignoraba que la actividad productiva que se aliena en el dinero está regida por contradicciones internas, aun si en esa etapa de su reflexión su naturaleza sigue siendo oscura para él. Como fuera, una reformulación concreta, dialéctica de la ley del valor, le parece necesaria para captar las mediaciones con el dinero. El secreto del dinero, que permanece inaccesible para Ricardo y su escuela, sólo puede ser develado captando la dialéctica de éste, las contradicciones inherentes a la actividad productiva misma que se aliena y expresa en la forma monetaria.

Es en ese momento crítico que la voz del bardo de Stratford-on-

Avon se hace oír y viene al rescate de Marx. El grito desgarrador de Timón de Atenas levanta el velo sobre las contradicciones que se encarnan en un ser fantasmagórico, sensible, suprasensible, dios visible que une lo incompatible, el dinero.

...Thou common whore of mankind...
...thou visible god
That soldier'st close impossibilities

...Tú, prostituta común a toda la humanidad
...dios visible
que sueldas estrechamente los contrarios

Estos dos componentes contradictorios de la moneda van a estar en adelante en el corazón de la problemática marxista.

"1. Es la divinidad manifestada, la transformación de todas las cualidades humanas y naturales en su opuesto, la confusión universal y la perversión de las cosas; armoniza las incompatibilidades.

2. Es la prostituta universal, el proxeneta universal de hombres y pueblos".¹⁶

El dinero, unión de los opuestos, contradicción en sí y para sí, sensible-visible pero también suprasensible como todo dios, sagrado y vulgar, potencia divina que permite la asociación de las posibilidades uniendo los incompatibles y transformando los opuestos, potencia corruptora y envilecedora de toda la humanidad, potencia alienada de la humanidad.

La cita shakespeariana, cuando aparece por primera vez en los *Manuscritos* de 1844, no es un elemento decorativo ni una ilustración del razonamiento abstracto, ni tampoco del manierismo estilístico de un joven autor muy culto. Para Marx, juega un rol de principio heurístico de verdad.

Ciertamente, la belleza de la poesía ejerce en sí un atractivo sobre la sensibilidad y el pensamiento. Pero Marx no se queda en el encanto estético de los versos del Timón de Atenas; insiste sobre su valor cognitivo, su aptitud para concebir, por medios puramente poéticos, la naturaleza antipoética de la esencia del dinero. La poesía es capaz de captar las contradicciones que constituyen esta esencia en movimiento, mientras que la ciencia económica clásica en la sociedad burguesa queda perpleja frente a una aporía irresoluble. Sin volcar banalidades a propósito del "hombre del Renacimiento" que Marx encarnaba efectivamente, importa sobre todo constatar aquí que una

nueva relación se instaura entre la Ciencia y la Poesía, que se encuentra en el corazón de todas las artes.

Y no se trata aquí de una huída lejos de la exactitud científica hacia el esteticismo y lo irracional, como los positivistas de toda especie, tanto marxistas como antimarxistas, pudieron pretenderlo; sino de la manifestación de la necesidad histórica más profunda de derribar la Muralla China entre los diversos campos de la cultura, entre las artes y las ciencias, entre la misma cultura y la vida cotidiana, de avanzar más allá de la división del trabajo alienante, creando al fin la utopía concreta de una sociedad sin clases, sin explotación, sin opresión, sin humillación del ser humano por el mismo ser humano. El encuentro de la investigación científica de Marx con la poesía de Shakespeare en 1844 es un anticipo, un "pre-aparecer" (Vorschein) para utilizar el lenguaje de Ernst Bloch, de este Olam Aba, del mundo-que-viene.

Con Shakespeare, Marx da un paso más allá de David Ricardo, al mismo tiempo que efectúa un salto dialéctico más allá de Hegel

El capítulo titulado "Crítica de la dialéctica de Hegel y de su filosofía en general", concebido para ser el capítulo final y concluyente de sus *Manuscritos* de 1844, (en el manuscrito, viene después de las notas que forman el capítulo "Propiedad y comunismo")¹⁷ está íntimamente y orgánicamente ligado al capítulo sobre el dinero (publicado como anteuúltimo).

Detalle notable: en el capítulo último de los *Manuscritos* de 1844 consagrado a la crítica de la dialéctica hegeliana, Shakespeare hace de pronto una fugaz aparición, ahí precisamente donde se perfilan en el mismo Hegel la necesidad de abandonar el pensamiento abstracto y la decisión de reconocer al ser en la naturaleza. El pensamiento abstracto en el umbral del *Aufhebung* es comparado con el ser humano en su vejez, en la última escena de su vida, en el umbral de la muerte "sin ojos, sin dientes, sin gusto, sin nada"¹⁸.

...Last scene of all,
That ends this strange eventful history,
Is second childishness and mere oblivion;
sans teeth, sans eyes, sans taste, sans every thing.

... Última escena de todas,
Que concluye esta memorable historia extraña,
Es segunda infancia y mero olvido;

Sin dientes, sin ojos, sin gusto, sin nada.¹⁹

Marx participa de la última escena del idealismo absoluto alemán y avanza audazmente más allá de Hegel. El derrocamiento y la reelaboración materialista de la dialéctica hegeliana son inconcebibles sin la crítica y la superación de la economía política y sobre todo de su punto más alto, Ricardo y su teoría del valor trabajo. Desde ese punto de vista, la observación de Lenin en sus *Cuadernos Filosóficos* sobre el hecho de que Marx, aunque no nos dejó una lógica con L mayúscula, nos legó la lógica dialéctica del capital se vuelve más pertinente.

Pero no hay que olvidar que el trabajo gigantesco que condujo a esta lógica de las contradicciones del capital, a este álgebra de la revolución, fue desde sus orígenes literalmente propulsado por esta íntima relación de la ciencia y de la poesía que se revela en el encuentro de Marx con Shakespeare en París, en 1844.

El hilo de Ariadna poético

La cita del Acto III, escena 3 del *Timón de Atenas* sobre el oro no desaparece de los textos de Marx después de 1844. Por lo contrario, se convierte en una suerte de hilo de Ariadna poético que se deshilvana a medida que Marx avanza en el laberinto de las contradicciones hacia las profundidades de la sociedad burguesa.

En la *Ideología Alemana*, Marx moviliza otra vez a Shakespeare y su Job, *Timón de Atenas*, contra las pretensiones "teóricas" pequeño-burguesas y contra las ilusiones de Max Stirner sobre la individualidad: el dinero como propiedad (Eigentum), aboliendo toda particularidad, toda propiedad personal (Eigentlichkeit), aniquilando toda singularidad, toda individualidad concreta.

Shakespeare sabía mejor que nuestros pequeño-burgueses prendados de teoría en qué medida el dinero, la forma más general de todas de propiedad (die allgemeine Form des Eigentums), tiene poco que ver con las particularidades de la persona (mit der persönlichen Eigentumchkeit)²⁰.

La misma cita del *Timón de Atenas* reaparece en la primera versión de la *Contribución a la Crítica de la Economía Política* y en los *Grundrisse*²¹ en 1857. Shakespeare tiene en adelante su lugar en el desarrollo de toda la dialéctica de la individualidad en la Historia, en la transición de las sociedades de dependencia personal a la sociedad burguesa moderna de la aparente independencia personal y de la dependencia no personal y hasta de la transición hacia una sociedad comu-

nista de individuos libremente asociados.

Aquí las palabras de Timón vienen a echar luz sobre un momento crucial del desarrollo histórico: en la sociedad capitalista de la pretendida independencia personal, la dependencia personal no es abolida sino que se generaliza precisamente por la potencia corruptora de la prostitución universal del dinero. La individualidad es reducida a un simulacro, a una ficción de individuo dependiente de fuerzas impersonales.

Timón de Atenas (como, también, *El Mercader de Venecia*) aparece de nuevo en escena, en 1867, en el primer volumen de *El Capital*, primera sección, en el capítulo III sobre la moneda²². Aquí, la diferencia específica entre las formaciones pre-modernas, precapitalistas, y la sociedad capitalista moderna es puesta de relieve por la oposición entre los versos shakespearianos y los de Sófocles en Antígona:

Nada, como el dinero, ha suscitado entre los hombres, tantas malas leyes y malas costumbres; es él quien suscita peleas en las ciudades y expulsa a los habitantes de sus moradas...²⁴

Mediante el contrapunto Shakespeare/Sófocles, Marx alumbra el contraste entre la actitud de la sociedad antigua y la de la sociedad capitalista hacia el dinero. Para los antiguos, es el "solvente más activo de su organización económica y de sus costumbres populares", el principio de su muerte. Por lo contrario, la sociedad capitalista moderna "saluda en el oro, a su Santo Grial, la encarnación deslumbrante del principio mismo de su vida"²⁵. Ella "saca de los pelos al dios Plutus de las entrañas de la tierra", como dice Marx en la misma frase, citando los deipnosofistas de Atenea:

Esperando por codicia arrancar de las entrañas de la tierra al mismo Plutón.

Conviene relevar aquí el juego de palabras en griego que crea la iluminación: ploutos, que significa riqueza, es también el otro nombre del dios Plutón, dios del Hades, del reino de los muertos. La persecución de la acumulación de dinero, principio de la muerte en los antiguos se convierte para los modernos, en el principio de la vida, aun permaneciendo como dios de la Muerte.

La metáfora del vampiro que Marx aplica al capital tanto como la definición científica que da de este, trabajo muerto dominando al trabajo vivo, están íntimamente ligadas a sus referencias poéticas.

Parecería que esta lectura asidua y estas citas recurrentes de los mismos versos de Shakespeare, enunciando las maldiciones tan aclaradoras de *Timón de Atenas* en 1844, 1845-47, 1857, luego en 1867 toman un carácter de compulsión de repetición. Ahora bien, en esta compulsión -tal cual lo señaló Lacan- es la Muerte la que toma la

palabra.

Se trata de la muerte impersonal y universal encarnada en el dios Plutón-Ploutos, el dinero transformado en capital, el dios Mammon de la modernidad capitalista y la prostituta universal.

La pulsión de muerte que se manifiesta en la compulsión de repetición no es simplemente el deseo de regresar a la paz de la materia muerta, inerte; Lacan, yendo más lejos que Freud, ve en ello un regreso al Nihil para empezar con una nueva creatio del mundo ex nihilo.

En este mundo al revés, donde la muerte gobierna a la vida, Marx descifra el enigma del capital, de la muerte, para que la humanidad explotada y oprimida pueda vencerla transformando este mundo inhumano, expropiando a los expropiadores y reapropiándose de la vida infinita.

El viejo topo

Se sabe que a Marx no le gustaba adelantar recetas para cocinar en el futuro, pergeñadas por los utopistas abstractos. Declaró sin ambigüedades que "jamás estableció 'sistema socialista alguno', he allí un invento de los Wagner, Schaffle y tutti quanti"²⁶ (entre los tutti quanti pueden ser incluidos los socialdemócratas y los estalinistas). Lo que no quiere decir, sin embargo, que le faltase la visión apasionada del futuro emancipado, de la sociedad comunista. Hay en Marx una unión formidable de dos corrientes indisolubles, la corriente fría y la corriente cálida, que Ernst Bloch discernió en el río del marxismo. ¿No es Marx acaso el que le escribió a Feuerbach a propósito de la ¿? filosófica al socialismo" repitiendo con entusiasmo la fórmula de Fourier según la cual "el hombre entero está en sus pasiones"²⁷

Al inhumano mundo del dinero, denunciado por el nuevo Job shakespeariano, el "Misántropo" Timón, Marx le opone el mundo realmente humano donde reina lo opuesto al dinero: el amor. Hace un llamado a nuestra imaginación:

"Imaginá al hombre humano y su relación con el mundo como una relación humana y sólo podrás intercambiar amor con amor..."²⁸

Este mundo -el Nuevo Mundo Amoroso diría Charles Fourier- encarna este "sueño de amistad", a "dream for friendship" como lo denominaba Timón, antes del encuentro con su trágico destino, donde los amigos usan en común todos los bienes sin intercambios equivalentes de valor.

...and there's none

Can truly say he gives, if he receives.²⁹

Y nadie verdaderamente
Puede decir que da si recibe.

Andreas Embiricos, el padre del surrealismo griego, en su saga *Le great Eastern*³⁰ hace que uno de sus héroes, que no es otro que Julio Verne, imagine una humanidad del mañana, emancipada, viviendo en una Confederación Mundial sin clases donde el dinero desapareció y donde reina el amor en la infinitud de sus manifestaciones libres.

Marx busca descubrir la espiral de las contradicciones históricas y materiales que llevan al orden establecido de la sociedad capitalista hacia la catástrofe, hacia la revolución, el salto más allá del reino de la necesidad al reino de la libertad comunista. Estas contradicciones, invisibles en la superficie de la vida social, corroen la dominación del capital, socavan el suelo bajo sus pies, preparan su derrumbe. Son las posibilidades objetivas de la ruptura y del nacimiento del Totum Novum. Pero en Marx no hay ningún objetivismo fatalista. Las contradicciones del capitalismo, que explotan de tanto en tanto bajo la forma de crisis, son el ser en potencia de la transición hacia la emancipación. Este potencial de transformación histórica debe ser activado por la praxis revolucionaria del proletariado y de las masas populares explotadas y oprimidas. La emancipación de los trabajadores es obra de los mismos trabajadores.

A esta espiral de contradicciones, invisible y subterránea, que prepara la ruptura de la continuidad histórica, Marx le da un nombre shakesperano: es el "viejo topo" (*the old mole*), quien con la voz espectral del Padre de Hamlet grita bajo las murallas de Elsinor, reclamando venganza por la injusticias perpetradas por el usurpador, el expropiador, el enemigo del pueblo en el trono del poder.

GHOST (Beneath) Swear, by his sword.
HAMLET. Well said, old mole! Canst work i' the earth so fast?³¹

FANTASMA (Debajo) Jura, por su espada.

HAMLET. Bien dicho, viejo topo! Cómo puedes trabajar la tierra tan rápido?³¹

Marx efectúa un montaje de dos metáforas: el viejo topo, por un lado refiere a las contradicciones que minan los fundamentos del capitalismo y preparan la revolución, mientras que por otro es el viejo topo enterrado en Elsinor, el asesinado padre, el Rey Hamlet, quien

-habiéndole pedido a su hijo Hamlet se convierta en el ángel exterminador de la podredumbre que gobierna el reino- ordena a Horacio y Marcellus jurar, sobre la espada del Vengador, mantener el silencio conspirador.

Este montaje marxiano le da una profundidad vertiginosa a las dos metáforas que se reflejan una en la otra: sin la espiral de las contradicciones objetivas, no hay revolución; pero no hay tampoco revolución efectiva si no está la decisión subjetiva y consciente “to do or not to do”, según el pedido de la Justicia.

La aparición espectral de Shakespeare (a quien le encantaba interpretar el papel del Espectro en Hamlet) en la escritura y el pensamiento revolucionario de Marx nos plantea, como al príncipe de Elsinor, la más leniniana de las preguntas: ¿Qué hacer?

16 de septiembre de 2009

Nota: este texto, en su primera versión, mucho más corta, apareció en la revista literaria griega *To dendro* (numero 108, noviembre-diciembre 1999, pp. 15-20). Figura, en una segunda versión más elaborada en mi libro *Homo Poeticus* (Agra 2006, en griego). La presente versión en francés, fue enteramente revisada.

Notas

1. William Shakespeare: *Timon of Athens*, Acte 4, scène 3.
2. Karl Marx: Notebooks on Epicurean Philosophy in K. Marx- F. Engels *Collected Works (MECW)*, Progress 1975, vol.1, pág. 491.
3. Karl Marx: *A contribution to the Critique of Political Economy*, Progress 1977.
4. Shakespeare, op. cit. Traducción de F. V. Hugo, ligeramente revisado por Maximilien Rubel.
5. Karl Marx, Friedrich Engels: "Sobre la literatura y el arte", *Textos escogidos*, Editions Sociales 1954, pág. 359.
6. Jean Christophe Angaut: "Un Marx feuerbachien?" en *Lire les Manuscrits de 1844* bajo la dirección de Emmanuel Renault, Actuel Marx Confrontation, PUF 2008, pág. 56.
7. Ver Michael Löwy: "Capitalism as religion: Walter Benjamin and Max Weber", *Historical Materialism* 17 (2009) 60-73.
8. Karl Marx: *Oeuvres, Économie II*, Pléiade, edición anotada por Maximilien Rubel, Gallimard, 1968, pág.16-34.
9. Karl Marx: *Oeuvres, Économie II*, Pléiade... pág. 17.
10. Ver op. cit., pág.1.602.
11. Op. cit., pág. XL VIII.
12. Franck Fischbach: *Sans Objet- Capitalisme, subjectivité, aliénation*, Vrin 2009, pág. 240-241.
13. Karl Marx: "Manuscrits économique-philosophiques" en *Oeuvres, Économie II*, op. cit, pág. 126.
14. *Oeuvres*, op. cit., pág. 16.
15. *Oeuvres*, op. cit., pág. 1.533.
16. "Manuscrits..." en *Oeuvres- Économie II*, op. cit., pág. 116.
17. Ver Karl Marx, *Manuscrits de 1844- Économie Politique et Philosophie*, presentación, traducción y notas de E. Bottigelli, Editions Sociales 1969, pág. 124
18. Ver "Manuscrits..." en *Oeuvres- Économie II*, op. cit., pág. 140.
19. Shakespeare: *As You Like It- Como guste ud.*, Acto II., Escena 7, traducción al francés de J. Supervielle.
20. K. Marx, F. Engels: *l'Idéologie Allemande*, Éditions sociales 1968, págs. 262-263.
21. K. Marx: *Grundrisse- Manuscript 1857-61*, Marx- Engels Collected Works (MECW). Progress 1986, vol.28, pp. 100-101.
22. Ver en Marx, *Le Capital (Livre I)* tr. J. Roy Garnier Flammarion 1969, nota 42, págs. 597-598 .
23. Sófocles: *Antígona*, versos 595-597.
24. Ver la traducción en francés en Marx, *Le Capital (Livre I)*, op. cit., pág. 598.
25. *Le Capital (Livre I)*, op. cit., pág. 108.
26. Marx: "Notes sur A. Wagner", en *Oeuvres, Économie II*, op. cit. pág. 1.532.

27. "Carta de Marx a Feuerbach del 11 de agosto de 1844": ver *Oeuvres*, op. cit., pág. LXIV.
28. "Manuscrits de 1844" en *Oeuvres*, op. cit., pág. 118.
29. Shakespeare: *Timón de Atenas*, Acto 4, Escena III.
30. A. Embiricos: *O Megalos Anatolicos (Le Great Eastern)*, en griego, ediciones Agra, vol. 5, pág. 166.
31. Shakespeare: *Hamlet*, Acto I, escena 5.

Se terminó de imprimir en Febrero de 2010
en Impresora Balbi S.A., Av. Crisólogo Larralde 5820, Wilde,
Provincia de Buenos Aires, Argentina